



iFUERA

Crónicas, retratos y entrevistas

ZAPATO

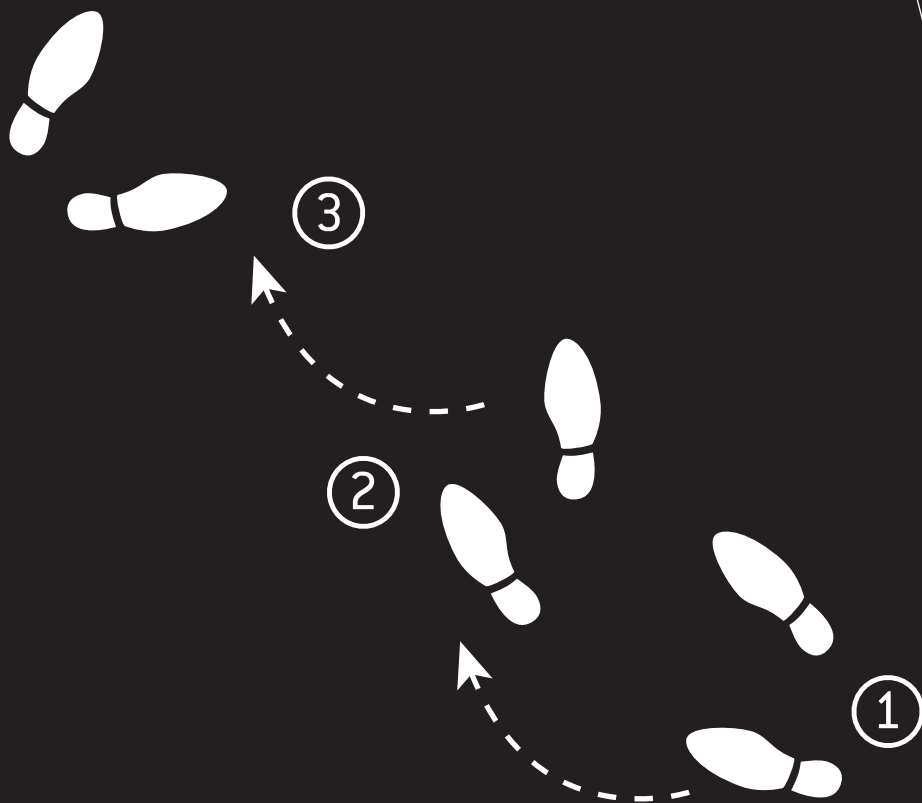
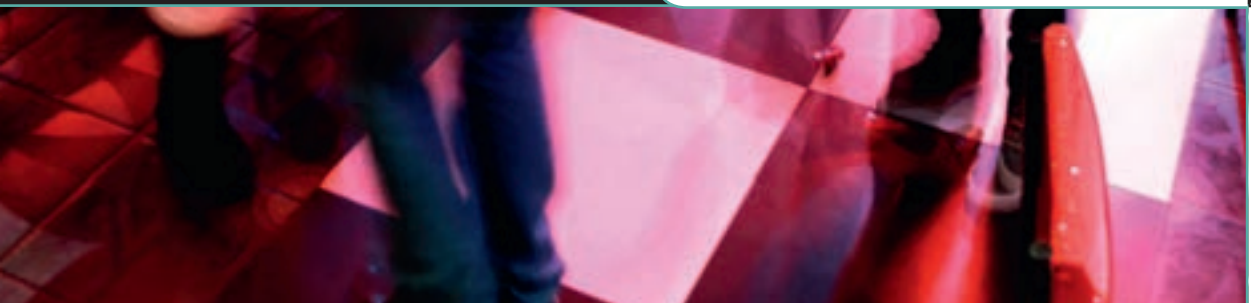
sobre la salsa en Bogotá

VIEJO!

MARIO JURSIK DURÁN

[EDITOR]

TERCERA PARTE





LA RUTA
SALSERA



BARES DE AYER Y DE HOY

Por Nelson Antonio Gómez
Jefferson Jaramillo Marín

Desde antes de que existiera la palabra “salsa”, los bogotanos amantes de los ritmos caribeños comenzaron a darse cita en los lugares más diversos y en los puntos más recónditos de la ciudad. Segmentando la ciudad en circuitos, este recorrido atraviesa décadas y kilómetros de rumba para mostrar un panorama de esa variopinta oferta salsera.

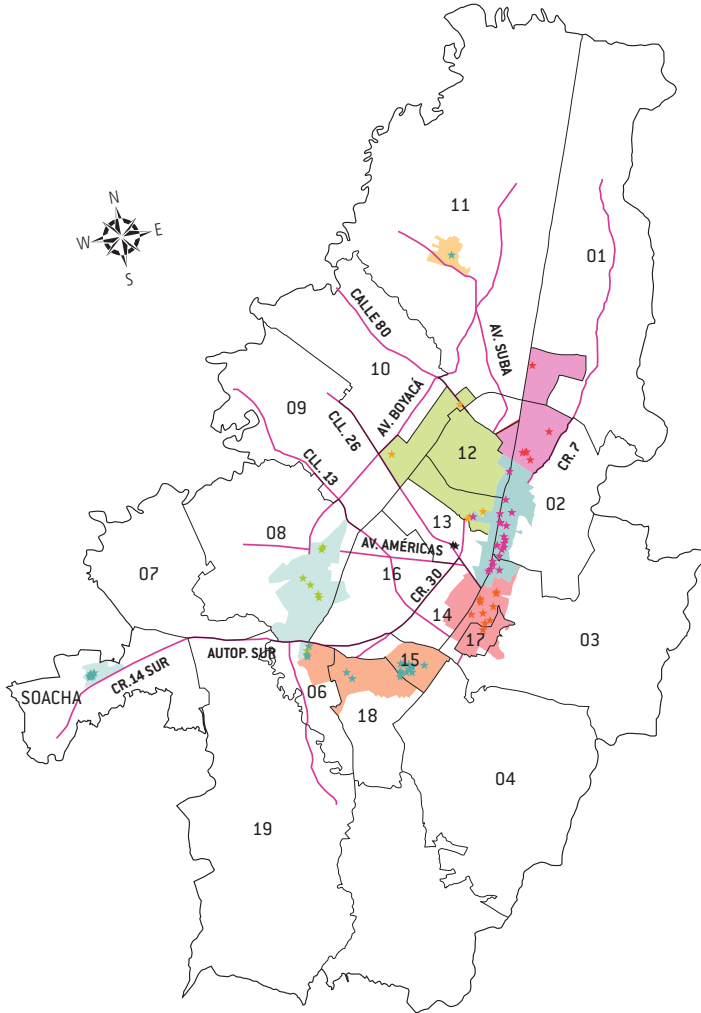
A LO LARGO de más de cuarenta años muchos establecimientos han cobrado vida alrededor de la salsa en Bogotá. Algunos se convirtieron en auténticos templos del género y son recordados por la vieja guardia y reconocidos como sitios legendarios por los más jóvenes. Otros tuvieron corta vida y pocas mesas, pero dejaron una huella profunda entre sus asiduos por la selecta música, por rumbas inolvidables con grandes bailarines o por un extenso anecdotario que comprende desde lo más alegre hasta lo trágico.

En las páginas que siguen tratamos de brindar una amplia panorámica de estos lugares, cuyos contrastes revelan la diversidad de la escena salsera bogotana. La lista incluye grandes discotecas diseñadas como réplica de las originales neoyorquinas, bares íntimos para sentarse a escuchar buena música, tabernas sobriamente decoradas en contraste con un potente sonido, gigantescas casetas de existencia provisional, barras estrechas en las que sorprende que un rumbero tenga espacio para bailar y tiendas donde el público programa su propia música en rocolas; toda una parafernalia diversa compartiendo el mismo ritmo.

Además de explorar cuatro décadas, reuniendo a los sitios pioneros con espacios de reciente apertura, este recorrido atraviesa ocho circuitos en los que se ha concentrado la rumba capitalina: el sur profundo; el centro de la ciudad; Chapinero y Teusaquillo; el barrio La Macarena; el sector de Galerías; el norte y la zona rosa; el barrio Santa Isabel y la avenida Primero de Mayo, y el noroccidente de Bogotá. Algunos nombres de sitios se repiten en múltiples resurrecciones; lo mismo ocurre con los nombres de propietarios, DJs, orquestas, coleccionistas y bailarines, que saltan de un establecimiento a otro para dar cuenta de que a pesar de la distancia geográfica se trataba de una historia trenzada con protagonistas comunes.

No está de más subrayar que es una lista ambiciosa pero naturalmente incompleta. Sabemos que muchos sitios representativos quedan por fuera y nos disculpamos con sus fundadores y fanáticos. Cada entrevista para obtener información nos llevaba al descubrimiento de nuevos establecimientos que incluíamos en la lista; entonces la historia se repetía revelando nuevos nombres y la cadena de revelaciones parecía interminable. Además de aquellos que eran desempolvados de la memoria gracias al recuerdo de algún otro lugar, están los muchos que abren cada tanto y aquellos que han habitado una zona fronteriza entre la salsa y otros géneros. Esperamos que los lugares reseñados a continuación contengan un eco de la esencia de aquellos que no logramos incluir y que de ese modo ayuden a caracterizar la identidad rumbera de Bogotá.

RUTAS SALSERAS EN BOGOTÁ



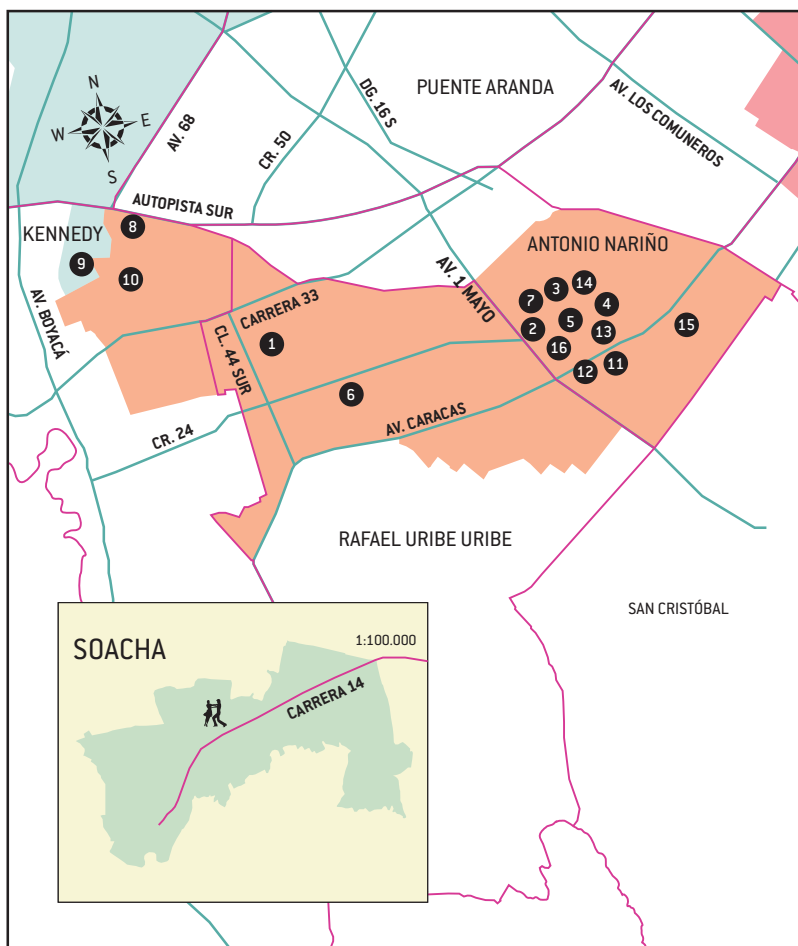
LOCALIDADES

01 Usaquén	05 Usme	10 Engativá	15 Antonio Nariño
02 Chapinero	06 Tunjuelito	11 Suba	16 Puente Aranda
03 Santa Fé	07 Bosa	12 Barrios Unidos	17 Candelaria
04 San Cristóbal	08 Kennedy	13 Teusaquillo	18 Rafael Uribe Uribe
	09 Fontibón	14 Los Mártires	19 Ciudad Bolívar

CIRCUITOS SALSEROS

Sur Profundo	Centro	Chapinero
Sur Occidente	Norte y Zona Rosa	Soacha
Noroccidente y Galería	☆ Bares y Discotecas de Salsa	

CONVENCIONES: Límite de localidad Vías



- | | | |
|------------------------------|-----------------------|--------------------------------|
| 1 Abuelo pachanguero | 2 Barra Rumba Cubana | 3 Charly Salsoteca y los Pibes |
| 4 Cubarra | 5 Discoteca Saoco | 6 El Jíbaro Pachanguero |
| 7 El Tiburón | 8 El Tumbao | 9 Flor Negra |
| 10 Hamburguesa Rumbea | 11 Malecón | 12 Palladium |
| 13 Salsoul | 14 Sol de Media Noche | 15 Almendra |
| 16 Tibiri Tabara Salsa Brava | | 16 La Barra del Negro Charly |

Sector Soacha: La caseta internacional de las Estrellas, Katiuska, Pampanela, Galaxia, Disco Club Social

CONVENCIONES: — Límite de localidad — Vías

1. EL CIRCUITO DEL SUR PROFUNDO

El primer Abuelo Pachanguero

Costado occidental Glorieta del barrio Inglés

Sur de la ciudad

[1976 – 1986]

Su fundador, Jaime Betancur, conocido como “el Abuelo Pachanguero”, comenzó este sitio influenciado por la vida rumbera del Valle del Cauca, especialmente de Cali, Candelaria y Santander de Quilichao. En este lugar se dieron cita destacados bailarines, como Chucho Bonbonbum, Norman Viáfara, Watusi, Cepillo, Cupido y Mamboloco, entre otros.

Referenciado como uno de los sitios más “duros” de la salsa en el circuito del sur, fue precisamente eso lo que dañó su reputación, con un prontuario de peleas y problemas de seguridad, incluyendo varias muertes que llevaron a cerrar el lugar:

En esa época mucho salsero era mafioso y ladrón; la salsa era para la gente viva, para el torcido. Claro que en esa época el ladrón no era como hoy en día, tan asesino y tan malo. En esa época la gente consumía marihuana y pastillas, pero lo realmente peligroso eran las bandas de ladrones: la del Gato, la del Joya... Al negocio me llegaba gente de todas partes de Bogotá, aunque abundaban los de La Perseverancia, de Las Lomas, de Las Cruces, de Soacha. Yo solo abría viernes y sábado, de nueve de la noche en adelante. Pero ya a las siete tenía una cola hasta la esquina. Era una discoteca muy bonita, a la cual le metí mucha plata. La pista era en puro acero inoxidable, y eso se bailaba y se deslizaba uno rico, pero como la gente se resbalaba, tocó cambiarla por madera.

Buena parte de la música del establecimiento venía directamente desde Nueva York, traída por amigos de Jaime Betancur:

Yo me daba el champú de estrenar muchos éxitos, como por ejemplo, “Milonga para una niña”, de Andy Montañez. También me trajeron los primeros discos de El Gran Combo, de Alfredo de la Fe, mucha novedad. Me acuerdo que el dueño de El Palladium fue a comprarme música y llevó una grabadora inmensa, con unos rollos de esos antiguos, y ahí grabó algunos de los temas que me llegaban a mí directamente...

Vale la pena recalcar que con el nombre de “Abuelo Pachanguero” han existido otros sitios célebres, en ciudades como Cali y en barrios como Queens, en Nueva York. En esta última metrópoli, existió el Abuelo Pachanguero de Humberto Corredor.



CARLOS VALENCIA RIVAS, propietario de La Barra del Negro Charly, también destaca como uno de los grandes bailarines de la ciudad.

La Barra del Negro Charly

Carrera 17 No 18 – 34 Sur

{2000 – continúa abierto}

Esta barra con capacidad para 30 personas, está ubicada en el barrio Restrepo y pertenece a Charly Valencia Rivas más conocido en el mundo de la salsa bogotana como “el Negro Charly”, reconocido por ser uno de los pocos bailarines de danzón en la ciudad.

Según cuenta, cuando comenzó: “todo el mundo decía que debía ser boxeador y no bailarín, por mi estatura todo el mundo pensaba que era como torpe para bailar pero afortunadamente he tenido buen estilo y marque una pauta en el baile”.

Oriundo de Quibdó, llegó Bogotá a los 6 años y desde los 12 años empezó a rumbear en las Coca Colas bailables, cuando hacían su debut celebres figuras de la pista capitalina como Watusi, Resortes, Mambo Loco, Chucho

Bonbonbum, quienes según él “eran los ídolos” pero a los que sin embargo no imitaba, porque su intención era “desarrollar mi propio estilo”.

El Negro Charly siempre ha animado la rumba del Restrepo organizando eventos salseros como encuentros de coleccionistas y musitecas, además su barra se caracteriza por programar para todos los gustos salseros. Por esta barra han pasado generaciones de salseros que reconocen en el Negro Charly uno de los emblemáticos de la salsa del sur de Bogotá.

Crescendo

Avenida 12 sur N° 14-40

[Mediados de los ochenta – mediados de los noventa]

Perteneció al popular Luis Cardona, conocido como “Mamboloco”. Fue el primer establecimiento de rumba que tuvo este bailarín, coleccionista y comerciante musical, muy recordado en Bogotá. Según su hermana Teresa, fue a partir de este negocio que Mamboloco “empezó a pensar en traer música, vender e importarla”. Según Rubén Toledo, Luis Cardona lo nombró así por el álbum *Machito and his Orchestra at the Crescendo*.

Cubarra

Diagonal 12 sur N° 17-19

[1995 – 2000]

Perteneció a Hernando Gómez, destacado en el mundo salsero bogotano por ser uno de los mayores coleccionistas y difusores comerciales de este género. El sitio duró unos cinco años en sus manos y, según él, lo abrió con el fin de “rescatar y difundir la corriente musical clásica de la salsa cubana y la que tuvo furor en Nueva York”. Su idea era seducir y atraer a un público que ya no visitaba negocios porque “solo se escuchaban ‘Las tumbas’, ‘Pensando en ti’, ‘Llorarás’, ‘El ratón’, ‘Mujer divina’, y nadie ponía un mambo, una pachanga, una guaracha”. Al lugar comenzaron a llegar jóvenes que allí cultivaron su gusto por la música de vieja guardia. Entre sus programadores musicales estuvieron Wilson Bernal, John Ever Guevara, Ernesto Pérez y el hijo de Hernando, Harold Smith Gómez, quien sería el último DJ del sitio.

Caseta Internacional de las Estrellas

Municipio de Soacha

[1972 – 2004]

El sitio con más esplendor del sur profundo para una generación de rumberos será La Caseta Internacional de las Estrellas. Su fundador fue Aliario Ramírez, al parecer, el primer torero que tuvo Soacha. El sitio abrió sus puertas en 1972, por sugerencia de una amiga que le dijo: “monte una discoteca, ponga una barra aquí, ponga otra barra allá, échele teja [...] y comience”.



LA CASETA INTERNACIONAL DE LAS ESTRELLAS, ubicada en el municipio de Soacha, era uno de los destinos favoritos de los salseros del sur.

Según él, duró como un año con el sitio tal y como lo había concebido esa amiga, hasta que un día realizó un concurso de baile de 72 horas continuas, y a partir de ahí la caseta fue famosa.

La Caseta Internacional tenía una sola entrada y se hacía fila para poder acceder. Su pista era en baldosín y aserrín y estaban prohibidos los tenis, además contaba con buen sonido, bafles muy potentes. Marino Carvajal uno de sus asiduos visitantes comentó sobre el sitio que la flota Tequendama los llevaba y ese era el plan del sábado y del domingo para los del sur de Bogotá". Pero también, su dueño al parecer: colocaba los buses en diferentes partes de Bogotá, totalmente gratis, para que la gente fuera y regresara sin pagar, según Hernando Gómez. El local podía albergar cerca de cuatrocientos



ALREDEDOR LA CASETA TODA UNA GENERACIÓN FORJÓ SU EDUCACIÓN SENTIMENTAL Y APRENDERÍA A CULTIVAR EL OÍDO, A MEMORIZAR MELODÍAS, A AFINAR LAS ESTRATEGIAS DE CONQUISTA Y ESCULPIR LOS PASOS DE LA RUMBA ADULTA.

tas personas y las matinés de los sábados gozaron de reconocido prestigio. Comenzaban a las tres de la tarde y se terminaban pasadas las siete de la noche, hora en que la rumba de adultos daba su inicio, extendiéndose hasta las tres de la mañana.

Pero, además de las maratones y las matinés, el lugar fue famoso porque allí confluyeron los bailarines de la época, como el Negro Roque, Oscar Orozco, “Zapatico”, “el Negro Charly” y orquestas como Los Hispanos y Los Melódicos. Alrededor la Caseta toda una generación forjó su educación sentimental y aprendería a cultivar el oído, a memorizar melodías, a afinar las estrategias de conquista y esculpir los pasos de la rumba adulta.

La caseta sobrevivió hasta 2004, aunque sin el esplendor de los años ochenta. Según Hernando Gómez, intento promover en el 2000 los concursos de Baile, tratando de llamar la atención de los rumberos pero la fiesta salsera en Bogotá ya estaba muy dispersa y con más oferta en todos lados. Hoy en día, de la caseta de baile solo queda el nombre y el recuerdo de sus años dorados y Alirio Ramírez está retirado de los avatares rumberos. La caseta quedaría confinada a la memoria festiva de la vieja guardia, mismo destino que correrían, con el tiempo, las salsotecas en general del sector. Así, según Zapatico, se fueron acabando Zodíaco y Pampanela y los rumberos decidieron conquistar otros espacios.

El segundo Palladium

Calle 17 sur N° 16-51

{2002 – continúa funcionando}

Su fundador fue Orlando Vargas. Quien visita el sitio puede apreciar en sus paredes toda una galería de fotografías del dueño junto a artistas famosos a los que ha conocido e invitado a su local. Vargas se educó en la salsa a finales de los setenta, al lado de Benicio Arias, “el Duende”, un DJ caleño al que le fascinaba la música de Johnny Pacheco y que fue también DJ de La Montaña del Oso y del Palladium de Chapinero, el de Camilo Torres.

Vargas iba acostumbraba a ir a los matinés casi todos los domingos y ahí aprendió, “debajo de las cabinas”, mientras se ocultaba de la policía pues era menor de edad. Así relató esos años de experiencia iniciática con El Palladium:



EL SEGUNDO PALLADIUM se fundó en homenaje a Camilo Torres, quien a su vez fundó el primero para emular con la célebre discoteca neoyorquina.



SALSOUL FUE EL PRIMER RUMBEADERO QUE METIÓ CUATRO PARLANTES ALTOS Y QUE TUVO SONIDO ESTÉREO... ALLÁ EMPEZAMOS A HACER LOS MATINÉS JUNTO CON MIGUEL GRANADOS ARJONA.

Mi anhelo fue tener una discoteca, y lo primero que hice cuando la tuve fue presentar el tema y la orquesta al inicio de cada canción, para que la gente no anduviera preguntando cómo se llamaba tal o cual disco. Yo quería un sitio en que la gente pudiera ver algo y aprender. Es que se trataba de eso, de aprender.

Rumbón Melón

Dirección calle 17 a No 16 -12 sur

[1993 – continúa funcionando]

Según su dueño, Hernando Zabaleta, Rumbón Melón nació a partir de dos negocios que había tenido, ambos llamados Calipso. El primero de ellos funcionó en el Restrepo durante nueve años, en la calle 11 sur, y fue el que dio origen a Rumbón Melón, que duró cerca de ocho años. El otro Calipso estuvo una época en Teusaquillo, al lado de Salsa Camará, en la Avenida Caracas con calle 34 (ver). Rumbón Melón se caracteriza por programar vieja guardia como Conjunto Casino, Riverside, la Sonora Matancera y otros ritmos antillanos. Tiene capacidad para 60 personas y en la víspera de los días festivos realiza eventos como la “rumba de cachete”.

Salsoul

Diagonal 12 N° 17-96 Sur, 3er piso

[1979 – 1990]

Fue fundado por Alfonso Martínez y su esposa Gloria. Según la descripción de Álvaro “Chocolate” Quintero, una de las personas que conoció el sitio y trabajó como DJ:

Salsoul fue el primer rumbeadero que metió cuatro parlantes altos y que tuvo sonido estéreo... Sonaba muy bonito y por supuesto llamaba mucho la atención. Allá empezamos a hacer los matinés junto con Miguel Granados Arjona... Aunque abríamos a las tres de la tarde, uno pasaba a las doce y la gente ya estaba haciendo fila... Cabían unas trescientas personas y trabajábamos todos los sábados y domingos de tres de la tarde a once de la noche. La gente que iba era joven, pero también lo frecuentaban veteranos: lo que era Miguel Granados Arjona, que a menudo presentaba su show desde allá; Guillermo Monsalve, que hacía “Salsa con el Guillo”; Jaime Ortiz Alvear; Pedro Puente, de Melodías. El sitio tomó tanta fama que uno iba los domingos para los matinés y de ahí salía a rematar a otro lado. Colocábamos



SALSOUL fue uno de los bares emblemáticos del Restrepo. Abierto en 1979, atrajo mucha clientela por la calidad de su música y los concursos de baile.

mucha vieja guardia; sonaba mucho son montuno y pachanga, pero lo matizábamos con lo nuevo.

El lugar también se hizo famoso por los concursos de baile que organizaban casi semanalmente. En ellos participaban bailarines expertos como Chucho Bonbonbum, el Negro Charly, Norman Viáfara -el Rey del Mambo-, “Watusi” y Nilsa Pérez -“la Reina del Giro”-. También lo frecuentaban Lupa, “el Niño Consentido del Mambo”; Germán -“Timbalito”-, y Sonia. Según Alfonso Martínez:

Con la presentación de estos rumberos buscaban incentivar a los muchachos para que concursaran. Se presentaban primero ellos y luego hacíamos un concurso que era de diez o quince personas. Al que ganaba se le regalaba una botella de aguardiente o esa noche no pagaba. Entonces empezó a llegar mucha gente de todos lados, sobre todo de Kennedy, de Soacha, del Restrepo, de Santa Rita.

El Sol de Media Noche

Avenida Caracas N° 12-64 Sur

[Mediados de los setenta – comienzos de los noventa]

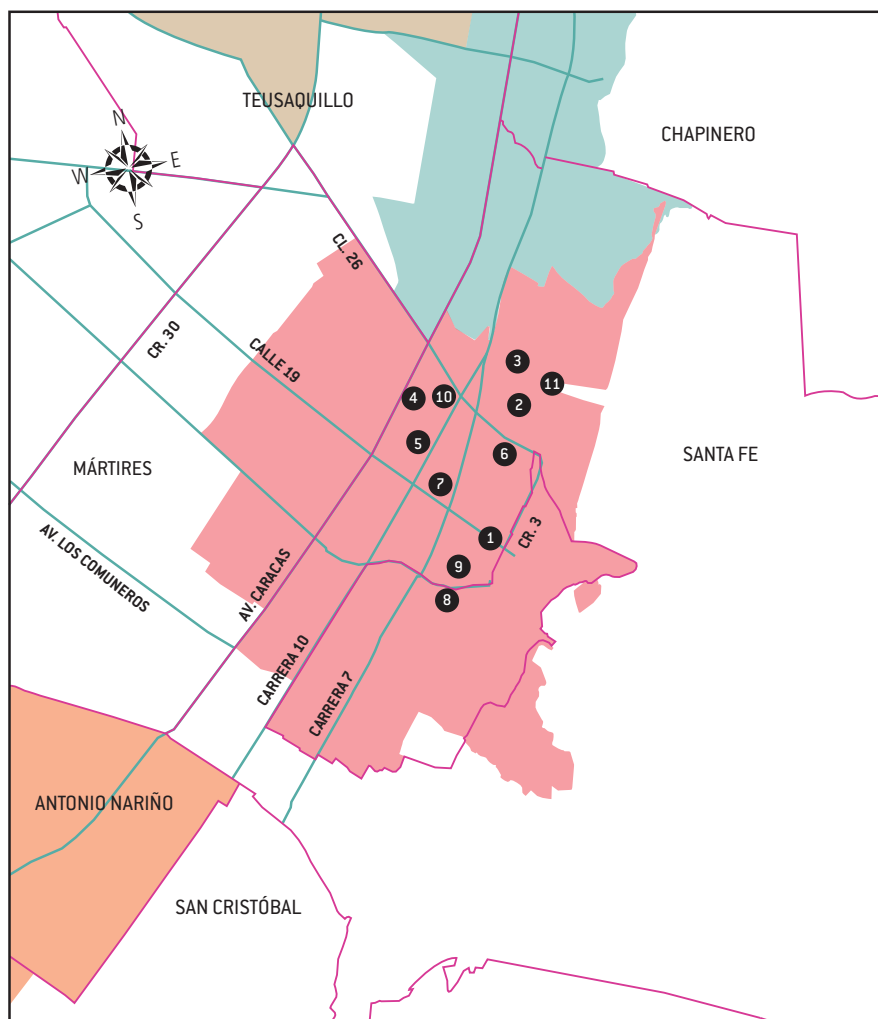
Su dueño era Fernando Ruiz, “Bocadillo”, y según Hernando Zabaleta era un empedernido hincha del Santa Fe que amenazaba con no dejar entrar a los visitantes si eran del equipo rival, Millonarios.

Su cabina de música, según el bailarín Marino Carvajal, “parecía una nave espacial”. Uno de los DJ más queridos del sitio era conocido como “Palustre”. También laboraron allí Pino, DJ caleño, Benicio Arias y Álvaro “Chocolate” Quintero, quienes, como recuerda Marino Carvajal, “para finales de los años setenta ponían a la gente a gozar”.

Al igual que El Palladium, este sitio se hizo famoso, especialmente por sus matinés dominicales. Allí se daban cita Raúl Rengifo, César Charanga, Norman Viáfara, Jaime Betancur, el King, Tatio, la mayoría de ellos zapateros y obreros. Además era frecuentado por bailarinas reconocidas como Sonia, Luz Marina y Rosa Riberos.

La mayoría de asistentes provenía de los barrios Policarpa Salavarrieta, La Valvanera y La Nubia. Marino Carvajal recuerda que cuando iba a este sitio llevaba un cuaderno y averiguaba los nombres de los discos con los DJ, pero el grueso de las personas iba “más por conseguir novia que por la música”. De las matinés en el Sol, salían para El Palladium. De acuerdo con el testimonio del Negro Charly, en los años noventa, una vez cerrado el local, allí mismo se abrió el rumbeadero Noche Caliente.

2. EL CIRCUITO DEL CENTRO



1 Almendra	2 Son Cubano	3 Massuci
4 Siloé	5 El Monka Monka	6 El Palomar
7 El Primer Goce Pagano	8 El Tunjo de Oro	9 La Bodeguita del Centro
10 La Gaité	11 Martí	12 Quiebracanto
13 Salsa Borinquen	14 La Teja Corrida	15 El 2º Goce Pagano

CONVENCIONES: — Límite de localidad — Vías

La Alfombra Mágica

Calle 16 No 12 -04

[Mediados de los setenta – comienzos de los ochenta]

Aunque predominaba la música tropical –del corte de Lisandro Mesa, los Teen Ager y Afro Son–, también se escuchaba salsa. En su momento de esplendor, hacia 1977, La Alfombra Mágica representó uno de los escenarios más grandes de la ciudad, en el que fácilmente podían caber 300 personas. Varios de los entrevistados sostienen que ese sitio se hizo famoso por el “nenerío”, pero también por la presencia de costeños con un “bailadito más amacizado”. Al llegar ahí, recuerda Marino Carvajal, “se encontraba una gran bodega, pero al subir las escaleras se llegaba a una tarima, de allí había que volver a bajar y en la pared del fondo había un genio montado en una alfombra”.

En esa época, negocios como este se destacaban por las luces de neón; además, en todas las paredes había dibujos de los ídolos de la salsa. El sitio siempre estaba a reventar. Aunque la entrada, sobre todo la de menores, era controlada por la policía, generalmente se encontraba la manera de ingresar. Este lugar también era frecuentado por soldados rasos en su día de descanso. Según Marino Carvajal, en La Alfombra se hizo famoso El Diablo, un cartagenero que, además de ser excelente bailarín, sobresalía por su afro y porque acostumbraba vestir ropa blanca y lucir zapatos blancos o rojos.

Bar Martí

Carrera 4 N° 14 - 48

[2006 – 2012]

Fundado por Roger Ospina y su esposa Elsa. Roger, abogado y coleccionista, decidió lanzarse a esta aventura producto de su pasión y gusto por el golpe salsero. Según él, lo que hizo en este establecimiento fue convertir un gran pasatiempo en un negocio con calidad:

Es berraco, sobre todo porque mientras es un hobby es bacano, pero cuando es negocio se pone algo tensionante. Sin embargo, a mí me interesa mantener un negocio con calidad y hasta ahora ha tenido muy buena acogida entre el público. Lo que trato de hacer es no sofocar a la gente con ritmos raros, con mambos pesados o con pachangas duras. Eso sí, calidad, lo cual significa saber combinar la melodía para el público, colocar una Ponceña pero también un Al Castellanos, un Coco Lagos. Lo que destaca a Martí es que maneja un criterio y respeto por el acetato bien conservado.

Martí ofreció buena rumba de miércoles a sábado hasta septiembre de 2012. Roger contaba en su local con una excelente consola y, sobre todo, con un repertorio de acetatos clásicos, que eran el deleite de los visitantes. La resistencia de sus dueños al Plan Centro, que ha pretendido desalojar a estos

locales del sector, cedió finalmente, conduciéndolos al cierre. Calambuco, una orquesta de la capital, se presentó en su local y le hizo un homenaje a Roger Ospina y a Martí en uno de sus temas.

La Bodeguita del Centro

Calle 24 No. 5-81

[1997 – 2007]

Efraím Cardona, hermano de Mamboloco, comenzó con una licorera en un sitio conocido como La Barra del Centro, ubicado en la calle 19 con carrera séptima. Según su hermana Teresa, “Allí vendía licor y colocaba buena melodía”. Luego, el establecimiento se trasladó a la calle 24 con quinta, donde estuvo hasta hace poco, con un ambiente rústico, decoración cubana y mucha camaradería entre sus visitantes, especialmente por el público universitario que lo frecuentaba. En el sitio se podían encontrar bongós disponibles para los visitantes que quisieran tocar y algunos percusionistas populares como Toño el viejo. En el sitio programaba Ángel Eduardo Tibata. Después de la muerte de Efraím, el sitio siguió siendo manejado por sus familiares, específicamente por una hija, hasta su cierre definitivo.

Casa Buenavista

Carrera 6 N° 35-37

[2002 – 2013]

Fundada por Jorge Villate Liévano, un arquitecto egresado de la Universidad Nacional de Colombia, fue el gran sitio de lanzamiento para varias orquestas bogotanas de salsa. En ella se presentaron, entre otros grupos, La 33, Calambuco, Kimbawe, La Conmoción, Yoruba y Ensamble Mayor. Jorge Villate era considerado por algunos como el “rey Midas” de las grabaciones, pues a través de Casa Buenavista Records, un sello disquero fundado en 2005, apoyó, grabó y difundió a los nuevos artistas y propuestas musicales tanto bogotanas como del resto del país.

Casa Colombia

Carrera Quinta con calle 27

[1985 – principios de los noventa]

En este lugar alternaron Los Gaiteros de San Jacinto, Totó la Momposina; grupos como el de Alejandro Barranco; las Danzas de Carlos Franco y Toño Fernández. También fue escenario de Gustavo García, “el Pantera”, y Guayacán Orquesta. Si bien La Casa Colombia no entra, por su criterio y por su orientación, en la esfera de los lugares de la salsa, se puede considerar que cumplió un papel importantísimo en la divulgación de la música costeña en la capital y especialmente en este sector del centro.



EL CUBAN JAZZ CAFÉ es parte de una nueva generación de bares salseros en la capital. Su atmósfera evoca los grandes salones de los años cincuenta.

La Casa Colombia fue fundada por Juan Luis Vieira, más conocido como “Tos”, y el pintor Gustavo Bejarano. Era una casona vieja en La Macarena, a la cual llegaba mucha gente porque encontraba una buena combinación entre la cumbia y la salsa. Allí se presentaba Mazinga, grupo al que perteneció Javier Apráez, cuya particularidad era una especial combinación entre el elemento caribeño y el swing andino, una especie de fusión. De hecho, la impronta de este sitio fueron las fusiones, mucho antes de que otros lugares, como Quebracanto, las acogieran. La Casa Colombia y otros sitios, como La Teja Corrida, ayudaron a que los bogotanos profundizaran en los diversos géneros costeños.

Cuban Jazz Café

Carrera 7A N° 12C-36

[2012 - continúa abierto]

Está ubicado en el mismo lugar donde en los años cuarenta funcionó el club Metropolitan, lugar memorable por las presentaciones de Lucho Bermúdez. El establecimiento actual hace honor a ese pasado al recuperar su ambiente de gran club, con pista amplia, bar, restaurante, tarima para orquestas y espacio musical para las descargas, el golpe cubano, el son montuno y el jazz. El sitio busca recuperar el estilo de los clubes de La Habana en los años cuarenta y cincuenta, especialmente por su decorado.

En su salón se destacan las fotografías de estrellas de la música cubana como Celia Cruz, Benny More, Bebo Valdés, Machito y José Mangual. Desde su reciente apertura ha contado con la presencia de artistas salseros como Albita Rodríguez, Armando Quintana y la Expresividad, Aché Sonora, Conmoción Orquesta y Azumi “La Japonesa” con su banda de salsa clásica Cocoblue.

La Gaité

Carrera 8 N° 19-33

[Finales de los sesenta – principios de los ochenta]

Ver páginas 209 a 223

El primer Goce Pagano

Carrera 13A con calle 23

[1978 – continúa abierto]

Ver páginas 224 a 247

El Goce Pagano de la quinta

Carrera 5 N° 26-42

[1994 – continúa abierto]

Ver páginas 224 a 247

La Jirafa Roja

Calle 23 con carrera quinta

[Finales de los setenta – SD]

Estuvo ubicado en la misma cuadra de El Scondite, junto al Teatro Mogador, adonde se llegaba por el denominado “pasaje caliente”; su entrada era con circuito cerrado de televisión. Según Jaime Betancur, fue la primera discoteca en Bogotá con pista multicolor, sintética y giratoria, y él ayudó a diseñarla. El techo se hizo con pedazos de vidrio y con los reflectores daba la impresión de emitir centellas. Tenía cubículos en los que cabían cuatro personas. Por su cabina pasaron como DJs los tres hermanos Chocolate. So-

naba todo tipo de música, aunque su esencia era la salsa clásica, sobre todo el repertorio de la Sonora Matancera.

El sitio se hizo famoso por los concursos de baile. Según Teresa Cardona y su esposo José Gabriel Clavijo, los concursos de salsa se hacían el primer día de la semana, que eran los “lunes del zapatero”. Carlos Niño cuenta que allí ganó un concurso, pero le dieron el premio a otro y por eso no volvió. El lugar era frecuentado por jugadores de fútbol como Willington Ortiz, Víctor Campaz, Otoniel Quintana, Hermenegildo Segrera y Julio González, “Pelé”; y presentadores de televisión como Fernando González Pacheco y Jimmy Salcedo.

La Jirafa Roja no duró mucho tiempo, de acuerdo con Yecid Quiñones, por los problemas de inseguridad que se presentaban en él.

Monka Monka

Calle 27 con carrera Quinta

[1987 – 1993]

Este sitio tuvo varios dueños. Uno de ellos fue Jaime Velásquez, percusionista, melómano y programador radial que también fue dueño de Anacaona y actualmente dueño de Sandunguera. En un comienzo perteneció a Janeth Rodríguez, quien llamó a Jaime para que le colaborara. Cuando él asumió Monka Monka, estaba casi en quiebra y no se sabía si era discoteca o taberna por el ambiente y la decoración. Jaime Velásquez modificó el sonido, adecuó la luz del lugar y le confirió otro estilo de música, especialmente de vieja guardia. Como comenzaron a llegar “melómanos más apasionados y conocedores, gente que había estado en Rumbaland, en El Palladium”, fue posible programar mambos de Randy Carlos, música de Tito Rodríguez, Ricardo Ray, Joe Quijano, Johnny Pacheco, Joey Pastrana, Johnny Colón, Ray Barretto y Alfredo Linares. Al igual que Nelson y sus Estrellas, Fruko, Charanga América, Charanga 76; pachangas del Sexteto La Playa, de Joe Cuba, de René Bloch, de Machito, de Ray Pérez; y orquestas venezolanas como las de Óscar de León, Dimensión Latina y Sexteto Juventud.

Quinta Sinfonía

Carrera 5 con calle 26

[Años ochenta]

Ver páginas 311 a 317

Quiebracanto

Carrera 5 N° 17-76

[finales de los ochenta – continúa funcionando]

Ver páginas 318 a 331



BARRA
Rumba Cubana

VERY IMPORTANT PERSON
"La barra de la buena rruumba"
Calle 21 sur No.18-44 B.RESTREPO



La Rumba de Efraim

Salsa y Son Cubano

Carrera 7 No. 48-17 Teléfono



San Signeto



MILLSON Y CHARLIE
NITECA INVITAN

AL GRAN CARNAZO SALCERO
PARA GOCAR Y BAILAR
SE ORIGINARA EL PROXIMO 18 DE JULIO
LUGAR "LA BASE DEL SABOR"
CARRERA 19 No. 20-09 SUR - BARRIO ESTREPO
ELLOS \$ 300.000 ELLOS DE CACHE
¡ NO TE LA PIERDA !

SALSA

BORINQUEN
RECORD


CRA. 13 No. 24-25 346-201 TEL: 284 2306 FRENTE UNV, INCCA



TIBIRI TABARA
SALSA BRAVA

DISCOTECA BARRA

Calle 22 sur No. 15-40 Tel: 239 24 05



AMOR AMISTAD Y MUCHA SALSA

Bellero y Sal Soul invitan para otra Sensacional Rumba en el día del Amor y la Amistad. Ven y disfruta de una Noche Inolvidable

SEPTIEMBRE 19 DE 1.00 HORAS 8 P.M. VALOR \$ 200
DIAGONAL 12 SUR No. 17-96 Bar. PISO Discoteca SALSOUL
Y RECUERDE EN SALSOUL LA SALSA ES LA SALSA

VIDEO-BARR

La Lupe
DANCING CLUB

Hernando Zabaleta 310 454 37 08 CALLE 18 SUR No. 16 - 06
2do: PISO - B. RESTREPO
CEL.: 313 445 87 50

SALSOUL DANCING CLUB BARRA

Te invita para que participes y compartas del sensacional matina rumbada todos los domingos y festivos de 3 p.m. a 10 p.m.

Cover \$ 300 Dames de Cortesia

SALSOUL DIAGONAL 12 SUR No 17-96 Bar. PISO
Barrio Restrepo Bogotá, D. E.

Unico Requisito: EXCELENTE PRESENTACION



BARRA
Hoy Como Ayer

CARRERA 7 No. 54-01 TEL: 289 91 11



DISCOTECA EL TUNJO DE ORO

Barra Malancoromana y Salsera
de Bogotá

Servicio todos los días, Domingos y FERIADOS
desde las 6 de la tarde
Frente a Telecom

Cra. 13A No. 22-47

Bogotá, D. E.

discotek

Cristal

SALSA Y MELAO

Calle 17 A Sur N° 16 - 12 B/ Restrepo
Cel. 312 454 6648 - 312 442 6143 • Bogotá, D.C.

Charly

INVITA A TODOS LOS RUMBEROS DE AYER, HOY
Y SIEMPRE A LA GRAN RUMBA EL DIA 11 DE
OCTUBRE EN LA DISCOTECA

Bronco

Ellos \$200.00

Ellas de Cache

NO TE LA PIERDAS

Dirección Calle 17 No. 20 - 29 3er piso Barrio Restrepo

NICHE Y JONNY

PIPOA Y LA MUÑECA LUPITA

Boleros de Salsa de Cali y Barranquilla
Para Bogotá y Colombia

Sus representantes artísticos

ANDRES RAMIREZ R. - JAIRO VEGA

CARRERA 46 No. 6-34
BOGOTÁ, D. E.

TELEFONOS: 281 48 91
288 81 88



PASO COMBAN

Salsa de Cali...dad

Un buen sitio en Bogotá

CARRERA 7a. No. 43-41
DOMINGOS CON MATINE
Hora 3 p. m. a 9 p. m.

A gapito

CASA CUBA



Musica Afroantillana



Oscar Monica y Antonio

Invitan a todos los rumberos a disfrutar de
una tremenda rumba con los Magníficos de
la Salsa y Tango

Gran especial Show de medio noche de salsa
y tango. Grandes sorpresas. Te esperamos



Granada invita

Para otro cañonazo salsero, dispuesto
para todos los rumberos duros,

Lugar: Calle 17 Sur No 20 29 3er Piso Barrio Restrepo
Discoteca "El Bronco"

Ellos \$ 200

Ellas de Bala

Hora: 9 p.m.

Fecha Diciembre 14 de 1985

Lugar Discoteca El Bodegon Cra 17 No. 16-37 sur 2o piso
Edificio Telecom Barrio Restrepo

Fecha 3 de Octubre - 87

Hora 8 p.m.

Valor \$ 250



DISCOTECA SCONDITE - NORTE

CALLE 116 No. 25-20 - TELEFONO: 213 73 74 - BOGOTÁ



•LO MAXIMO EN RUMBAS•

«La Música Salsa de Ayer de Hoy
y de Siempre»

Animación: Miguel Granados Arjona

Djyokej: -JACOBO-

Fecha: Sábado 20 de Julio de 1985 - Hora: 9 p. m.

Valor Entrada \$ 200,00 - Damas de Coché.

CARRERA 88 No. 5-31 - Sala Cultural - Barrio Tondeja



COMO EL TUNJO DE ORO QUEDABA CERCA DE LA SEDE NACIONAL DEL MOIR, LA IZQUIERDA CALEÑA Y COSTEÑA, “ETÍLICA” Y “DICHARACHERA”, SERÍA VISITANTE ASIDUA DE ESTE PIONERO DE LOS TERRITORIOS DEL GOCE EN BOGOTÁ.

Rincón Cubano

Calle 19 con carrera cuarta

[1990 – continúa funcionando]

Luis Alberto y Claudia Castrillón comenzaron este negocio como un restaurante, pero al mes, según palabras de su fundadora, se “convirtió a la rumba cubana”. Desde entonces está ubicado en el segundo piso del edificio Procoir. Su estilo de rumba está definido por la trova cubana, el son y la descarga. Para la dueña, este es un sitio donde no tiene cabida la salsa rosa. Es un local amplio en el que perfectamente pueden caber cien personas. Los días de mayor afluencia son los viernes y sábados, cuando es frecuentado por empleados y estudiantes del sector.

El Scondite del centro

Calle 23 N° 5-74

[1975 – 1990]

Fue fundado por Gerardo Soto, en la misma cuadra donde funcionaron el Teatro Mogador, Escalinata y La Jirafa Roja. Según César Pagano, este Scondite, a diferencia del Scondite del norte que abriría en 1983, tenía un “nivel más alto de exigencia musical”. Era un sitio para buenos bailarores, y no era raro encontrar en sus mesas a estrellas del deporte nacional como el futbolista Willington Ortiz o el ciclista Cochise Rodríguez.

El lugar lo administraba el Viejo Pepo, costeño conocedor de buena música. Ahí también estuvo de programador Álvaro “Chocolate” Quintero. Ricardo Soto, según nos contó Chocolate, le dio mucho nombre al Scondite del centro, pero luego, por problemas de seguridad, debió cerrarlo en 1990.

Con el nombre de El Scondite también existe una discoteca en Cali, fundada en 1972 por Manuel Antonio Solarte y que sigue funcionando hasta la fecha en la calle Quinta con carrera 37.

La Teja Corrida

Carrera 5 No 26A - 56

[Años ochenta]

Este sitio fue un proyecto de Jorge Ramos y Carlos Uribe, entre otros socios. Para César Mora, uno de sus visitantes asiduos, fue el lugar donde tuvieron eco los movimientos salseros de la ciudad y Wsu grupo el Son del

Pueblo. Por su tarima pasaron Jairo Varela, Alexis Lozano, el grupo Yemayá y el músico chocoano Alfonso Córdoba, “el Brujo”. Según César Mora, fue todo un “microcosmos”, que reunía la variedad cultural y política de una ciudad como Bogotá, desde ministros y periodistas hasta militantes de izquierda.

Se escuchaba música de Richie Ray y de La Fania, así como sones cubanos. En su tarima se presentaron grupos locales como Mazinga, de Javier Apráez, entre otros. Otro de sus visitantes habituales era Miguel Granados Arjona, quien programaba música ocasionalmente, además de anunciar el bar en sus programas de radio. Al terminar sus presentaciones, artistas internacionales, como Henry Fiol, llegaban a este lugar.

El lugar cerró, según César Mora:

Por la mala administración y las deudas; por andar fiando y creyendo en las cuentas de los alcohólicos. Carlos Uribe, otro de sus dueños, quien era pintor, se fue de la ciudad, y Jorge Ramos y sus otros socios no tenían el dinero suficiente para seguir manteniendo el sitio, además la rumba ya se había extendido por otros lados.

Para Álvaro Quintero, fue ahí donde escuchó tocar por primera vez a un grupo de mujeres revelación del momento, llamado Cañabrava. Chocolate describe el sitio como “muy bohemio”, atestado de universitarios; sin embargo, como rumbero, él prefería más el “cuento de los bailarines y de los coleccionistas”, mientras que en La Teja Corrida el ambiente era más “para conversar de política y meter porro”; se trataba de otro público, el de “los niños ricos” que “querían bailar salsa sin conocerla bien”.

El Tunjo de Oro

Carrera 13A N° 22-47

[1977 – 1982]

Como quedaba muy cerca de la sede nacional del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR), la izquierda caleña y costeña, “etélica” y “dicharachera”, sería visitante asidua de este pionero de los territorios del goce en Bogotá. Marino Carvajal, quien siempre había rumbeado en el sur pero fue asiduo visitante del lugar, lo describe así:

El sitio era pequeño, le cabían como treinta personas, ocho mesitas, tenía un altílo. Se hacían matinés hasta las 9:30 o 10 de la noche. En la entrada había un afiche grande de Pete “El Conde” Rodríguez, Johnny Pacheco, y en el centro Sigifredo Farfán abrazando a los dos. Sigifredo siempre usaba un sombrero como de ruso, él tenía pelo largo con cola y andaba siempre en alpargatas. La gente era finita porque Sigifredo en esa época tenía la mejor música.



SIGIFREDO FARFÁN —a la izquierda en la foto— fundó El Tunjo de Oro y lo dirigió hasta su trágica muerte en 1981.

A diferencia de los salones a los que llegaban las grandes orquestas nacionales y extranjeras en los años cincuenta, este local era bastante modesto en su ambiente; era una pequeña tienda-bar, “donde –como recuerda César Pagano– la gente tenía más pretensiones de escuchar la salsa que de bailarla”. Según el Viejo Mike, al lugar “se iba era a beber, no a bailar, porque era muy estrecho, pero la música era del carajo... allí nos dejábamos conquistar de las niñas”. De hecho, en el testimonio de Marino Carvajal, su principal característica era la melodía:

Su DJ era Palustre, un hombre bajito de pelo aindiado que ponía música tanto aquí como en el Sol de Media Noche. Colocaba montuno, bolero, pachanga, Ricardo Ray, Fruko, Nelson y sus Estrellas, Joe Quijano... aunque también se escuchaba música más vieja como la de Pepín o Juancho López.

Según César Pagano, Farfán había sido en sus años mozos un practicante de lucha libre, provenía de Cali y había llegado a Bogotá “con un nivel un poco más alto, musicalmente hablando, que el promedio de los inmigrantes”. Siempre luchó por distinguirse hasta el punto de que Pagano le debe mucho al sello formador que imprimió. Pero esa distinción no era solo porque tuviera buena música y la diera a conocer. De acuerdo con Yecid Quiñones:

Farfán fue ante todo un importador de música. El tipo viajaba a Nueva York exclusivamente a comprar música, lo último en producción. Además prestaba parte de su colección a personas que conocía y sabía que con ellas no se le podía perder; él prestaba pero también alquilaba. En esa época un elepé traído de Nueva York, exclusivo, valía un mundo de plata. Uno de los que utilizó su música fue precisamente Granados Arjona para sus programas de radio.

Sigifredo fue uno de los pocos que en su época dio a conocer a los músicos que llegaban a Bogotá, por ejemplo, Mongo Santamaría o los Hermanos Lebrón. Según César Pagano:

Su independencia y autonomía para escoger la música hizo que muchos fueran allá, sobre todo aquellos que nos creíamos con un gusto más refinado. Íbamos a aprender con sus discos y con las anécdotas que contaba, porque él era amigo de muchos músicos.

El sitio perdió su encanto luego de 1981, cuando murió Sigifredo. Según algunos, su esposa se deshizo de su música y algunos coleccionistas y comerciantes musicales bogotanos, entre ellos los que tenían casetas de venta en la calle 19 con octava, lograron hacerse con gran parte del repertorio. Sigifredo

murió en Ibagué, luego de que una tarima del estadio Manuel Murillo Toro de esta ciudad se desplomara mientras disfrutaba de su otra pasión, el fútbol. Aun así, las huellas del Tunjo de Oro quedaron impregnadas en la memoria rumbera como uno de los hitos importantes de la salsa en la ciudad.

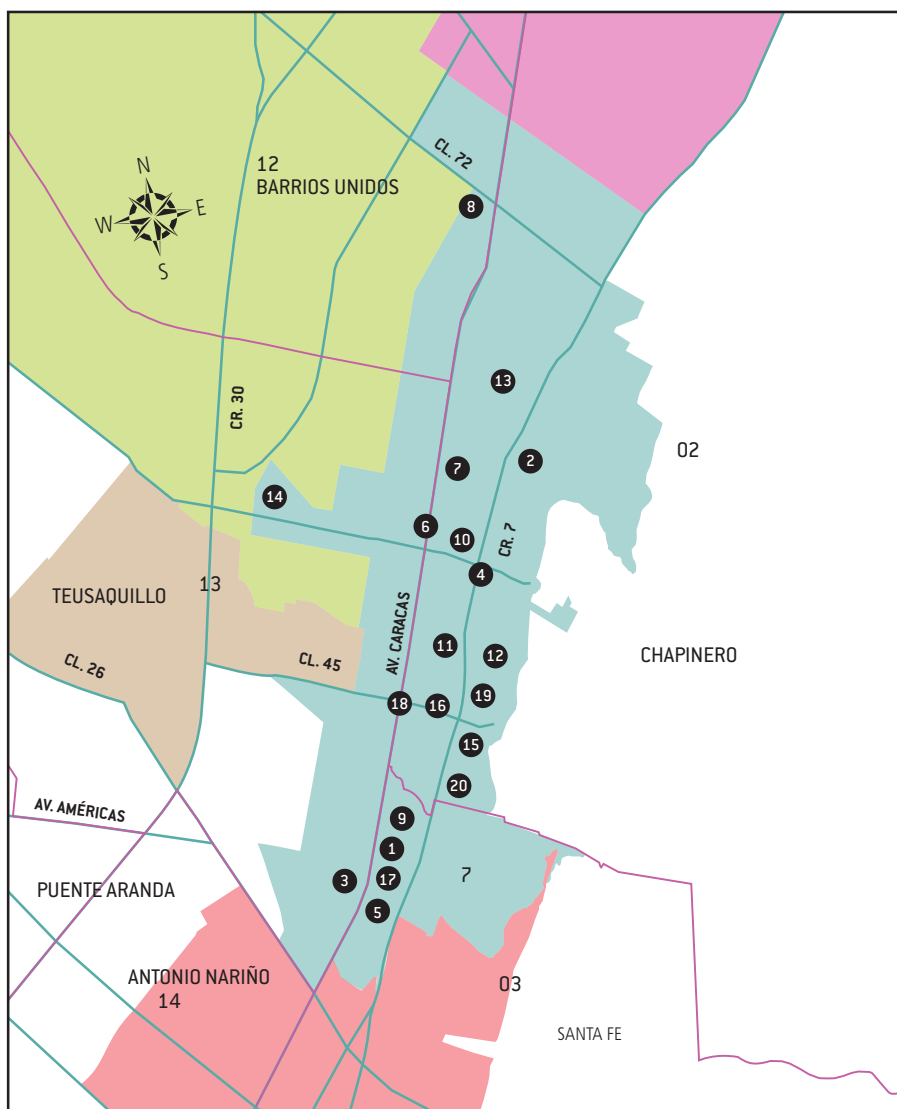
Zona de Candela

Calle 30A con carrera 6A

[1987 – SD]

Perteneció a Guillermo Sarmiento, quien después fue el propietario de El Artístico. Tuvo “tres tipos de rumba: la de los oficinistas (de 5 a 9 de la noche), la de rumberos (de 9 de la noche a 1 de la mañana) y la de los nocturnos (de 1 de la mañana hasta el amanecer)”. Según José “Chepe” García, este lugar hizo historia en Bogotá por ser un amanecadero de gran ambiente, con una clientela que no causaba problemas y por albergar la bohemia y el goce nocturno, especialmente durante el periodo de prohibición impuesto por la ley zana-horia en la Alcaldía de Antanas Mockus, implementada desde el año de 1995.

3. CHAPINERO Y TEUSAQUILLO



- | | | |
|-----------------------|-----------------------|--------------------------|
| 1 Anacaona | 2 Antifaz | 3 Azúcar |
| 4 Cabo Rojeño | 5 Cañandonga | 6 Caño 53 |
| 7 La Rumba de Pinky | 8 El Corso de la 72 | 9 Guararé Club Salsa Bar |
| 10 La Montaña del Oso | 11 La Rumba de Efra | 12 Melodías |
| 13 Mozambique | 14 Pachanga y Pochola | 15 Paso Comban |
| 16 Ritmo Latino | 17 Salsa Camará | 18 Sandunguera |
| 19 Savoy | 20 Son Salomé | |

CONVENCIONES: Límite de localidad — Vías

Anacaona

Carrera séptima con calle 48 · Calle 36 con carrera 13

[1988 – 2011]

Cielo García fue una de las fundadoras de este lugar, en cuya creación participó también Jaime “Sandunguera” Velásquez. Era un negocio que tenía entre seis y nueve mesas y la gente bailaba alrededor de ellas. Según Jaime, era “un sitio pequeño pero acogedor”, decorado con cuadros de artistas como Benny Moré y Celia Cruz, y con una barra de madera. Luego de su paso por Anacaona, Jaime Velásquez fundó en La Macarena el Monka-Monka.

Cabo Rojeño

Dirección calle 54 entre 13 y Caracas.

[1979 – 1984]

Surgió de la mano de Gustavo Gómez, dueño también de Caño 53, junto con su sobrino Edgar. Abrieron en 1979, año en el que América quedó campeón del fútbol profesional colombiano por primera vez.

Chocolate Quintero recuerda así aquella celebración:

Eso fue la locura; era solo Buchanan's 18 años y la gente entraba y salía con su trago. Para celebrar, el dueño trajo al grupo Niche, a Chocolate Armenteros, a los Hermanos Lebrón y al Negro Palomino para que contara sus chistes. Montó una especie de chirimía... fueron como tres o cuatro días, y eso marcó la pauta acá en Bogotá, porque nadie había inaugurado así, completamente gratis.

Cabo Rojeño fue una de las primeras discotecas que tuvo “sonido trifásico” y plantas para los medios, altos y bajos, todo separado, además de doble tornamesa con mezclador. Su dueño importó cedés y elepés que mantenían al sitio en la vanguardia musical. Los jueves se presentaban artistas y orquestas, como los Hermanos Lebrón, Changó, Gustavo García, “el Pantera”, y Saulo Sánchez, “el Sonero Mayor de Colombia”. Los jueves no se cobraba la entrada, pero era obligatorio, como mínimo, el consumo de “media botella por mesa”. El espectáculo era gratis. Cuando no había orquesta se montaba un grupo de bailarines. Allí se presentaron Norman, Chucho, Watusi –quien recién había ganado en Cali con Amparo Arrebato–, así como unos mellizos que, según Álvaro Quintero, eran los hermanos Patiño.

El nombre de Cabo Rojeño también era el de una discoteca de Nueva York, ubicada en la calle 145 y Broadway. En la ciudad de Cali también existió una discoteca llamada así en la calle octava; actualmente hay otra con este nombre, en Guayaquil, Ecuador.



CON EL CORZO DE LA 72, Carlos Prado, su propietario, empezó la colonización salsera del norte de la ciudad. Al lugar era frecuentado, entre otros, por el locutor y empresario musical Lei Martin (al fondo a la izquierda).

El Corzo de la 72

Calle 72 con avenida Caracas

[1982 – 1988]

Según Álvaro Quintero, su dueño fue también Carlos Prado, el de Escalinata y La Montaña del Oso. Su novedad fue la barra redonda en la mitad de la discoteca. Había pista de baile tanto a la derecha como a la izquierda. Se realizaban matinés los viernes, sábados y domingos y se cobraba setecientos pesos por la entrada; con esta suma se tenía derecho a una botella de aguardiente Cristal, un paquete de cigarrillos Marlboro y dos gaseosas. Las matinés funcionaban de tres de la tarde a nueve de la noche. En El Corzo se combinaba salsa con música disco de la época, como la de Diana Ross. De ahí la gente salía a las nueve de la noche hacia La Montaña del Oso, que abría sus puertas de ocho de la noche a seis de la mañana. Álvaro Quintero fue DJ, en remplazo de José Pachanga. Para Hernando Gómez, El Corzo fue una de las primeras discotecas que comenzó la “avanzada” hacia el norte.



LA MONTAÑA DEL OSO debe su nombre a una famosa canción de La Sonora Ponceña. En la pared del fondo se aprecia el mural distintivo del local.

Escalinatas y La Montaña del Oso: los lugares de Carlos Prado

Calle 52 con carrera 13

(1975 – 1990)

El dueño de Escalinata, el caleño Carlos Prado, amigo de Pedro Punte, quiso emular en Bogotá su local de Cali llamado Melodías. Álvaro Quintero comenta que “el negocio de Cali reclamó por la razón social del lugar y a Carlos le tocó cambiarle el nombre por ese conflicto”. Por eso le pusieron La Montaña del Oso.

Miguel Granados Arjona publicitó ese sitio, en el que estuvieron varios de los más reconocidos DJs de la época: el Negro Alberto, quien también estuvo en El Palladium; Fabio Hernán Pino, que vive actualmente en Miami y trabaja en la discoteca Ilusiones, y dos de los hermanos Quintero: Álvaro y Jorge.

La Montaña del Oso contaba con doce mesas y una barra para diez personas; era como un “rinconcito de Cali en Bogotá”. Allí se encontraban frecuentemente los dueños de Melodías y El Panteón. Más que un bailarero, era un buen lugar para escuchar melodía. A él acudían futbolistas vallunos que

jugaban en los equipos de la capital, como William Ospina, “Pecas”. Quienes iban a La Montaña del Oso remataban su rumba en Melodías, hasta las cuatro o cinco, según Álvaro Quintero, “y eso para los que no eran conocidos, porque los conocidos se quedaban hasta las ocho o nueve de la mañana”.

Fue uno de los establecimientos que incursionó en lo que después se conocería como salsa romántica. Allí se empezaron a poner temas de Louie Ramírez y Ray de la Paz como “Todo se derrumbó”. El sitio marcó una transición entre la salsa pachanguera y la salsa rosada que surgió en los ochenta. Fue también la época del Conjunto Clásico, de Roberto Torres, de “Papaíto”. La Montaña del Oso tenía “pastas exclusivas”, ya que a Carlos Prado le traían música de Estados Unidos. Lo que estaba siendo un éxito en Cali, llegaba en exclusiva a la Montaña del Oso y a Melodías. Álvaro Quintero comenta que había una especie de lucha sana entre los DJs por colocar lo mejor. Entre él y el Negro Alberto, de El Palladium, se disputaban quién tenía la mejor música; recuerda, por ejemplo, que cuando le llegó “Mambo Batiri”, el gran éxito de Nacho Sanabria, “eso fue la envidia del sector”. Por aquel entonces los DJ comenzaron la moda de acelerar los discos en los famosos tornamesas Garrard, principalmente bugalús como “Soy el rey” de Ray Pérez o “Micaela” de Pete Rodríguez.

Según Álvaro Quintero, en ese lugar estuvieron Héctor Lavoe y Miltiño: “Cantante que estuviera aquí en Bogotá, se daba una vuelta por La Montaña del Oso”. A Carlos Prado le tomaron fotografías con estos personajes, al igual que a su coterráneo Pedro Puente, de Melodías. La Montaña del Oso funcionó hasta comienzos de los noventa. El sitio también lo frecuentaba Jairo Varela en sus inicios musicales.

Tras el fallecimiento de Carlos Prado, su esposa siguió con La Montaña del Oso, pero, según los que conocieron su época de esplendor, ya no fue lo mismo. A Carlos Prado lo mataron en La Montaña del Oso en la víspera de un día festivo: en un incidente con la esposa del DJ Benicio Arias, alguien hizo un disparo y desgraciadamente él fue la víctima.

El Goce Pagano

Avenida Caracas con Calle 74

[1980 –]

Ver páginas 224 a 247

Melodías

Carrera séptima No 45 -81

[Mediados de los setenta – mediados de los noventa]

Su fundador, Pedro Puente, es un caleño que llegó a Bogotá con su música y comenzó la idea de montar una discoteca con buena melodía. Según nos contó, en Caño 53 le empezó la fiebre de tener un sitio de salsa; allí le compró

la mitad a un amigo. Con Melodías quería ofrecer música variada en la semana. Esto lo llevó a tener un martes de bolero y un viernes de tropical. Los vallenatos, por ese entonces, gustaban mucho, sobre todo los clásicos, pero recuerda que él fue incursionando poco a poco en la salsa, y en eso Miguel Granados Arjona fue muy importante para darle publicidad al lugar.

A la discoteca, rodeada de universidades, le habían unas setenta personas. La clientela estaba constituida por estudiantes, costeños, rolos, “gente seria” y gente joven. Se cobraba la entrada. El DJ era Álvaro Paz, caleño, que sabía de varios géneros. También llegaba gente de la farándula, deportistas y políticos, inclusive mafiosos. Pedro recuerda que allí acudían César Mora, Jairo Varela, Alexis Lozano, Hansel Camacho, Bruno Díaz y Willington Ortiz. El sitio también fue visitado por Héctor Lavoe y por Joe Cuba, que estuvo estancado ocho días en Bogotá. Según don Pedro, cuando la rumba se calentaba, “todo el mundo quería hacer bulla”. La rumba duraba hasta las seis de la mañana, y en ocasiones se empataba con la rumba siguiente.

Melodías duró casi veinte años. Pedro Puente ayudó a formar mucha gente hasta el punto de que aún hoy se puede encontrar su música en varios lugares de venta de la capital y hay un club de coleccionistas producto de su formación. Luego de que el propietario sufriera una trombosis, el sitio no volvió a ser igual; al parecer, sus empleados lo robaron y esto lo destruyó moralmente. Quizás la mayor colección de música que haya habido en Bogotá sea la que tuvo Pedro Puente, solo comparable con la de Jaime Ortiz Alvear.

Chocolate describe el lugar así:

El sitio tenía un ventilador que daba contra la Séptima y por ahí uno le mandaba un pedacito de servilleta al DJ, donde le escribía “son tales y tales con Chocolate”. Tocaba así para poder entrar, porque el sitio era muy exclusivo. Fue de las discotecas que más música ha tenido en Bogotá; para esa época tenía más de quince mil elepés. Pedro era el primero al que le llegaba música desde el extranjero. Y no solo eso; cuando aquí se grababa música, por ejemplo, de Willie Salcedo, de Los Reales Brass, él era quien daba el visto bueno: “Esto funcionará, esto va pegar, esto no”. Para esa época Melodías era como el estatus más alto en discotecas. Tenía una barra muy pequeña, superexclusiva. Usted pasaba a las diez de la noche y le decían: “Está muy llena”, pero mentira, no había nadie, estaban esperando su clientela, que llegaba tipo 11 o 12. Cuando a Bogotá llegaban los cantantes bravos, como Cheo Feliciano, llegaban a buscar Melodías.

Mozambique

Calle 63 con carrera Décima

[1968 – 1973]

Ver páginas 194 a 207

El Palladium

Carrera 13 No 54 -44

(1975 – 1990)

Su fundador, el caleño Camilo Torres, quiso emular con este sitio a El Palladium de Nueva York. La discoteca tenía dos pistas en un recinto relativamente oscuro, pero bastante amplio y contaba con una respetable colección de acetatos.

Marino Carvajal lo recuerda de este modo:

Una de las barras más bonitas de salsa de Bogotá era la de El Palladium, era un caché ir a este sitio. Y Camilo, el dueño, fácil le decía a uno: “Vos no vienes aquí de seguido, así que no podés entrar”, entonces uno tenía que poner carita de buena gente para poder ingresar. El Palladium era lo máximo de Chapinero.

Las pistas estaban demarcadas con lucecitas pequeñas. Según Marino Carvajal, en la pista de adelante se llevaban a cabo los matinés, la rumba popular más importante y la que destacó a El Palladium, junto con Rumbaland. En la organización de esta modalidad de rumba estuvo Luis Cardona, “Mamboloco”, quien, de acuerdo con su hermana Teresa, se asoció con Camilo y con el señor Gustavo Reinoso para realizar los matinés, ganar un porcentaje por ellas e impulsar este negocio. Luis, a su vez, involucró a su hermano Efraím, quien por ese entonces tendría unos dieciséis años. Efraím fue discómano en El Palladium durante casi seis años.

Cuando la pista se llenaba se corría un biombo y en la parte de atrás estaba otra pista, donde, según Marino Carvajal y Óscar Castro, se ubicaban las personas mayores, como Marlon Lalinde, Jacobo Vargas, Aldemar García, y la gente que consumía licores finos. Los muebles de El Palladium eran diseñados para discoteca, muebles acolchonados, de cuero. Los camareros vestían uniforme y usaban corbatín. El servicio era costoso y se reservaba el “derecho a la admisión”, según recuerda Yecid Quiñones. Según Óscar Castro, el Palladium tenía tres tipos de rumba: “El viernes tipo ejecutivo, el sábado familiar, el domingo la muchachada de los barrios”.

A El Palladium iban los mejores bailarines de la época. Al llegar, la expectativa invadía al rumbero: “A la mitad de la escalera estaba don Camilo con su papá y ellos eran los que pedían lo de la entrada”, cuenta Chepe García. En este sitio se escuchaba la música del conjunto Sandumoro, de Tito Puente, de Eddie Cano, de la Sonora Carruseles.

Jaime “Sandunguera” Velásquez asegura que El Palladium que él conoció hacia finales de los años ochenta “se llenaba especialmente los domingos; los viernes y sábados era más bien vacío, y se escuchaba mucha pachanga por ser temas cortos y pegajosos”. Para Marino Carvajal, Teresa Cardona y Hernando



EL PRIMER PALLADIUM es recordado por muchos melómanos como “el auténtico templo salsero de Bogotá”. En la fotografía puede verse a Camilo Torres, su dueño, con camisa verde a rayas, tocando la clave en compañía del locutor Miguel Granados Arjona, de chaqueta café a la derecha.

Gómez, este sitio se convirtió en el “primer templo salsero” de Bogotá y una de sus características era la afluencia de caleños. También fue frecuentado por futbolistas de Millonarios como Efraín “El Caimán” Sánchez, Jaime Morón y Arturo Segovia, por políticos de la época, actores de televisión y músicos que llegaban de gira a Bogotá, como Alfredo Linares, Nelson Henríquez, Bienvenido Granda, Tito Nieve, Oscar de León y Daniel Santos, entre otros.

José Pachanga

Calle 33A con Caracas · Calle 30 con carrera 68 · Boyacá con calle 52

[Finales de los noventa – 2009]

Ver páginas 513 a 519



Salsa Camará

Avenida Caracas con calle 33ª · Calle 83 con carrera 14 · Calle 82 No. 14-33 2do piso
[1988 – continúa funcionando]

Gilberto Ávila lo fundó en un local contiguo a otro sitio de rumba conocido como Cuarto Creciente. Se caracterizó por hacer presentaciones privadas de grupos como la Orquesta Aragón y la Orquesta Original de Manzanillo, ambas de Cuba. La rumba se movía alrededor de la salsa clásica, de martes a sábados, desde las cinco de la tarde. Era un lugar frecuentado por niches, como se les dice en el argot colombiano a los habitantes del Pacífico. Luego, hacia mediados de los noventa, el lugar fue trasladado al circuito rumbero del norte, donde ha tenido dos sedes, una en la carrera 14 entre calles 82 y 83 y actualmente en el segundo piso de la calle 82 con carrera 14.

La Ratonera

Calle 66 entre carreras 11 y 13
[1983 – finales de los ochenta]

Situado en la tradicional zona de los baños turcos, fue fundado por el actor Fabio Rubiano y por Mauricio Ramos. Allí se programaba salsa y viejos

sones cubanos. Fernando España lo describe así: “La Ratonera era un local asemejado a la habanera Bodeguita del Medio, frecuentado por jóvenes universitarios, mujeres feministas, profesores de cátedra, dirigentes sindicales y políticos de izquierda, quienes probaban mojitos a la usanza de Ernest Hemingway, mientras eran observados por una imagen ambigua en tempera y pastel de un Salvador Allende que a veces parecía García Márquez, o de un García Márquez que en otras ocasiones se confundía con Allende”.

La Rumba de Efra

Carrera 7 N° 48-17

[Finales de los ochenta – comienzos de los noventa]

Efraím Cardona, hermano del popular bailarín conocido como Mamboloco, fue quien fundó este sitio pequeño pero “muy típico”, con silletería en tela. La rumba era total. Allí Teresa Cardona programó la música, algo raro en la movida rumbera de la época, inclusive hoy. También fue invitado a programar música en varias ocasiones José Gabriel Clavijo, conocido como “José Pachanga”.

Sandunguera

Carrera 13 N° 44-29, 2º piso

[1994 – continúa funcionando]

Fundado por Jaime Velásquez luego de vender el bar Monka-Monka. Su intención fue experimentar con un lugar que no fuera demasiado bohemio, pero tampoco estuviera alejado de las universidades, y eso sí, con el mismo concepto “de poner salsa clásica, de manejar un estilo musical y cultural de primera”. El negocio comenzó programando música con acetatos, porque todavía no era muy común el cidí. Se programaba con dos tornamesas. En la actualidad, el negocio maneja menos acetatos y eso ha implicado variar la tecnología; ahora se trabaja con un solo tornamesa y una bandeja de cidís y de minidiscos. A los cinco años se introdujo en este local un proyector de video, algo nuevo para los sitios salseros de la capital en ese momento, pues la idea en Sandunguera ha sido la de “evolucionar en el sentido de buscar e innovar”.

Este espacio también ha servido para encuentros de coleccionistas de acetatos y videos, en el ámbito del Festival Salsa al Parque. A estos eventos asisten entre diez y quince personas que presentan con frecuencia videos inéditos; como uno de Rubén Blades, grabado en 1976 en Venezuela, que ni siquiera el mismo Blades sabía que existía. Son encuentros más bien informales, sin pretensión alguna de concurso. En Sandunguera también se llevan a cabo clases de baile con el popular “Mr. Swing” (Oswaldo Palacios) y es un espacio para la expresión de los jóvenes percusionistas.



© MARGARITA MEJÍA / IDPC

EL BAR SANDUNGUERA, de Jaime Velázquez (en la foto), goza de una nutrida clientela de público universitario.

En este lugar las orquestas bogotanas jóvenes han tenido una plataforma de divulgación, como en los casos de La Conmoción, la Real Charanga y Yarey, que surgió con músicos de Los 8 de Colombia. Cada año se presentan como mínimo tres agrupaciones. Por Sandunguera han pasado artistas de categoría internacional como Pete el “Conde Rodríguez”, Santiago Cerón y Chocolate Armenteros, entre otros.

Son Salomé

Carrera Séptima con calle 40

[1984 – continúa funcionando]

Ver páginas 518 a 523



© MARGARITA MEJÍA / IDFC

EL TITICÓ también es parte de la nueva generación de bares salseros en Bogotá. Sus dueñas, oriundas de Cali, le han impreso el clásico estilo de un grill valluno de los años setenta.

Sonfonía

Calle 58 con carrera 15

[Hacia 1985 – años noventa]

Clásico lugar del DJ, periodista e historiador de la salsa Fernando España. Según su dueño, estaba “localizado en un sector que en la noche se calentaba... y en su época dorada los salseros formaban cola para vivir su hilo sonoro”.

El Titicó

Calle 64 N° 13 - 35

[2011 – continúa abierto]

Desde el año 2008 empezó a rondar en la cabeza de Tuti Mejía la idea de abrir un lugar salsero al estilo de Cali en la capital. Caleña de nacimiento, cargaba ese equipaje propio de las diásporas, que algunos traducen en for-

ma de nostalgia y que obliga a otros a construir homenajes a la tierra que se extraña.

La búsqueda de ese espacio le tomó un par de años. No quería redundar en los sectores del norte de Bogotá. Los locales reducidos y los altos costos de arrendamiento confirmaron esa decisión basada primordialmente en la intención de encontrar un lugar con mayor intensidad urbana, más cercano a los orígenes de la salsa. A solo dos cuadras del legendario Mozambique, Chapinero le ofreció ese espacio. Después de mucho buscar encontró un amplio local en la calle 64 con 13, donde antes había funcionado un chochal llamado Ilusiones.

Tras sacudir todo el polvo abonado durante años en las habitaciones y derrumbar las paredes, un equipo de arquitectos, orientados por la fundadora, comenzó a adaptar el lugar a la estética salsera de los griles caleños de los años setenta, tomando como principal referencia a Changó y Éxtasis. Además de las mesas en forma de nicho, el piso de parqué, las luces rojas, los meseros impecablemente vestidos y la infaltable bola de disco, la propuesta musical del lugar ha tratado desde el principio de ser fiel a sus orígenes. “En muchos sitios bogotanos de salsa predomina la música antillana. Yo quería un lugar con un sonido más neoyorquino, sin dejar de lado clásicos caleños como Niche. En esa selección no pueden faltar Larry Harlow, La Lupe, Louie Ramírez, Henry Fiol, Joe Quijano, Mongo Santamaría, Willie Colón... la lista es larga”, afirma Tuti Mejía.

Con 22 mesas y capacidad para doscientos rumberos, cuando está a reventar –“noches en que sudan los espejos”, como dice su fundadora–, el lugar abrió sus puertas el 17 de marzo de 2011, con un rótulo en la fachada en que se lee “El Titicó, rumba buena y guaguancó”. Después de haber descartado nombres como “Caína”, a propósito de la canción de Rubén Blades, y “Cielo de tambores”, por el reconocido álbum de Niche, Tuti Mejía se decidió por ese llamado a la clave salsera, a través del cual busca revivir cada fin de semana “un pedacito de Cali en Bogotá”.

Tropibomba

Calle 60 con carrera 13

Al parecer era un negocio de música tropical, pero programaba también mambo y bugalú. Quedaba en lo que se conoce como el “pasaje de los hippies”, famoso por ser durante los años sesenta un territorio de encuentro para la psicodelia, la marihuana y los discursos libertarios de personajes como Manuel Sybius, Federico Taborda, Thor, Blacky, entre otros pioneros del hipismo bogotano. Del Tropibomba era asiduo visitante Mamboloco. En ese lugar, según el testimonio de Teresa Cardona, acostumbraban a hacer una gran maratón de baile de 72 horas.

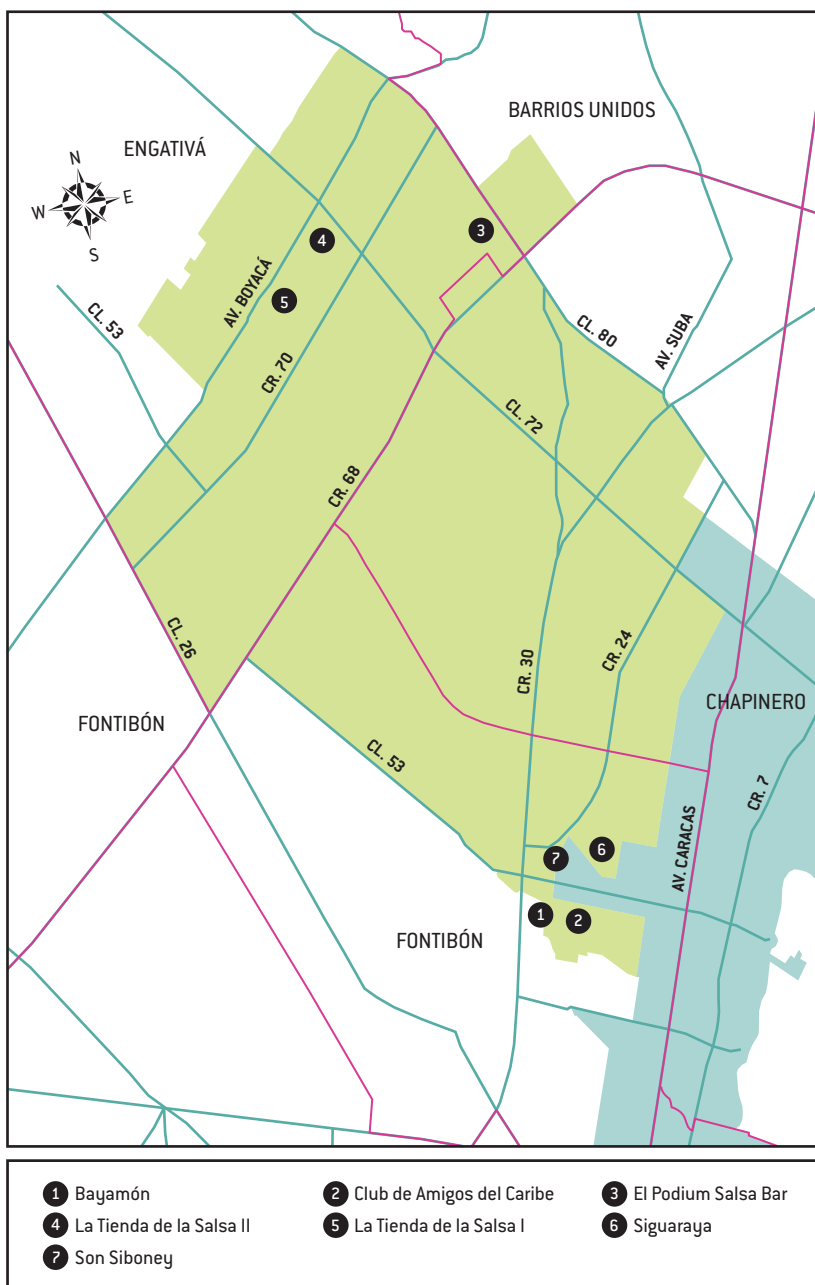
Zarabanda Club

Calle 54 con carrera 13

[1984 – 1987]

Álvaro Quintero cuenta que después de La Montaña del Oso nació Zarabanda Club. Al comienzo a esta discoteca era conocida como “el espejismo de la salsa”, porque estaba atiborrada de espejos tanto en las paredes como en el techo. Fue una de las primeras discotecas en incorporar las luces que más tarde popularizarían las minitecas. Una particularidad del sitio consistía en que quienes lo visitaban podían tocar campana, maracas y bongó, instrumentos que el dueño tenía en el local.

4. CIRCUITO DE GALERÍAS Y NOROCCIDENTE



Bayamón

Calle 53 con 27

[1993 – 1998]

Fundado por Uriel Alvarado, un empresario de Villavicencio que tenía en esa ciudad una discoteca llamada El Escondite, réplica de la existente en Bogotá. Según Álvaro Quintero, Alvarado le ofreció trabajar en su local con un sueldo superior al que ganaba como programador de El Escondite del norte. Alvarado se trasladó luego a la capital colombiana y con la ayuda de Chocolate fundó Bayamón en el sector de Galerías, famosa por los “Jueves de pachanga”. Esta discoteca incorporó el video en pantalla gigante para la presentación de conciertos de salsa. Bayamón, con capacidad para unas doscientas personas, fue un sitio visitado por personas de la capital del Meta, al igual que por gente de los barrios Restrepo y Venecia, y por una gran clientela compuesta por comerciantes de San Andresito. Tuvo unos cuatro o cinco años de esplendor, pero desafortunadamente, según Álvaro Quintero, con el tiempo comenzaron a generarse riñas entre personas de barrios como Santa Rita y Quiroga.

Caribe y Sol

Calle 26 N° 36 -28

[1986 – 1994]

El sitio fue fundado por Fernando Santafé y José Miguel Leal, ambos estudiante de la Universidad Nacional. Según nos comentaron, les llegaba música de Nueva York y de Cali, y como tenían bastantes amigos estudiantes, periodistas, profesionales que importaban música, ellos ayudaban con su divulgación en el negocio. El sitio alternaba entre el reggae y la salsa, de hecho su slogan era “salsa, reggae y son”. Los estudiantes llegaban allí a las tres de la tarde y estaban hasta las ocho de la noche. A partir de esa hora el sitio se llenaba con un público adulto al que le gustaba la salsa puertorriqueña. La rumba duraba hasta las tres o cuatro de la madrugada.

El Castillo

Diagonal a la entrada de la calle 26 de la Universidad Nacional de Colombia.

[Mediados de los ochenta - 2000]

Luego del cierre de Caribe y Sol, Fernando Santafé adquirió El Castillo. Por esa época le llegaba de Miami música cubana de Celina y Reutilio, de Los Van Van, de Ray de la Paz, Eddy Santiago y Óscar de León. Según su propietario, en El Castillo se acostumbraba a programar durante unas dos horas música de la Sonora Ponceña, los Hermanos Lebrón, El Gran Combo, Cuco Valoy, Óscar de León, Costa Brava, y luego se ponían temas del Grupo Niche y Guayacán. En el año 2000, con el auge de la salsa rosada la gente empezó a pedir otro tipo de música, como la de Proyecto Uno, además de merengue y

vallenato, y por lo tanto Santafé decidió terminar con el sitio. En El Castillo se festejaba todo y lo frecuentaban estudiantes universitarios.

El Hueco

Carrera 30 con calle 44

[Mediados de los años ochenta – mediados de los noventa]

Según Milcko Ferrer, quien vivió la rumba del sector de la Universidad Nacional, al parecer el fundador de El Hueco fue un estudiante de economía que no terminó la carrera. Era un ambiente plenamente universitario donde no faltaban, por supuesto, el rock en español en horas de la tarde y la salsa puertorriqueña en la noche. Allí se escuchaba a Cheo Feliciano, al Gran Combo, a los Hermanos Lebrón, a la Sonora Ponceña y uno que otro son cubano. Estaba ubicado en un segundo piso, en un local que podía albergar más de cien personas.

Pachanga y Pochola

Caracas con calle 32 · Carrera Séptima con calle 40 · Caracas con calle 43

· calle 57 con Séptima · Carrera 27 con calle 53 [Galerías]

[Finales de los ochenta – continúa funcionando en la sede de Galerías]

Sus dueños, Guillermo y Óscar Borda, decidieron apostarle a la salsa romántica, sin abandonar la clásica. Pronto se volvió preponderante la rumba y comenzó a ser frecuentado por actores y actrices compañeros de trabajo de Óscar Borda. Según Álvaro Quintero, se hicieron famosos los “jueves de caldo de pajarilla”: “A eso de las doce de la noche a todo el mundo le daban una taza y los niches se levantaban de nuevo a rumbear. Eso marcó pauta”.

El local actual tiene una capacidad para 280 personas, en dos plantas, con áreas diseñadas para ver mejor los eventos y presentaciones en vivo.

Son Siboney

Calle 53 con carrera 27

[1986 – continúa abierto]

La discoteca es de William Barros, costeño que inicialmente fue vendedor en la cadena Sears. Atiende de jueves a domingo y es una de las de más tradición en Bogotá, con cerca de veintisiete años.

Según Álvaro Quintero, este sitio ha sido todo un referente para los calleños y barranquilleros que acuden a él con frecuencia. Se inició con una barrita pequeña (emulando la de Melodías, porque eran clientes asiduos de aquel lugar) y veinticinco discos de larga duración. Inicialmente fueron tres los socios: Carlos Molano, programador y locutor de emisora Kennedy, Carlos Delgado y Barros. Con el tiempo William y su esposa se quedaron con el negocio y, gracias a la liquidación de Sears, montó la discoteca.



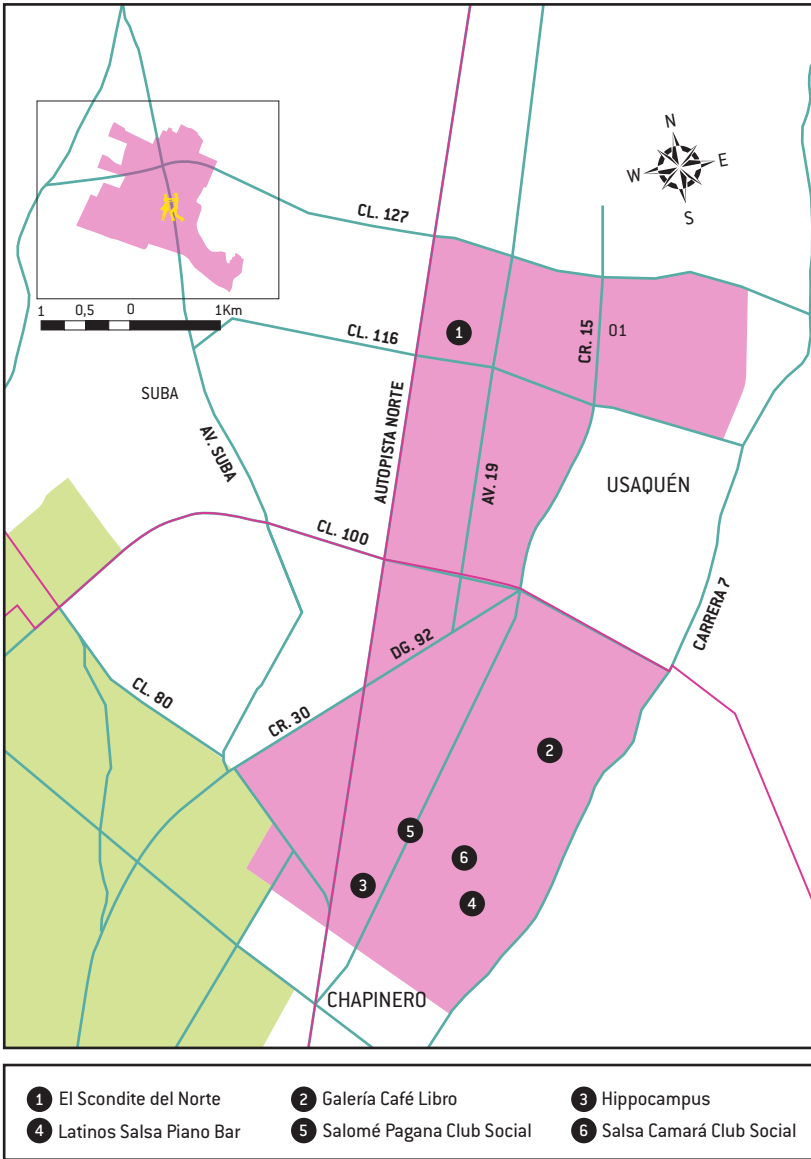
© MARGARITA MEJÍA / IDPC



PACHANGA Y POCHOLA ha peregrinado por diferentes sitios de la ciudad hasta establecerse definitivamente en el sector de Galerías.

Allí el rumbero puede disfrutar de pachangas, boleros, currulaos, canciones de Totó la Momposina o música de Cuco Valoy. El sitio es frecuentado por parejas; quien no va emparejado, no entra. Lo visita un público variado. Como el local es pequeño, no se pueden presentar orquestas. Siboney tiene capacidad para 100 personas y, según Álvaro Quintero, cuenta con uno de los mejores sonidos en Bogotá. Tiene un amplificador francés que permite que la música se concentre en la pista y las personas puedan hablar tranquilamente en sus mesas.

5. CIRCUITO DEL NORTE Y LA ZONA ROSA



CONVENCIONES: □ Límite de localidad — Vías



EL HIPPOCAMPUS no fue un bar exclusivamente salsero, pero allí tocaron a menudo músicos muy reconocidos en la salsa como Isaac Villanueva (batería) y Willie Salcedo (congas).

Hippocampus

Calle 85 con carrera 15

[Años setenta]

Fue un bar de leyenda en su época. Allí se escuchaba sobre todo jazz, latin jazz y salsa. En la descripción realizada en el libro *Jazz en Bogotá*, por Javier Aguilera se aprecia el valor simbólico de este sitio:

Armando Manrique se asoció con Herman Duplat y Jorge Kruger para abrir Hippocampus, un legendario lugar que durante cinco años se constituyó en el santuario de la música en vivo para los bogotanos. El local estaba inmerso en la atmósfera propia de un club de jazz: luces tenues de salón, mucho humo y los músicos iluminados detrás de una barra. Músicos, actores, personajes de radio y televisión, artistas de todas las vertientes, políticos, publicistas y deportistas fueron clientes habituales y entusiastas de la música. Allí los standars, la bossa nova, la salsa y los boleros fueron el vehículo que condujeron músicos de todas las latitudes, comandados por Manrique.

Según César Pagano, el sitio “cautivó mucho, aunque era de otra música”. En él se reunían pianistas y cantantes famosos, por ejemplo Armando Manrique, “Manricura”, quien después fue asesinado en circunstancias muy confusas. Jimmy Salcedo cuando salía de su programa de televisión iba a realizar descargas en Hippocampus. También era frecuentado por Joe Madrid, el pianista cartagenero. Hippocampus quedará en la memoria de los rumberos como un lugar fundamental para el jazz latino, aunque no era extraño que en él se escucharan bolero y salsa. Fue uno de los lugares que impulsó la conquista del norte rumbero, que después profundizaría Keops y Galería Café Libro. Según Gustavo García, “el Pantera”:

Manricura era pianista, salió de la Colombia All Stars, difundió el jazz y creó el Hippocampus. Era un guajiro, regordete y calvo... En su bar, en plena barra, tenía el piano, adentro tú lo veías tocando con la mano izquierda y en la otra un cigarrillo o tomándose un trago. Él estuvo en la Colombia All Stars, en la que también estuvieron Joe Madrid y Jimmy Salcedo. Era un pianista bravo.

Galería Café Libro

Sede Parque de la 93: Carrera 11A N° 93-42

Sede Palermo y Café Bohemia: Transversal 15B N° 46-32

Ver páginas 352 a 369

Salomé Pagana

Carrera 14ª N° 82-16

[1986– continúa funcionando]

Ver páginas

El Scondite del norte

Calle 116 N° 25-20

[1983 – 1996]

Fue uno de los sitios más “cachetudos” de Bogotá en el sector del norte. Para Marino Carvajal, uno de sus visitantes, al lugar solo entraba “gente de dinero”. Su “clima”, por lo tanto, era diferente al del sur. Según Marino, tamaño sorpresa se llevó cuando al entrar al baño de hombres pudo observar que había “lociones”, “que los hombres se echaban un espray en la boca”. En una ocasión, yendo en calidad de bailarín, un señor los invitó a su casa. Recuerda que estaba con ellos Rosa Riberos: “Este señor tenía como doscientos pares de zapatos, y les regaló a los músicos como siete pares de zapatos, de esos italianos, made in Italia”.

Si bien iban bastante a presentaciones al lugar, no volvieron por problemas de cuentas con Rosa Riberos.

EL ABUELO PACHANGUERO
SALSA - BAR

Juana Bohannon
Jesús Bohannon

Av. Ten. de Mayo No. 710 - 1º Edif. Piso
Tel.: 495 0100 - Cel.: 311 401 1278 - 314 300 7006
E-mail: elabuelopachanguero@yahoo.com

Charly - Salsoteca y Los Pibes

Los invitan a disfrutar lo mejor de la
Salsa en el Restrepo.

Calle 17 No. 20-29 sur 2o. Piso - Tel. 299 17 09
BARRIO RESTREPO - BOGOTÁ, D. E.



BALLET DE PIOMBO

Ofrece diversos tipos de Danzas Nacionales
y Bailes Modernos para sus Reuniones
y Espectáculos. Además ofrecemos
Grupos Vallenatos y Selistas

DIRECTOR
PIOMBO Tel: 8471 02

REPRESENTANTE
KERRY V. Tel: 23 19 00



Roberto Toledo
Representante Legal

Av. Carrera 30 No. 8-28 PBA, 141 30-80 Ciudad - 314 400 1041
<http://salsotecalatinomoderna.org> E-mail: salsotecalatinomoderna.com

Gilberto Invita

Para Otra SENSACIONAL RUMBA
Con la más Selecta de la Música Vieja Guardia
Ven y Disfruta de un Viernes para Recordar
GRAN SHOW DE TANGO Y SALSA
Lugar: Discoteca Salsoul Diop. 12 Sur No. 17-96
Fecha: Viernes 20 de Mayo de 1.988
BOTELLA \$ 2.000.00
" Los Esperamos "

Taberna
Discoteca
ALMENDRA
777

TODOS LOS GUSTOS MUSICALES
ESPECIALIDAD SALSA - ATENDEMOS SUS REUNIONES
DOMINGOS MATINES BAILABLE DESDE LAS 2 P. M.
- JUEVES UNICAMENTE SALSA Y SONORA MATANCERA -

CALL 20 SUR No. 1841
2da PISO - TEL. 278 12 88
BOGOTÁ, D. E.

BU SITIO
PREFERIDO

RUMBALAND
Tierra de Rumba

Salsa - Mambo - Pachanga
Charanga - Cha cha - Cha

Av. Américas No. 71-60 - Maricella



OMAR INVITA

¿ QUIERES RUMBIAR Y VEN A GOZAR CON
LA MEJOR MÚSICA DE TU EPOCA,

Noche Latina

TE OFRECE UNA NOCHE INOLVIDABLE NO TE LA PIENSAS
RUMBEROS \$ 200 RUMBERAS DE ALEGRIA,
AV. 1 DE MAYO No. 37-13 2da. PISO
FECHA SEPTIEMBRE 19 - 87 HORA 9 P.M.

Jairo Varela

El Grupo Noche es tuyo
cuidado como nosotros
Amigos



Sandubajun
Música y Fiesta

Cra. 13 No. 44-29 2do. piso
Tel.: 245 0318
Cel.: 311 446 0360
Facebook: Sandubajun Sandubajun



En Busca del Buen Paso



Sabor a Kumba

Gilberto Invita

Danza que combina de otra Gran Fiebre de Salsas y Miel, Internacional Ritmo de Tango Invitaciones especiales los Rumberos de la Vieja guardia **Mambo Loco y El Rey del Pirado** y muchos más

Lugar: Discoteca **DELICIE** Hora 8 p. m.
Diagonal 12 Sur No. 17-00 Barrio Estrepto
Fecha: Agosto 20 de 2008 Ven Capazemos

El Negro Charly y Salsady

Invitan a todos los rumberos a disfrutar de lo mejor de la música antillana

ELLOS \$ 4000 ELLAS UNA SONRISA

Lugar Salón Comunal Barrio Olaya Cra. 21 No. 22-73 sur Día 1 Julio/08

Venga al cuerpo joven
y al aroma Sensual de la salsa!

Licenses, cocktails y el mejor servicio de Drogas!

Av. Caracas No. 34-28 Tels.: 232 3419 - 245 2115



Santoja
LATIN MUSIC
HENRY ARIZALA

Cels.: 310 244 1060 / 3104019523 / 317 602 8932
Av. 1a de Mayo No. 99-40
santoja@hotmail.com

Wilson y Charlie

Invitan

Al Primer Cañonazo Rumbero del Año

Fecha: Febrero 17 de 1990 Hora: 8:00 p. m.

Lugar: Discoteca TIBIRI-TABARA

Calle 22 Sur No. 15-40

"Risas y Sorpresas"



NABORI
★ SALSA BAR ★

CRA. 91 No. 147-55 LOCAL 80 (2º PISO)
CENTRO COMERCIAL LOS PORTICOS
CELS. 310 929 3646 / 310 867 5779

Tina y Flor

Invitan a todos los rumberos "de tiempo completo"
a pasar una noche inolvidable con la música
SALSA Y DISCO

El día 30 de Mayo a las 9 p. m. en el
SALON COMUNAL DEL OLAYA
Ella's de Cachet — Ellos \$ 200.00 - Te esperamos

Carrera 21 No. 22-73 sur - Barrio Olaya



CREAM
DISCOTEQUE

CARRERA 10 No. 47-70 SUR - TEL. 74 10 77 - BARRIO RESTREPO BOGOTÁ

Para Álvaro Quintero, quien trabajó en El Scondite programando música, visitar este lugar:

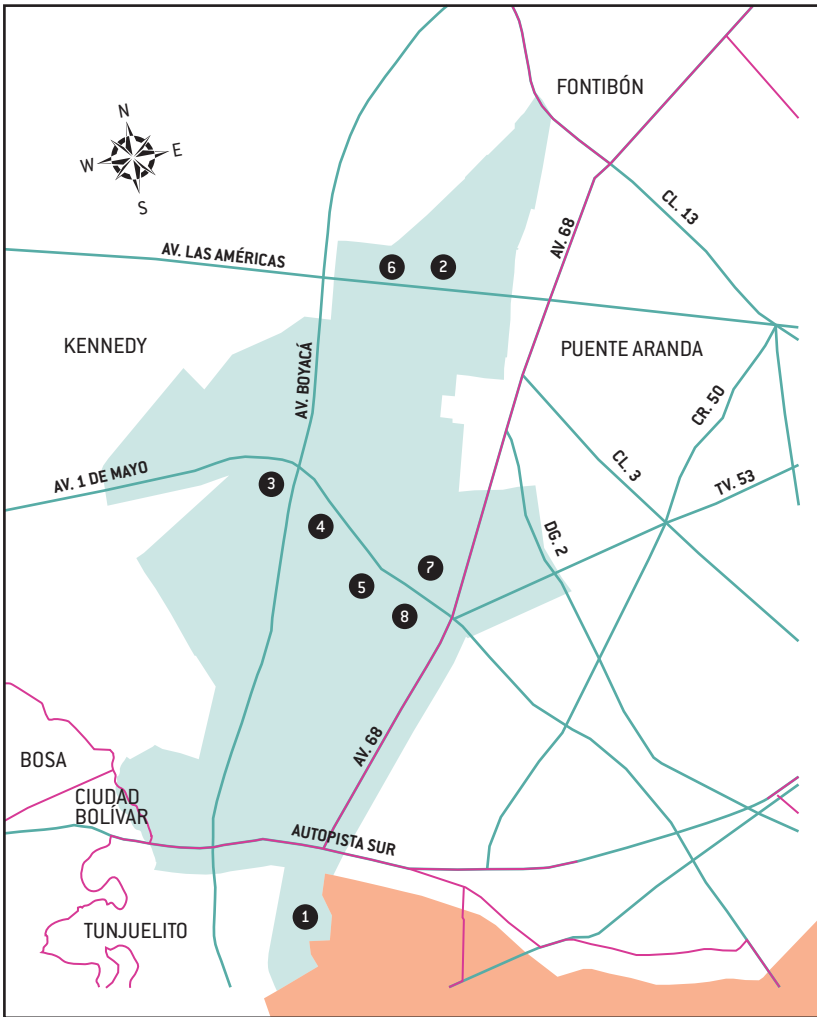
Era llegar a la élite, a las ligas mayores... Los hermanos Soto –Gerardo, Pompilio y Ricardo– tenían tradición con el Scondite del centro, pero fue Ricardo (Pepo), el administrador, quien le dio fama al Scondite del norte, porque era masajista de la Federación Colombiana de Ciclismo y trabajó muchos años con Café de Colombia. Todo el mundo llegaba allá: los ciclistas, los futbolistas como Willington Ortiz, Ernesto Rivas, Maravilla Gamboa, Senén Mosquera, las mujeres más bonitas, todos llegaban al Scondite o a La Montaña del Oso.

El lugar pegó por la música y el sonido, que eran los mejores de la ciudad, y por los miércoles de ceviche. De miércoles a sábado, la gente que iba a Melodías, al Palladium, a Siboney, pegaba para el Scondite del norte, aunque los miércoles era muy elitista, no entraba todo el mundo. Ellos fueron los que lograron que pegara el miércoles en la rumba en Bogotá. Esta discoteca estuvo aquí como veinte años, terminó hacia el año 96, cuando ellos decidieron montar Rumbavana, a la vuelta del Scondite, con local propio.

En El Scondite cabían más o menos 250 personas sentadas y otras 20 en la barra. Allá no se consumía aguardiente, sino vodka y whisky. Iba gente que podía pagar un whisky 18 años. En El Scondite se programaba mucha pachanga y pegó mucho Joe Quijano, aunque también la música de Richie Ray y Bobby Cruz. Pero en medio de la noche a usted le colocaban un tema de la Billo's o de Los Melódicos o "La pollera colorá" y todo el mundo se paraba a bailar.

A raíz de que Ricardo viajaba mucho a Europa y a los Estados Unidos, traía mucha música. La pasta era exclusiva. Una de las versiones de "Chachareo", la de Roberto Torres y sus Caminantes, fue como el himno del Scondite. Se escuchaba salsa de golpe, pero no descargas al estilo Rumbaland. Allá lo que pegaba era una salsa de más cadencia, porque iba mucha mujer bonita a bailar, eso era como una pasarela. En El Scondite del norte se presentaron Héctor Lavoe, Miltiño y el Grupo Niche, el cover era costoso.

6. LA RUMBA DE SANTA ISABEL Y LA PRIMERO DE MAYO



1 Antillano	3 Del Puente Pa' alla	5 El Panteón de la Salsa	7 Santología
2 Bilongo	4 El Abuelo Pachanguero	6 Rumbaland Tierra de la Rumba	8 Tabogo

CONVENCIONES: ▭ Límite de localidad — Vías

El segundo Abuelo Pachanguero

Avenida Primero de Mayo N° 71D-11, 2° piso

[2003 – continúa funcionando]

Fue lugar para presentaciones notables como las de Orlando Marín, a quien trajeron directamente desde Nueva York. En El Abuelo también se han presentado orquestas como La Real Charanga, Big Mambo, La Charanga de Nueva York, el Sexteto Latino, Tabú, Willie Rosario y Willie Salcedo. Según comentó don Jaime Betancur, El Abuelo le abrió las puertas a La 33 en sus inicios. Ha sido también lugar para encuentro de coleccionistas nacionales.

Sigue siendo uno de los lugares preferidos por los amantes de la vieja guardia. Aunque cada vez es más común ver allí jóvenes que han incursionado en la salsa por medio de las escuelas de baile y como coleccionistas.

El Panteón de la Salsa

Avenida Primero de Mayo N° 69-94

[2002 – continúa funcionando]

Lleva diez años de funcionamiento y es un punto de encuentro de gran parte de los coleccionistas, melómanos y bailarines del sector de Kennedy. El bar cuenta con dos pistas de baile, separadas por la cabina del DJ. Después de las nueve de la noche pueden disfrutarse allí espectáculos de bailarines y orquestas salseras de Bogotá en directo; también hay instrumentos musicales a disposición de los clientes, para quien quiera interpretarlos. Wilson Linares es su propietario y allí se realizan encuentros de coleccionistas y clases de baile.

Rumbaland

Carrera 30 N° 6-51 Sur, 4° piso

[1981 – finales de los noventa]

Ver páginas 332 a 351

El Tabogo

Avenida Primero de Mayo N° 58-45

[2003 – 2005]

Esta salsoteca se preciaba de ser el “centro internacional de la salsa en Bogotá”, según Hernando Gómez, su dueño. El nombre de la discoteca proviene de “Bogotá en desorden, Bogotá de rumba”. Con ella se buscó recuperar la “esencia de la salsa clásica, como la pachanga, el mambo, el chachachá, la guaracha y la descarga”. Además, cuando se creó, “ya muchos establecimientos clásicos habían desaparecido y por doquier solo sonaba salsa rosada”. La idea de Hernando Gómez consistía en que la música “saliera de los acetatos”. El sitio tenía capacidad para trescientas personas, pero en la mayoría de las ocasiones ingresaba más gente. Fue visitado por otros propietarios de esta-



LOS BAILES BLANCOS que, como su nombre indica, obligaban a los participantes a llevar alguna prenda de ese color, fueron una de las señas de identidad de Rumbaland.

blecimientos con prestigio en Bogotá, como César Pagano y Alberto Littfack. Tabogo funcionaba viernes y sábado, de las diez de la noche hasta las tres de la mañana. Según Robert Téllez:

La gente que acudía a Tabogo era joven, y eso me sorprendió. Alguna vez me invitaron y como me decían “No, es que es mambo, pachanga y bugalú”, me imaginé gente mayor allá, pero lo que vi fue gente inclusive menor que yo. Ahí es donde se ve la pedagogía musical que hizo este sitio y su dueño.

En Tabogo se organizaba un concurso nacional de baile al que acudían bailarines de otras ciudades, y si bien su idea inicial fue la de abrir un sitio de “música con criterio”, según don Hernando “la competencia salvaje del sector” terminó agotándolo, especialmente cuando negocios de menos calidad comenzaron a ofrecer “una botella y a regalar otra, porque no podían competir con un sitio al que la gente buscaba porque le interesaba la buena música, la tertulia y el sabor”.

7. LA RUMBA DEL NOROCCIDENTE Y SUBA

Boricua

Calle 80 N° 68C-11

[1997 – continúa funcionando]

Ver páginas 523 a 528

Las casetas internacionales en Bogotá

Al lado del Acueducto

Calle 13 con carrera 30

Aunque no estuvieron ligadas a un circuito rumbero específico, sí desempeñaron un papel trascendental en la vida rumbera bogotana. Funcionaban durante aproximadamente un mes cada año, casi siempre durante la Feria Internacional de la capital. Las más famosas fueron la Matecaña y Tro-pibomba. Allí tocaban orquestas como la Billo's, Los Melódicos, Los Hispanos, Los Graduados, Los Corraleros de Majagual, las orquestas de Lucho Bermúdez, Pacho Galán, Nelson y sus Estrellas, Fruko y Los Latin Brothers, al igual que La Sonora Matancera, Los 8 de Colombia, el Grupo Niche y Guayacán, y se presentaban cantantes como Daniel Santos. Según Álvaro Quintero, en una de esas casetas se presentó Dámaso Pérez Prado. Al parecer las orquestas venezolanas eran las que más concurrían, dado que, de acuerdo con Hernando Gómez, les era más fácil a los empresarios traer los instrumentos por vía terrestre desde Venezuela que desde Nueva York.

Estas casetas llegaban a Bogotá luego de participar en Barranquilla y organizaban “duelos” entre quienes llamaban en ese entonces “picoteros”, réplicas de los del carnaval de Barranquilla en el Paseo Bolívar. La caseta que mejor sonara ganaba el premio; luego terminaba el carnaval y estas casetas recorrían el país. En Bogotá fue común verlas en la avenida Las Américas, donde quedaba la Arena Bogotá. Allí llegaron a funcionar de tres a cuatro casetas. También, en el barrio Cundinamarca. El animador de la Caseta Internacional Matecaña fue siempre el empresario de orquestas bogotano Sady Rojas Beltrán, quien recientemente falleció. Las casetas fueron un gran escenario, según palabras de Hernando Gómez, “para que el pueblo que no podía acceder a sitios más costosos llegara allí. La gente podía pagar la entrada y gozaba de lo lindo”.

Naborí Salsa Bar

Carrera 109 # 143 - 74 Piso 2

Nació en el año 2005 con el nombre “Naborí”, por iniciativa de Alex Rodríguez y los hermanos Rolando y Mónica Yanken. Hoy el sitio está bajo la dirección de César Villamarín y Alexandra Colorado. Desde sus inicios, este



LAS CASETAS INTERNACIONALES, hoy desaparecidas, surgían como un complemento festivo a la Feria Internacional de Bogotá y presentaban sobre todo a orquestas venezolanas de moda.

lugar ha privilegiado un ambiente no solo para la rumba, sino fundamentalmente para la cultura festiva, reflejada en la programación musical con una línea clásica y espacio para las nuevas propuestas musicales.

Naborí cuenta con más de 1.500 álbumes en acetato. Esta colección es una de las principales banderas de este sitio. Desde sus inicios han organizado el espacio *Mi pana y yo*, que reúne coleccionistas, melómanos y seguidores de la música salsa no solo de Suba, sino del resto de la capital y el país, con el fin de compartir, escuchar y disertar sobre los ritmos que componen este género. Se han celebrado homenajes a grandes músicos desaparecidos de la salsa como Héctor Lavoe, Joe Arroyo, Arsenio Rodríguez y Tite Curet Alonso, entre otros. Por este establecimiento han pasado numerosas orquestas como Clandesquina, de Cali, y La Conmoción, de Bogotá, entre otras.

En la actualidad este bar es sede de la Sociedad Salsera de Suba, que apoya el trabajo informativo y cultural que adelanta Suba al Aire 88.4 F.M. y su espacio *Sandunga*, con actividades como el intercambio de acetatos, cidís, películas y material musical relacionado. Esta Sociedad fue fundada hace 10 años en la Casa de la cultura de Suba por Andres Alfredo Rojas, Andrea Blanco, Fernando López y Aristo Rodríguez. La Sociedad ha organizado talleres de



EL PODIUM SALSA BAR hace parte del circuito rumbero de la calle 80, donde ha surgido una nueva y vibrante Zona Rosa.

percusión y ha tenido una fuerte participación en los encuentros realizados a nivel local y nacional de coleccionistas, así como una presencia destacada en los Festivales de Salsa al Parque.

El Podium Salsa Bar

Calle 80 N° 68C-11

(2000 – continúa funcionando)

El Podium significa “la máxima expresión de la música antillana”. Fue fundado por Óscar Castro, melómano y programador de radio, oriundo del sector popular de Las Ferias. Según nos comentó, con esa denominación buscaba rendirle un tributo al legendario Palladium de Chapinero, de quien Oscar tiene vívidos recuerdos, ya que bailó y trabajó allí por más de 10 años. El recuerdo de esta salsoteca lo acompañó durante muchos años, y con ayuda de su madre y hermana logró hacer realidad un lugar que recuperara el sabor clásico de El Palladium del caleño Camilo Torres.

Allí se han dado cita bailarines de talla internacional como Bibiana Vargas y Ricardo Murillo, campeones mundiales del género, y el caleño Carlos Paz, conocido en el mundo artístico como el “Resortes colombiano”. También han pasado figuras de la salsa como Alfredito Linares, Caneo y Son de Soñá, una agrupación salsera de Boyacá.

Además de ser “el único programador del Podium” durante sus trece años, Castro ha sido, como él mismo afirma, un “psicólogo de la melodía” que va tomando el pulso a su clientela, interpretando sus movimientos y deseos a través de temas musicales que los pongan a bailar durante toda la noche. Uno de sus secretos es ir “aumentando la temperaturaailable, yendo de menos a más, como en una escala musical, comenzando con un son, luego con un montuno o un buen Cachao, luego un Piper Pimienta, un buen César Concepción, posteriormente un Joe Quijano, un Ray Pérez, un René Grand, hasta llegar a la cúspide con un mambo o una descarga”.

Las tiendas de la salsa

Avenida Boyacá con calle 65 / Avenida Boyacá con calle 71

[1996 – 2002]

Allí se presentó Tito Rojas y la Orquesta Aragón. Según nos contó Gloria Rodríguez, una de sus dueñas, se les llamó “tiendas” porque:

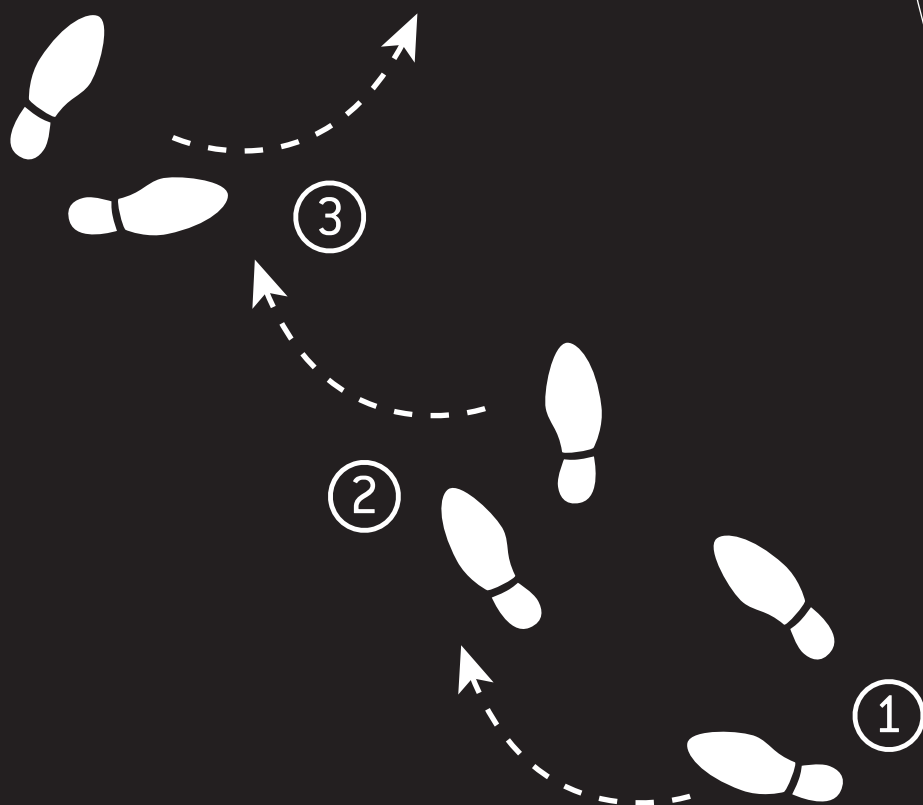
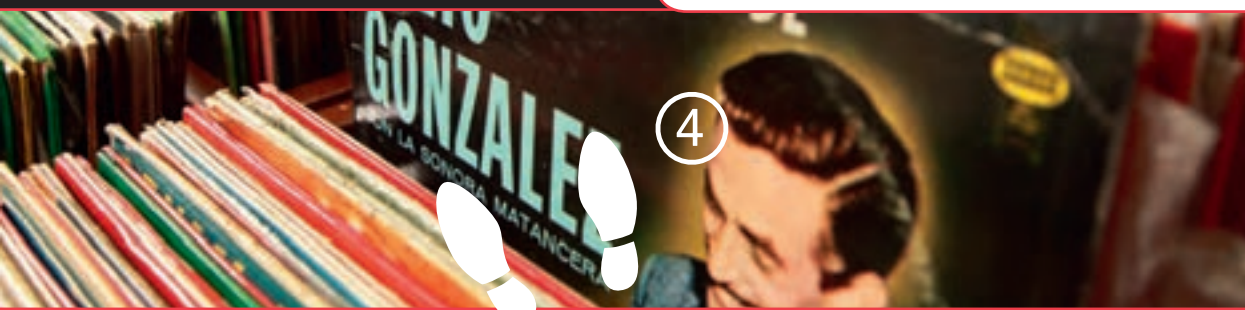
En ese momento estaba de moda hacer rumbas en un lugar con piso de madera, planchas viejas, máquinas de coser de la abuela, estufas grandes y viejas, todo lo que diera la impresión de una tienda de pueblo.


A diferencia de sitios exclusivos para rumberos y coleccionistas de vieja guardia, estas tiendas entraban en la lógica de la fusión. No se caracterizaron por el cultivo del acetato, sino por la presencia de rocolas para que la gente programara la música. La ventaja de la rocola consistía en que cada una podía tener doscientos discos y toda la noche podía estar funcionando según la afluencia de público que tuviera el lugar. La gran desventaja era que dejaban al libre arbitrio la programación musical de la noche.

De acuerdo con lo narrado por Gloria Rodríguez, las tiendas funcionaban todos los días, pero se abrían especialmente los jueves, viernes y sábados. Cada local podía albergar hasta cuarenta mesas. Las frecuentaba todo tipo de público. En medio de una canción de Víctor Manuelle, Celia Cruz, Nacho Sababria, Joe Arroyo, el Grupo Niche o Guayacán, podían programarse rancheras y música norteña. La idea, según su dueña, “era tener a todos contentos”. En las tiendas se programaron presentaciones de salseros para fiestas especiales como las del Día de la Madre, el Día del Amor y la Amistad o la Noche de Brujas. Además, se realizaban concursos de bailes entre los asistentes. Un espectáculo de salsa se podía combinar con otro de desnudistas, o espectáculos mixtos, todos amenizados con música electrónica. Luego se llevaba a cabo un espectáculo salsero, que podía incluir bailarines.



CUARTA PARTE





*EN LOS SURCOS,
EN LAS CONSOLAS,
EN EL AIRE*



ALFONSO MARTÍNEZ, fotografiado en Ciudad Berna.

CALLE 19: LA ESQUINA DEL MOVIMIENTO

Por Carol Ann Figueroa

En los años setenta, conseguir un disco de salsa en Bogotá no era tarea sencilla. Implicaba escrutar en los alrededores de la Plaza España o ponerse en contacto con gente elusiva y misteriosa. Un grupo de niños, varios de los cuales habían llegado como inmigrantes, se encargó no solo de satisfacer el gusto de los melómanos sino de fundar el que acabaría siendo uno de los pasajes comerciales más vibrantes de la ciudad.

Dos niños, una plaza

P PRIMERA IMAGEN: Bogotá, barrio El Restrepo, 1964. Alfonso Martínez, un niño de nueve años que recién había llegado a vivir con sus abuelos en la capital, juega con el dial de su radio buscando un tango o un chucuchucu que lo transporte de vuelta a su Medellín natal. De repente escucha una canción de La Sonora Matancera y se queda atrapado en la frecuencia de Radio Santa Fe. Aunque es la primera vez que escucha aquella orquesta cubana, algo en ella lo transporta al bullicio y la atmósfera de su barrio natal.

Segunda imagen: bastante lejos de allí, en el centro de la ciudad, un adolescente de catorce años llamado Pedro Vargas, recién llegado de Moniquirá buscando una vida más emocionante que la ofrecida por su pueblo, se pasea entre las mesas de los bares La Guerra (en la carrera séptima con calle 20), Quitapenas (también en la carrera séptima, pero con calle con 22) y Miramar (en la carrera décima con calle 23), vendiendo kumis y pastelitos entre los

meseros, las coperas y los clientes. El trabajo le permite cultivar su gusto por la música antillana que retumba en aquellos lugares y al mismo tiempo cortejar la amistad de un personaje conocido como “el Negro José”, famoso por ganarse la vida vendiendo acetatos.

Ese año, que podría haber sido arrancado del calendario de la historia como cualquier otro, excepto porque fue el mismo en que Johnny Pacheco y Jerry Masucci fundaron el sello Fania en Nueva York, Martínez y Vargas entraron sin darse cuenta en el camino que recorrerían el resto de su vida y que los llevaría a cruzarse en múltiples ocasiones. Martínez empezaría a cazar cuanto acetato nutriera su sed de ritmos antillanos, mientras Vargas se empeñaría en conseguirlos al mejor precio posible, tarea que en la Bogotá de aquel entonces no era nada sencilla.

Los almacenes de discos como Ráfalo, Fantasía, Cuca, Bambuco y Disco Club, cuyos locales se erguían como nuevas autoridades culturales sobre la entonces opulenta Plaza de Los Mártires y las principales vías de Chapinero, no solo manejaban precios muy altos para el bolsillo de nuestros dos melómanos, sino que solían dar más visibilidad a los boleros, pasillos y porros que tanto gustaban al oído capitalino, y poco o nada hacían por ofrecer los discos de artistas como Alfredo Beltrán, Rufó Garrido, Pacho Galán, La Sonora Cordobesa, La Sonora Dinamita, Michi Sarmiento y Wilson Choperena. Estos eran prensados por disqueras nacionales como Fuentes, y por lo general terminaban apiñados en las bodegas a las que ningún comprador desprevenido llegaba, pero en las que un hombre con olfato para los negocios como el Negro José sabía ver una lucrativa oportunidad. Cada uno de estos discos que en los locales de Chapinero costaba 50 centavos, en las bodegas se conseguía por 15, y en los bares podía venderse por 30.

Cuando Pedro Vargas accedió a aquel sencillo pero poderoso secreto, más tardó en escucharlo que en cambiar su canasta de kumis y pasteles por una maleta cargada de acetatos que cada noche regresaba vacía a su casa. Rápidamente reemplazaría esta canasta por una maleta cada vez más grande, y luego por una caja, un par de cajones, una repisa y un armario repletos de discos que con el tiempo convirtieron la habitación en la que vivía en una suerte de bodega. Pedro no solo había encontrado el negocio de su vida; también una pasión por la cual estaba dispuesto a llegar tan lejos como hiciera falta con tal de ser el primero en ofrecer los discos más escasos del mercado, al mejor precio. De las bodegas de los almacenes de discos pasó a comprar acetatos de segunda y de contrabando en la Plaza de San Victorino, ubicada en la calle 13 con carrera 13.

Allí, Vargas y Martínez debieron cruzarse por primera vez sin darse cuenta; uno buscando la manera de ampliar su negocio, el otro intentando convertir las pocas monedas que se ganaba trabajando en una tapicería en la mayor cantidad de discos de La Sonora Matancera.



CUANDO CUMPLIÓ TRECE AÑOS, ALFONSO MARTÍNEZ QUISO IR MÁS ALLÁ DE SAN VICTORINO Y CONOCER EL LUGAR DEL CUAL SE DECÍA QUE VENÍAN TODOS LOS DISCOS, UN PUERTO EN DONDE ATRACABAN BARCOS CARGADOS DE ACETATOS.

La primera vez que Alfonso Martínez fue a la Plaza de San Victorino salió con dos acetatos debajo del brazo y ninguno era de La Matancera, pues se encontró con elepés de Los Guaracheros y Los Maraqueros, y no pudo resistir la tentación de tenerlos para mostrarlos cual trofeos de guerra entre sus amigos del barrio, quienes hasta entonces amenizaban sus coca-colas bailables escuchando Radio Santa Fe y Radio Metropolitana. A partir de entonces, cada ocho días Martínez les enseñaría sus últimas adquisiciones, y ante la mirada increíble de los niños y niñas que lo rodeaban, contaba con lujo de detalles cómo había encontrado este o aquel disco, dibujando con sus palabras un lugar fantástico en el que sellos como Egrem, Velvet, Tico y Alegre brillaban como tesoros refundidos entre libros, zapatos, porcelanas, electrodomésticos y ropa.

Cuando cumplió trece años y el poder de sus proezas comenzó a destenirse frente a las que empezaron a lograr sus vecinos, Alfonso Martínez quiso ir más allá de San Victorino y conocer el lugar del cual se decía que venían todos los discos, un puerto en el que atracaban barcos cargados de acetatos traídos desde Nueva York, incluidos los últimos lanzamientos del sello Fania. Juntó sus ahorros, convenció a cuatro amigos de sumarse a la travesía, y se fue echando dedo hasta Buenaventura, donde pasó una semana conociendo a los marineros que se ganaban unos pesos extra trayendo las pastas que, según decían, se estaban tomando Nueva York y una buena parte de Cali, Medellín y Bogotá. Martínez regresó al Restrepo con 50 longplays debajo del brazo, entre las cuales había varios de La Sonora Matancera, pero también unos cuantos de Joe Cuba y El Sexteto La Playa. No le importó quedarse sin un centavo ni encartarse con el peso de los discos, pues tras alardear un tiempo no solo en el barrio sino en los matinés del colegio, concluyó que aquella experiencia lo había convertido en un hombre y que estaba listo para conocer las discotecas de las que muchos habían oído hablar, pero a las que pocos se atrevían a ir.

La primera que visitó fue Mozambique, un bar ubicado al costado sur de la iglesia de Lourdes, en la calle 63, un poco arriba de la carrera 13, cuyas paredes estaban tapizadas de espejos que reflejaban luces de colores, y en cuyas puertas no era raro ver grupos de colegiales rogando que los dejaran entrar, prometiendo apretujarse en la cabina y convertirse en el hijo de algún rumbero si llegaba la policía.

Viendo que el método resultaba infalible y que el susto valía la pena, Martínez pasó de la barra de Mozambique a la pista del El Palladium (en la carrera



JACOBO VARGAS muestra una pieza de la extensa colección que ha reunido desde su infancia durante décadas de viajes y que comparte con otros melómanos en su almacén Inter Discos.

trece entre calles 53 y 54), de allí a La Jirafa Roja (en la calle 23 entre carreras quinta y séptima), al Scondite (casi frente a La Jirafa), a La Montaña del Oso (en la calle 53 arriba de la carrera trece) y a Caño 53 (debajo de La Montaña).

Mientras Martínez daba zancadas que lo acercaban cada vez más a convertirse en el hombre que fundaría SalSoul (en la Diagonal 12 sur con 17), uno de los bailaderos más famosos de El Restrepo, Pedro Vargas expandía su negocio viajando a Buenaventura y mandando a traer desde Moniquirá a su hermano menor Jacobo, quien con apenas doce años se encargó de un pequeño puesto que su hermano había montado en San Victorino, un gran cajón de madera repleto de acetatos y provisto con rodachines en la base, por si hacía falta moverse de improviso. Su negocio era uno de los cinco que se dedicaban a comerciar música en la plaza, pero era el único especializado en salsa, y el único atendido por un niño que además de estar dispuesto a hacer intercambios y descuentos con tal de lograr la venta, había equipado su cajón con una llamativa carpita y una pequeña radiola de pilas con la que su clientela tenía el privilegio de escuchar la música antes de comprarla.



PEDRO VARGAS NO SOLO HABÍA ENCONTRADO EL NEGOCIO DE SU VIDA; TAMBIÉN UNA PASIÓN POR LA QUE ESTABA DISPUESTO A LLEGAR TAN LEJOS COMO HICIERA FALTA CON TAL DE SER EL PRIMERO EN OFRECER LOS DISCOS MÁS ESCASOS.

Por las mañanas Jacobo estudiaba el bachillerato, y por las tardes escuchaba y vendía música hasta el atardecer, momento en que se juntaba con Pedro para elegir las rarezas que cada uno ofrecería en las discotecas, cuyos propietarios no solo ya viajaban por su propia cuenta a Buenaventura o encargaban discos de Estados Unidos, sino que se habían convertido en coleccionistas cada vez más exigentes, formadores de una clientela compuesta de músicos, locutores y bailarines nada fáciles de sorprender. A donde quiera que Jacobo fuera, los personajes se repetían pista tras pista, barra tras barra, de modo que tuvo que aguzar el oído para garantizar que sus acetatos fueran una verdadera novedad.

Fue tan atinado que no solo hizo crecer el negocio de su hermano, sino que pese a su corta edad no le costó trabajo heredar sus amistades, entre quienes se encontraban el futbolista chocono Senén Mosquera, propietario de Mozambique; el locutor barranquillero Miguel Granados Arjona y el luchador, masajista, karateka, vidente y propietario de la discoteca El Tunjo de Oro, Sigifredo Farfán, quien según se decía había sido el responsable de que en 1969 el Viejo Mike le diera un espacio a la salsa en su programa “El Rincón Costeño”, tras dejarse seducir por los acetatos del sello Fania conseguidos en Buenaventura. A través de este variopinto combo de melómanos, Jacobo conoció a los hermanos Teresa, Efraín y Luis Cardona (este último apodado “Mamboloco” por ser un bailarín nato cuyos pasos iluminaban todas las pistas), quienes a partir de entonces lo acompañaron por el extenso camino que aún le faltaba por recorrer, y que comenzó a ensancharse en 1972 cuando el cajón de San Victorino resultó insuficiente para atender el negocio, y Pedro mandó a hacer uno mucho más largo y ancho que ubicó en la esquina de la décima con Jiménez, al que llamó cariñosamente “el tráiler”, y en el que comenzaron a trabajar los Cardona.

Durante los dos años siguientes, mientras muchos de sus vecinos de la plaza comenzaban a mudarse a la calle 19 instalando modestas casetas de cartón para vender libros, los Vargas se convirtieron en los principales comerciantes de salsa de la Avenida Jiménez, creando una intersección obligada para todo aquel que estuviera recorriendo sus caminos, particularmente aquellos que más adelante vivirían de ella, como Saúl Álvarez y Fernando Martínez. En esa época los dos adolescentes se acercaban al tráiler a pedir que les grabaran compilados salseros en caset, o a vender tiquetes de lotería



AL LLEGAR A SAN ANTONIO DEL TÁCHIRA, JACOBO VARGAS SUPO QUE SUS CLIENTES MORIRÍAN POR TENER ALGO DEL SELECTO BANQUETE QUE SE DISPONÍA A PREPARAR JUNTANDO LO MEJOR DE LOS 14 SELLOS FILIALES DE LA FANIA.

y almuerzos, pues tal como lo habían hecho Alfonso Martínez y Pedro Vargas diez años atrás, ellos estaban ganándose la vida lejos de su casa, haciendo de la música su refugio y su pasión.

El gran combo de la distribución

En 1974 Saúl Álvarez, futuro propietario de La Musiteca, una de las casetas más famosas de la 19 por su capacidad para conseguir lo inconseguible del rock, ajustaba dos años de haber llegado a Bogotá junto con sus hermanos César y Sergio, luego de que su padre fuera asesinado en Caldas por opositores a su partido político. Al principio se ganaba la vida como todero en diferentes negocios del centro; más tarde comenzó a frecuentar a los Vargas y, tras demostrarles que era tan voraz negociante como melómano, empezó a trabajar con ellos visitando los bares durante las noches, y haciendo visitas a domicilio para clientes especiales.

Fernando Martínez, otro adolescente que hacía poco había dejado su casa en el Tolima y cuya caseta en la Avenida 19 se llamaría El Palacio Musical, también se quedó trabajando algunos años con los Vargas, vendiendo discos en el tráiler junto a Mamboloco y Efraín, quienes en su momento montarían dos casetas, El Viejo Efra y La Matancera, esta última en asocio con Miguel Granados Arjona.

Aquello sería el germen de un gran combo de distribución informal de salsa, que llegaría a representar una importante competencia para las distribuidoras oficiales, las cuales a mediados de los setenta se las ingeniaban para sacar el mayor provecho del fenómeno que inicialmente no habían sabido valorar.

En esa época Codiscos llevaba el sello Inca; Philips, a International y Cotique, Fuentes tenía Alegre, Melser representaba a Vaya y Discomoda publicaba todo lo de Tico. Otras firmas como Orbe y Victoria arañaban oportunidades con licencias puntuales, sobre todo en las temporadas decembrinas, hasta que en 1975 un importante cambio en las reglas del juego rediseñó completamente el mapa.

Fania, que ya había adquirido a Inca, Cotique, Tico y Alegre, pasó a ser distribuida oficialmente por Philips, que tenía sus oficinas y fábrica en el sector de Puente Aranda en Bogotá, obligando a los demás distribuidores

a rebuscarse catálogos que les permitieran seguir en la brega. Codiscos encontró una buena opción distribuyendo la salsa de la casa Salsoul, Fuentes decidió explotar el catálogo de Seeco, en tanto Orbe y Victoria mantuvieron su idea de recopilatorios con otros géneros tropicales.

Las dos distribuidoras que se quedaron en el aire, Discomoda y Melser, tomarían caminos prácticamente opuestos que sin embargo acabarían por contribuir al fortalecimiento de las casetas de la 19.

Tras ser fundada años atrás en la caraqueña Avenida Sucre por César Roldán y Carlos Esparragoza Vega, Discomoda llegó a ser la firma número uno de Venezuela y no le costó trabajo abrirse camino en toda América Latina, gracias a tener en su catálogo a la exitosa orquesta Los Melódicos de Renato Capriles y a la infalible combinación del olfato artístico de Roldán con los contactos de Esparragoza.

Como Esparragoza era colombiano, de Barranquilla para más señas, decidió abrir Discomoda-Colombia, con sede en Medellín, prensando sus acetatos en la fábrica de Discos Fuentes y acumulando un admirable catálogo de artistas. Los salseros de aquel tiempo, que pagaban con monedas bien contadas cada pasta, acababan siempre eligiendo a Discomoda-Tico porque allí estaba la melodía que uno quería escuchar. Sin embargo, luego de que Jerry Masucci y Alfonso Escobar, gerente de Polygram-Philips firmaran aquel acuerdo en el 75, Discomoda solo pudo explotar el catálogo de La Fania por un año más, y tras realizar varias recopilaciones de gran calidad, comenzó a extinguirse hasta que fue absorbida por otra firma.

La invasión venezolana

— Ante este panorama que cerraba cada vez más los caminos para conseguir lo mejor al mejor precio, los melomanos comerciantes de la 19 se vieron obligados a rediseñar sus estrategias para continuar creciendo.

Cuando ya Discos Fuentes había incluido en sus *14 Cañonazos Bailables* varios éxitos salseros, y para competir con el fenómeno neoyorkino de la salsa (y la entrada al mercado de Codiscos, CBS y Sonolux) apostaba por artistas nacionales como Fruko y sus Tesos, un desprevenido coleccionista de Cali le entregó a los Vargas un as que podrían conservar bajo la manga para seguir ganando el juego. Se trataba de un cliente habitual, un muchacho que cada tanto venía a Bogotá para intercambiar y comprar discos, y que un día se apareció con varios acetatos del sello Fania prensados en Venezuela con excelente calidad, y a un precio mucho menor que el de los traídos desde Buenaventura. Luego de averiguar detalladamente de dónde los había sacado, Pedro le compró sus discos y acto seguido determinó que Jacobo tendría que viajar a

Venezuela, a los almacenes de El Palacio Musical que habían adquirido las licencias de Fania, y hacer lo que hiciera falta para traer más de aquellas pastas.

Al llegar a San Antonio del Táchira, un pueblo en la frontera cercano a Cúcuta y recorrer los almacenes, Jacobo supo enseguida que sus clientes morirían por tener algo del selecto banquete que se disponía a preparar juntando lo mejor de los 14 sellos filiales de la Fania (Tico, Alegre, Vaya, Cotique, Inca, International, Mardi Gras, Sonido, etc.), y reuniendo un combo de doscientos acetatos que cargó en la bodega del bus que lo llevaría de vuelta a Bogotá. Joven e inexperto en estas lides, no anticipó que a mitad de camino la aduana podría detenerlo y decomisarle su carga. Cuando esto sucedió en Bucaramanga, quiso el azar que el comandante a cargo fuera un boyacence. Después de unas breves palabras, el oficial sintió compasión por su joven paisano y lo dejó seguir con su carga completa, solo para que esta se esfumara en cuestión de semanas al llegar a Bogotá.

A partir de entonces, el proceso se repetiría una vez al mes, y la aduana se cruzaría con cargamentos y sobornos cada vez más jugosos, así como con negociantes cada vez más variados, pues a Jacobo lo siguió Mamboloco, a este su hermano Efraín, a este Fernando y Saúl, y así sucesivamente hasta formar una larga lista de comerciantes y coleccionistas de grande, mediana y pequeña envergadura.

Mientras estos viajes iban y venían, Pedro Vargas, que no era tan aficionado a moverse como su hermano y sus empleados, supo que en la calle 19 con carrera octava existía una caseta de venta de libros atendida por alguien a quien le decían “El Indio”, cuyo éxito parecía haberse disparado cuando incluyó en su oferta los acetatos de rancheras, boleros y salsa de un sello pirata de excelente calidad conocido como Discos Melser. Por su ubicación más que por su contenido, Pedro puso sus ojos en aquel negocio y lo compró.

Ya era 1977 y mientras en El Restrepo Alfonso Martínez fundaba Salsoul, creando uno de los lugares que junto a Rumbaland y El Sol de Medianoche protagonizarían matinés históricos en el sur de la ciudad, Pedro Vargas creaba La Esquina del Movimiento, iniciando el florecimiento de las casetas de música en medio de las casetas de libros de la calle 19, y particularmente de aquellas especializadas en salsa. Al año siguiente se montaría El Top Musical, caseta con la que Pedro le entregó a Jacobo lo que llamó su herencia; luego vendría La Matancera de Mamboloco y Miguel Granados Arjona, seguidas por El Viejo Efra, El Palacio de la Música y El Tunjito, negocio con el que Sigifredo Farfán agregó a su extensa lista de profesiones la de comerciante de discos.

Atrás quedaban para todos los días de rebusque, los viajes a Buenaventura y las ventas en San Victorino, y empezaban las largas tertulias y rumbas salsearas; los viajes a Cuba, Puerto Rico, Estados Unidos y varios lugares de Europa, pues en la 19 habían construido un lugar propio en esa ciudad gris a la que



LA MATANCERA fue el nombre de la caseta fundada por dos figuras emblemáticas de la salsa bogotana que aparecen retratadas en esta foto: el radiodifusor Miguel Granados Arjona, conocido por todos como El Viejo Mike, y Luis Cardona, “Mamboloco”, quien además de bailarín legendario fue un importante coleccionista.

habían llegado sin nada, un mundo paralelo hecho a pulso en el centro de la ciudad, cuyos tesoros discográficos atraían a una fiel clientela a la que se sumarían los estudiantes de las universidades aledañas, así como los artistas, locutores, intelectuales y bohemios que trabajaban o habían sido invitados a Caracol Radio, cuyas instalaciones estaban ubicadas sobre esa misma calle 19 con carrera octava.

Durante casi una década, aquellos estrechos corredores serían frecuentados por músicos como César Mora, Willie Salcedo, Chiqui Tamayo, Joe Madrid, Alex Escobar, Lucho Bermúdez, Carlos Carvajal, Pipelón y Fruko, por hombres de la radio como Jaime Ortiz Alvear o estrellas de la televisión como Fernando González Pacheco, entre muchos otros que llegaban a pedir grabaciones de compilados en caset, tras elaborar listas que reunían las mejores canciones de algún género o artista, o a preguntar si sus propios trabajos ya



EL SELLO MELSER, creado por Sergio Useche, fue fundamental para mantener surtidas a las casetas de la 19 desde comienzos de los años setenta. Los discos de artistas y sonoridades muy variadas tenían en común una pasta notablemente gruesa y una textura brillante en las carátulas.

habían sido puestos en circulación por la piratería antes de que sus disqueras los lanzaran al mercado. Contra lo que pudiera pensarse, muchos artistas estaban agradecidos con este fenómeno, pues era común que las disqueras les compraran sus producciones solo para represarlas y evitar que entraran a competir con el mercado ya existente.

Melser, el pirata

_____ Para mantenerse al tanto sobre los hits que empezaban a circular antes de haber sido prensados por las disqueras, bastaba con hacerse amigo de cuatro personajes que frecuentaban las casetas juiciosamente, un combo de hermanos de apellido Cortés, conocidos como “Mister Nariz”, “Burro”, “Ta-

malito” y “Patacón”, quienes se encargaban de ofrecer los catálogos del primer sello pirata de la ciudad, Discos Melser. Tras haberse quedado en el aire en 1975, esta había sido su apuesta para no desaparecer del mismo modo en que lo había hecho Discomoda.

Sergio Useche, su fundador, también era barranquillero, y la razón social de la firma era un apócope de Mérida, su esposa, y de su propio nombre, Sergio. Las oficinas de Melser funcionaban en pleno centro de Bogotá, en la carrera décima con calle 19, y absolutamente todo el catálogo de Vaya (*Brujería*, de Markolino Dimond, por ejemplo) pasó por sus manos. Sus discos siempre se distinguieron de los demás por el brillo del cartón que los cubría, y el notable grosor de sus pastas.

Tras el acuerdo Fania-Philips, Melser se vio obligado a dejar de fabricar y distribuir los discos de Vaya, pero solo hizo lo primero. Sus discos siguieron pululando por toda la ciudad, y cuando los almacenes le cerraron las puertas para evitarse problemas, su destino natural fueron las casetas de la 19.

No se sabe con exactitud (y posiblemente no se sabrá) si siguió prensando discos de Vaya, pero sí que en lugar de caer en picado Melser logró sostenerse en la cima del negocio. Sacando provecho de los contratos que había firmado antes del 75 con artistas populares no colombianos como el venezolano Ray Pérez y el panameño Bush, Useche mantuvo su estatus de gran productor fuera del país, donde no se conocían los problemas legales que empezaba a acumular por cuenta de la distribución de Vaya.

Al final sucedió lo inevitable: fue conminado a pagar una multa millonaria por sus ventas ilegales, y como no pagó fue a la cárcel.

Sin embargo, salió a tiempo para retomar las riendas de su negocio, y reinventarlo de tal manera que tanto este como su figura llegarían a convertirse en un mito urbano.

La leyenda de sus proezas, narrada por quienes lo conocieron y/o supieron de sus andanzas, es la siguiente:

Nadie sabe el año exacto en que su sello apareció en el mapa discográfico, pero diremos que esto debió suceder en algún punto cercano a 1972, pues es ese el año que figura en los archivos de la Cámara de Comercio junto a la matrícula de su empresa. Pocos llegaron a conocer personalmente a Sergio Useche, pues la distribución del catálogo siempre se hacía a través de los hermanos Cortés, así que todo lo referente a su procedencia, apariencia, logros y fracasos es una suerte de colcha de retazos.

Aunque muchos dan por hecho que su nombre era Sergio y su apellido Useche, varios lo recuerdan como Sergio Seche, entre ellos el pianista, compositor y cantante Ray Pérez. La manera más común de citarlo, sin embargo, es simplemente Melser. Los antiguos ejecutivos de las disqueras que padecieron su habilidad para prensar y distribuir los hits rancheros, románticos





PANORAMA de las casetas de la calle 19 en 1981.





ADEMÁS DE SER UNO DE LOS GRANDES PRECURSORES DE LA PIRATERÍA, MELSER ALIMENTÓ A DOS GENERACIONES DE MELÓMANOS QUE NO SOLO LE AGRADECIERON SU TINO MUSICAL, SINO QUE CONSERVARON SUS ACETATOS COMO RELIQUIAS.

y salseros antes de que ellos pudieran pestañear, lo describen como un tipo peligroso y oscuro que venía de Puerto Rico huyendo de la justicia, mientras los coleccionistas y comerciantes que trataron con él lo recuerdan como un visionario, un personaje cuya inusual sensibilidad permitió que los acetatos de muchos artistas tuvieran el derecho de girar en un tocadiscos.

Sobre su físico, las descripciones crean el difuso retrato hablado de un hombre moreno, alto y flaco, al que le gustaba usar gabardina, andar en carros lujosos y rodearse de mujeres bonitas. Se dice que era cliente asiduo, programador y presentador de El Palladium, discoteca en la que cada tanto se le veía acaramelado con un par de mujeres conocidas como “las mellizas de Cali”. Guiados por su acento, unos dicen que era de Haití y otros que de Puerto Rico, aunque a varios les sonaba más bien chileno o ecuatoriano, y hay quienes juran que era paisa o caleño. Sobre su esposa, algunos la recuerdan como una típica belleza valluna y otros como una mujer de negocios nacida en Ecuador y dueña de varios almacenes de cadena. Hay quienes afirman, sin embargo, que dicho negocio era obra de Melser.

En lo único que todos concuerdan es en que era dueño de un edificio ubicado en la calle 19 con carrera décima, el cual dejó para trasladarse a otro en la calle 60 y que en su trágico final estuvieron involucradas muchas disqueras que no le perdonaron algunos de sus golpes más grandes, entre éstos el de haber prensado antes que ellos algunos éxitos de Nelson Ned, Julio Iglesias, Bush y sus Magníficos, los Hermanos López, Raúl Marrero y por supuesto Ray Pérez. Muchos aseguran que Melser en realidad tenía algunas de las licencia de estos artistas y que inocentemente creyó que podía comercializar otras sobre las que no tenía derechos, más aún cuando las disqueras que sí los tenían accedieron a alquilarle sus prensas por una buena suma de dinero. Dicen que un desacuerdo en estas negociaciones fue la causa real tras la demanda que le instauraron por irregularidades en el manejo de derechos, y que cuando él ganó la demanda, amparado por la endeble legislación del momento, la paciencia de las disqueras alcanzó su límite y le declararon la guerra.

De todo lo anterior solo una cosa puede afirmarse con certeza: en algún momento a principios de los ochenta Melser murió baleado mientras se escondía en el closet de una finca en las afueras de Bogotá, lugar al que había trasladado su maquinaria. Aunque la versión oficial dice que cayó en

un operativo del F-2, entre los comerciantes, locutores, dueños de bares y coleccionistas predominó la idea de que las disqueras damnificadas se habían aliado para sacarlo del camino. Su muerte pasó fugazmente por las páginas interiores de algunos periódicos, y mientras sus discos comenzaban a desaparecer de las casetas, poco o nada quedó escrito sobre la deuda que la salsa había adquirido con él. Más allá de ser uno de los grandes precursores de la piratería, Melser alimentó a dos generaciones de melómanos salseros, que no solo agradecieron su excepcional tino musical, sino que conservaron sus acetatos durante mucho tiempo, convirtiéndolos en una joya codiciada por los coleccionistas.

El giro de los ochenta

— Así las cosas, las excepcionales circunstancias que convirtieron a un puñado de niños rebuscadores en adultos comerciantes de salsa comenzaron a cambiar. Hacia 1980, entre los intelectuales y artistas que recorrían las casetas se sumaron los rumores de presencia guerrillera en sus corredores, de caletas con drogas y armas bajo los locales; y al acoso de la creciente inseguridad que comenzó a tomarse el centro, se sumó el de los almacenes de discos que decidieron impulsar el levantamiento de las casetas a través de la alcaldía. Los propietarios no se quedaron de brazos cruzados: reaccionaron contratando vigilancia privada si se les acusaba de fomentar la inseguridad en la zona, o pintando sus locales de todos los colores si se les acusaba de estar afeando los andenes.

Nueve años pasarían en medio de aquel tire y afloje, consultando abogados y haciendo reuniones que no conducían a ningún acuerdo, mientras muchos de quienes habían ayudado a levantar las casetas comenzaban a hacerse a un lado por diferentes razones.

Pedro Vargas empezaba a pensar en su regreso a Boyacá, mientras su hermano Jacobo incursionaba en la radio junto al viejo Mike, Mamboloco y Efraín, creando su propio programa de salsa en Radio Capital. Alfonso Martínez decidió apostar por el negocio de los zapatos en El Restrepo, luego de darse por vencido en el intento de mantener a Salsoul libre de individuos que poco sabían de salsa y solo querían buscarse problemas. La Montaña del Oso también cerró luego de que su propietario, Carlos Prado, fuera asesinado por un borracho, y El Tunjo de Oro desapareció del mapa luego de que Sigifredo Farfán muriera durante un partido entre el Tolima y el Cali, cuando las graderías del estadio Manuel Murillo Toro en Ibagué se vinieron abajo.

Aquella mañana de 1989 en que varios comerciantes descubrieron que sus casetas habían sido levantadas por la policía durante la noche, entre ellos



© MARGARITA MEJIA / IDPC

CÉSAR ÁLVAREZ fotografiado en la tradicional tienda La Musiteca, una de las casetas que sobrevivieron al cambio de la zona trasladándose a un local del centro comercial Omni.

Jacobo Vargas, nadie lo podía creer. Pocos pensaban que aquel día en efecto llegaría y poco fue lo que pudieron hacer para unirse y oponerse. Muchos apostaron por confiar en los abogados que habían contratado pero que ese día no aparecieron, otros aceptaron los locales que la Alcaldía les había ofrecido en un centro comercial al que la mayoría se había opuesto por considerar que no tenía ni el tamaño ni la ubicación que les habían prometido, y otro tanto, aquellos que habían sido organizados con sus finanzas y que eran la minoría, optaron por comprar o alquilar locales en el centro comercial Omni, el cual estaba terminando de ser construido sobre la avenida 19 con carrera octava.

Pedro Vargas fue uno de los primeros que compró un local, y una vez más apoyó a su hermano Jacobo ayudándolo a alquilar uno para que llegara a comprarlo por su propia cuenta. Saúl Álvarez trasladó allí su Musiteca y pronto compró un local adicional dedicado exclusivamente a la salsa, en el



PESE A SU INCRECULIDAD, UNA MAÑANA DE 1989 LOS COMERCANTES DESCUBRIERON QUE SUS CASETAS HABÍAN SIDO LEVANTADAS POR LA POLICÍA EN MEDIO DE LA NOCHE. POCO FUE LO QUE PUDIERON HACER PARA UNIRSE Y Oponerse.

que trabajaría junto a sus hermanos César y Sergio hasta el día de su repentina muerte en el 2009.

Fernando Martínez fue uno de los pocos que se negó a moverse del andén, pero tras un tiempo de resistencia en el que se fue quedando cada vez más solo, finalmente consiguió un local en el Omni, uniéndose al grupo de comerciantes sobrevivientes de la Avenida 19, del cual Mamboloco y su hermano Efraín se quedaron por fuera.

Sin haber pensado por mucho tiempo en el futuro, y ahora desprovistos del apadrinamiento del Viejo Mike, los Cardona alquilaron dos locales en el Centro Comercial Los Cristales, el cual pese a estar ubicado a un par de cuadras de la 19, al parecer resultó muy lejano para su clientela, la cual los abandonó a su suerte condenándolos a desaparecer. Tras varios años de enfrentar amenazas de embargo y tener un bajísimo rendimiento en La Matancera, Mamboloco dejó de frecuentar las pistas y poco a poco se sumergió en un estado de desesperación tal que el día en que le ofrecieron un trabajo de dudosa presentación en los Estados Unidos, no dudó en tomarlo creyéndolo su salvación. Cinco años después regresaría con mucho menos de lo que tenía al partir, vencido y tan enfermo, que murió al cabo de unos pocos meses. Su esposa, de quien se dice que mantuvo el local en pie solo para que él pudiera verlo al regresar, enterró La Matancera al poco tiempo de enterrar a su marido.

Quince años han pasado desde entonces, y todos han sido arrancados del calendario sin que importe mucho lanzar sus meses a la basura. Nada de lo que los comerciantes de la salsa han vivido durante estos años se compara con el placer de construir y conquistar un reino que no existía antes de su llegada. Transformados en padres de familia y propietarios de negocios formalizados y estables, ninguno cree poder encontrar entre su descendencia a alguien dispuesto a tomar las riendas del negocio; saben que sus proezas poco a poco se han convertido en un cúmulo de fechas traspapeladas entre fotos de rumbas y viajes cuyos protagonistas casi nadie sabe reconocer, pero no temen haber pasado en vano por la 19, ni caer en el olvido. Saben que lo suyo fue hacer historia, y que más allá de eso, nadie les quita lo bailado.





WILSON BERNAL, fotografiado en el Café Pasaje (2012).

AVENTURAS DE UN CAZADOR DE DISCOS

Por Andrés Felipe Solano

En la cabeza de Wilson Bernal caben todos los discos de salsa del mundo. Ya sea en un desastrado local de Armenia, en un ignoto rincón de Palmira o en un cuchitril de Maicao consigue esos vinilos que sus clientes pagan como si fueran las festivas reliquias de un culto religioso.

WILSON BERNAL camina por la Avenida 19, entre avisos de ópticas y espesas nubes de humo que salen de los buses. Lleva su chaqueta de cuero negra, ancha de hombros, muy al estilo de Tony Soprano. Los vagabundos somnolientos y señoritas de largas pestañas que se encuentra en las esquinas no lo distraen. Da un paso y otro y con cada uno repasa, planea, diseña: 1) Listas de encargos. 2) Encuentros con clientes o informantes. 3) Posibles canjes, trueques, cambalaches. 4) Llamadas pendientes. 5) Correos por responder. No necesita mirar libretas. Todo sucede en la cabeza de este traficante de discos de salsa. Su memoria es su aliada, su santa patrona, a ella se encomienda cuando deja todas las mañanas su casa en el barrio El Carmen para recorrer frenético esas calles del centro de Bogotá donde aprendió el oficio que le da de comer. Hace ya veinte años empezó a visitar las antiguas casetas azules de la décima y los locales del centro comercial Omni en busca de vinilos o pastas, como se les llama entre conocedores.

Así va Wilson, concentrado mientras camina por esas calles que todavía le huelen a naranja y ají, cuando de repente lo ve, junto a otros, recostado en una pared, en fila, como si fuera un plebeyo más y no el rey del que todos han hablado por años. Por décadas. Wilson por supuesto tiene que parar, frenar en seco, darse la vuelta. Lo mira de reojo, nunca de frente, no vaya y sea que



SE SABOREA CON LA ERRATA EN UNA CANCIÓN. DONDE DICE “HAMBRE” DEBE LEERSE “HOMBRE”, LE EXPLICA A SU MUJER. REPASA LOS CRÉDITOS. TIENE TODO LO QUE UN COLECCIONISTA CONSUMADO BUSCA. RAREZA. EXCLUSIVIDAD. MISTERIO.

el vendedor se dé cuenta del tesoro que tiene expuesto en la calle, al sol y al agua y al polvo. Pregunta por preguntar. Primero por el disco de Daniel Santos, después por uno de los Toreros Muertos. Hasta se hace el interesado por ese de Toto, el de la esquina. Finalmente se lanza, desentendido, cañero, con astucia de jugador de póker. Antes de hablar lo señala con la boca.

—¿Y ese qué cuesta?

No se atreve siquiera a pronunciar el nombre. Eso sí, lo repite en secreto, para él, con la misma fe del que cree en los milagros desde niño y finalmente está ante el suyo. Descompone el nombre y el título para que le dure más en la cabeza: Fre-ddy Fen-der. Can-ta.

—Cinco mil.

Después de pagar, Wilson se retira sin apuro pero desconcertado, tembloroso, como un perro hambriento que se ha encontrado en un poste un pollo entero recién asado y no sabe muy bien qué hacer con él. A duras penas se atreve a olerlo.

Esa tarde, de vuelta en su casa, el experto cazador musical mira embozado a su presa. Desliza sus dedos por el dibujo de Crazy Cajun Records. Se saborea con la errata en el nombre de una canción. Donde está escrito “Hambre” debe leerse “Hombre”, le explica a su mujer. Repasa los créditos. Tiene todo lo que un coleccionista consumado busca. Rareza, exclusividad, misterio. Tenerlo en sus manos es como haber cumplido la más descabellada de las fantasías sexuales. Y además pagó una miseria. Es tan, pero tan raro que decide quedárselo. Traiciona su oficio. No lo pone en venta. Por ahora. Primero se lo va a mostrar a los muchachos, a los amigos, a los compañeros, luego lo sacará como quien no quiere en la Feria de Cali, donde fue el primer cachaco invitado a tocar hace doce años en el gran encuentro de coleccionistas. Se untará de un poquito de fama después de poner en algún tablado una a una las tres canciones del lado B. Son las que compuso Dewell Narváez para Baldomero Huerta, el verdadero nombre de Freddy Fender, ese cantante de Tex-Mex que a nadie le importa por aquí. Todo salsero de casta sabe que Dewell solo publicó un disco con la Orquesta Narváez en 1975. Que la voz nasal de Armando Vásquez en *Reincarnation*, así se llama, alcanzó a arañarle adeptos al mismísimo Héctor Lavoe. Que los trombones de ese único trabajo son tan buenos o mejores que los de Willie Colón. Que toda una generación de pillos y no pillos se emborrachó con temas como “Sabiduría” o “El Malo”. Ahora

Wilson tiene las otras tres canciones que compuso Narváez antes de que se esfumara del mundo salsero de Nueva York y se tejieran toda clase de rumores sobre su desaparición. El que corona la lista parece una broma, pero aún se oye predicar entre los salseros. Al parecer Narváez era un agente del FBI y uno de sus jefes le prohibió que siguiera componiendo cosas como “La Mafia”:

*Si yo le digo quién soy yo,
con quién yo estoy.
usted no me creerá.
A mí me llaman el terror,
yo mato gente, robo bancos,
busco pelea y no me rajo,
con la mafia trabajo yo.*

Por eso habría tenido que dejar los escenarios y refugiarse en carros, a comer donas en las madrugadas mientras vigilaba a los malos.

Ya es de noche en el barrio El Carmen. Wilson cuelga hasta el otro día su chaquetón de cuero y duerme a pierna suelta. Tiene todo el derecho. Entre los coleccionistas el disco que compró en la calle por cinco mil pesos vale doscientas veces más. El prestigio de haberlo rescatado para el mundo es algo que no se puede tasar.



De lunes a viernes, preferiblemente en las tardes, Wilson deja las calles y hace una ronda entre sus compradores más fieles. Por teléfono, correo o cara a cara les ofrece sus últimas adquisiciones, las que jamás lleva consigo por seguridad. No puede arriesgarse a andar por ahí con una joya como la de Freddy Fender o los mambos de Johnny Conquet. Cuando se cierra el negocio hace la entrega oficial. A su vez va recogiendo los nuevos pedidos y arma la hoja de ruta que cumplirá el fin de semana. Puede que vaya a Pereira, ahí posiblemente encuentre algo de la Sonora Carruseles, que ahora está pegada en Alemania y Austria. Después quizás baje a Cartago, a preguntar una vez más por el disco de Al Escobar en Tuluá, que tal que esta vez sí se lo tengan. Se tapa. O que visite a Malcolm x en Jumbo para negociar un lote de discos de salsa entre vasos de ron y gajos de limón mandarino. Lleva su negocio con la habilidad de un dealer que ha visto nacer y morir generaciones enteras de adictos pero en lugar de tratar con tubitos, papeletas o pequeñas bolsas plásticas les ofrece música en formato larga duración, miniplay, 2x2, 4x4 o 78 revoluciones.

Wilson empezó su labor detectivesca timbrando en descascarados apartamentos en Armenia, metiéndose en bazares en Palmira o en calurosas casas



LLEVA SU NEGOCIO CON LA HABILIDAD DE UN DEALER QUE HA VISTO NACER Y MORIR GENERACIONES ENTERAS DE ADICTOS, PERO EN LUGAR DE TRATAR CON TUBITOS O PAPELETAS LES OFRECE MÚSICA EN FORMATO LARGA DURACIÓN.

del antiguo barrio chino en Barranquilla en busca de tal o cual pieza musical. La culpa no la tuvo el objeto redondo y negro al que hoy le rinde culto. El responsable fue un casete con canciones de Nelson y sus Estrellas. Se lo regaló un amigo para el que la salsa era y sigue siendo religión. Gracias a él puso un pie en Nutabes, una central de discotecas y bares de varios pisos en la 19. Siempre la 19. En uno de ellos hizo de DJ y empezó a darse cuenta de la multitud de diferencias entre uno y otro disco de salsa vieja guardia, boogaloo, pachanga, guaguancó, son montuno. Mínimos detalles de los que hoy vive. Después confeccionó un hablado que no corresponde por entero a su edad, 38 años. Lo fue cosiendo con pedazos de charlas escuchadas a viejos melómanos, habituales de las tabernas del Restrepo, el barrio de los zapateros, los más refinados escuchas de salsa en Bogotá. Sitios sin dirección, como Manhattan, donde se hacían los matiné, que no eran otra cosa que fiestas que iniciaban a las dos de la tarde de un domingo y morían a las ocho de la noche, después de brutales bailoteos.



Wilson está sentado en una de las sillas rojas del Café Pasaje, en la Plazoleta del Rosario. Pide Coca-Cola. Al clima. Después de un sorbo baja la voz como corresponde a todo buen negociante cuando va a revelar las cartas marcadas con las que juega.

—Tomemos este caso. Tito Puente grabó sus primeras cosas con un sello llamado Tico por allá en el 53. Si alguien me llega a ofrecer un elepé de esos sin ningún rayón, sin algo de humedad en las puntas de la carátula, pues hermano, a mí me toca decirle que se devuelva por donde vino. Eso no es posible. Es un disco falso por más que lo hayan cuidado. Y en eso se basa mi trabajo, en la búsqueda de la originalidad.

Para establecerla su cerebro ha tenido que abrir una multitud de ficheros. Cada uno guarda el nombre del artista, procedencia, estilo, años de apogeo, años de decadencia, amigos, enemigos, esposas, amantes, hijos legítimos, bastardos y así hasta llegar a la composición calórica de su última comida en caso de que el músico esté muerto. Si vive todavía Wilson se contenta con saber cuántos baños tiene su casa.

—Solo con una buena memoria usted se puede entender con los pesados,



© MARGARITA MEJÍA / DPIC

gente como Jacobo Vargas en Barranquilla, don Isidoro Corquidi en Cali, los del club de la Sonora Matencera en Medellín o el Indio en Palmira. Coleccionistas que bajito, bajito, malo, malo, tienen cinco mil discos.

Le pregunto por su colección y con honestidad dice que no es muy grande. Eso sí, la tiene repartida en varios lugares, no vaya y sea que se le metan los ladrones. Aunque si le quitan alguno de sus discos sería tan difícil de vender como un cuadro de Edvard Much en el mercado negro. Todos en el circuito salsero saben a quién pertenecen las joyas musicales y nadie se atrevería a comprar algo robado. No lo podría mostrar y de eso se trata entre coleccionistas, de mostrar lo que se tiene.

Claro que con el tiempo Wilson aprendió a no apearse mucho a los discos. Ha visto gente sufrir lo indecible cuando tiene que venderlos.

—Por ejemplo Pedro Puente, un señor dueño del bar Melodías en Chapinero y que de un día para otro tuvo que salir de toda su música. Llamó toda una semana al comprador llorando por su colección.

Le pedía, como si hubiera entregado a su única hija virgen en matrimonio, que se la cuidara. Wilson también ha visto a viudas pelearse con sus



LE PREGUNTO POR EL DISCO MÁS RARO QUE EXISTE, POR EL SANTO GRIAL DE LA SALSA. WILSON ABRE LOS OJOS Y BAJA DE REVOLUCIÓN COMO UN DISCO DE 45 PUESTO EN 33. ES PARA HACERME ENTENDER QUE VA A HABLAR DE LAS LIGAS MAYORES.

propios hijos por los discos que dejó el muerto. O a tipos sin corazón que esperan por años, con la paciencia de un gallinazo, a que un viejito se muera para desguazar su colección.

Le pregunto por el disco más raro que existe, por el Santo Grial de los discos de salsa, por Eldorado.

Me cuenta de un caso especial, el de Humberto Corredor. Estima que tiene una de las colecciones más completas de Nueva York. La guarda en una especie de búnker subterráneo. Wilson abre los ojos y baja de revolución como un disco de 45 revoluciones puesto en 33. Es para hacerme entender que habla de las ligas mayores. No en vano una gran cantidad de vinilos con los que trabaja son de sellos identificados con el número 10019, la zona postal de NY.

Cuando Corredor vivía en Cali publicó muchos artistas bajo su propio sello. Con él hizo algo de dinero y partió para Estados Unidos, donde conoció a Sergio Bofill, un pianista cubano que se convirtió en su socio y cofundador de Caimán Records, casa por la que pasaron Jimmy Sabater, Alfredo “Chocolate” Armenteros y Ray Barretto.

—Corredor es de los de andar en yate y con los artistas —suelta Wilson mientras mira a los lados cauteloso.

La historia de este coleccionista es importante porque fue él quien difundió la leyenda del disco de los diez mil dólares. Un cuento que entre los salsómanos equivale al del manto de Turín. Fue en unas vacaciones en el Valle del Cauca. Dentro de los discos que Corredor le hizo poner a la mujer encargada de la música durante una fiesta estaba uno de Ray Barretto llamado *Pachanga*. Aparte de ser rojo tenía una particularidad aún más relevante. Los surcos no habían sido labrados en el sentido de las manecillas del reloj, lo que significaba que para escuchar la primera canción de un lado había que poner la aguja al principio de la segunda. Por ese pedazo de vinilo a Corredor le habrían ofrecido hace unos años lo que hoy equivale a 28 millones de pesos.

Wilson dice haber tenido una copia alguna vez y lo afirma sin que se le quiebre la voz. Diez mil dólares es una exageración. Según él, Corredor no hizo más que regar el cuento para ensalzar las historias que ruedan en Cali sobre su colección.

—Entonces, ¿cuánto puede llegar a costar un disco raro? —le pregunto.

Wilson asume la mezcla de catedrático y especulador de bolsa con la que me ha instruido en su arte.

–Depende de las leyes del mercado, de la clase de comprador, de la moneda que maneje y de lo que busque. Por ejemplo a Colombia, Venezuela y Perú viene mucho holandés y japonés. Esa gente trae billete real, entonces no le duele pagar, diga usted, quinientos dólares por una pasta.

Por ese dinero o un poco más Wilson podría vender el disco de Freddy Fender que consiguió hace un tiempo. Por ahora no necesita hacerlo. En estos momentos prefiere concentrarse en otros asuntos, como conseguir placas, que no son otra cosa que las matrices de los discos.

–Después de eso solo están las cintas originales grabadas en estudio.

Abre su maleta, que todo el tiempo ha tenido a escasos centímetros, con un ojo encima. Saca una placa para que sepa exactamente de qué habla. Parece un disco más.

–Es de Louie Ramírez, conocido como el Quincy Jones de la salsa. Cójalo. ¿Cierto que pesa?

Es verdad. Pero además del peso inusual también hay algo extraño en la temperatura del vinilo. Lo sostengo por los bordes unos segundos. Está helado. Es como si hubiera estado en una nevera por unas horas. Mi cerebro se confunde al no tener registrada esa sensación.

–Sí, está frío. Es que tiene aluminio por dentro.

Otra vez la cuestión de la plata. Le pregunto cuánto puede costar.

En esta oportunidad Wilson se lo piensa y con una sonrisa de medio lado me da a entender que no puede dar la cifra.

Le devuelvo con cuidado el disco que lo que a lo mejor le pagará un año de colegio a su pequeño hijo en caso de que decida venderlo.

Wilson lo guarda. Es hora de irse. Hay que caminar las calles porque caminando se aprende en la vida.





© MARGARITA MEJÍA / IDPC

HUMBERTO GÓMEZ, fotografiado en Acetatos.Compac (2013).

TARDE DE COLECCIONISTAS

Por José Navia

Aunque durante mucho tiempo fue un fenómeno marginal, el coleccionismo, sobre todo de acetatos, se ha convertido en una seña de identidad salsaera. En buena parte de las ciudades colombianas los entusiastas del mambo, la pachanga o el bugalú se reúnen una o dos veces al mes para celebrar a sus artistas favoritos y para dar rienda suelta a una gozosa erudición que sorprende a propios y extraños.

SOLEDAD LLEGÓ a las 3 y 27 de la tarde. El taxi la dejó frente al Panteón de la Salsa, un bar de la avenida Primero de Mayo. Es alta, delgada, trigueña, de treinta y tantos años. Lleva tacones y vestido leve, arriba de la rodilla. Sonríe cuando escucha la música de Machito y la voz de Graciela Grillo que escapan por la puerta del local... “Quiquiriquí picao... arriba e’ la tabla maní picao... ¡cao..! ¡cao...!”.

Es domingo, víspera de puente, y a esta hora algunas parejitas y pequeños grupos caminan por la acera en busca de programa. También llegan algunas chicas de Barra-tanga y Pereiranas, y decenas de clientes de los piqueteaderos cercanos. Más 200 negocios de trago, comida y rumba abren sus puertas en estas cuadras del sur de Bogotá.

Soledad trae un morral con tres acetatos de Ray Barreto, Ismael Rivera y Johnny El Bravo.

Viajó toda la noche en un expreso Bolivariano, desde Cali, con un solo objetivo: hacer sonar dos o tres canciones durante el Encuentro Nacional de Coleccionistas de Acetatos, que está a punto de comenzar en el Panteón de la Salsa. Mañana viajará otras diez horas. Así es la fiebre por esta música.



RAFAEL PEÑA ABRE EL MORRAL CON TIMIDEZ. SACA TRES CARÁTULAS DE NORO MORALES, JOE CUBA Y CAL TJADER. ÉL TAMPOCO SE CONSIDERA COLECCIONISTA. COLECCIONISTA ES UNA PALABRA QUE NO TODOS ELLOS SE ATREVEN A USAR.

–Primero pongo un guaguancó porque es lo que más me gusta –dice Soledad, que no se considera coleccionista. Apenas melómana. Tiene muy pocos discos, pero le sirven para asistir a más de diez encuentros de este tipo al año.

Los preparativos finales para la cita de este domingo habían comenzado en el Panteón de la Salsa unas tres horas antes de que llegara Soledad. El negocio tiene dos salas con sus respectivas pistas de baile, flanqueadas por mesas de madera rústica, y separadas por el bar y la cabina del DJ. Cuando comenzó a funcionar, hace 16 años, el Panteón era un pequeño local ubicado en la acera norte, en la avenida Primero de Mayo con carrera 69. Con el auge salsero de finales de los noventa, sobre todo en el sur de Bogotá, el bar sufrió una ampliación y se convirtió en uno de los sitios emblemáticos de la llamada salsa brava.

“Salsa y cultura hasta la sepultura” y “En mi salsita encuentro ese refugio que en muchas ocasiones requiere el alma”, han garrapateado con marcador negro sobre la pared, detrás del DJ.

Los organizadores del encuentro, Wilson Bernal y Alejandro Valencia, de Mundo Salsero y de Tumbao Antillano, dos de las principales asociaciones de amantes de la salsa que existen en Bogotá, ensayaron el sonido, ajustaron los bajos y respondieron las llamadas de última hora.

–Arrancamos con tres horas de música en las que cualquier persona puede venir y poner un disco si cree que vale la pena conocerlo. Después de las cinco de la tarde vienen los coleccionistas –explica Alejandro Valencia.

–¡Alejandro, ya llegó el primero! –anuncia el portero poco después de las dos de la tarde.

El recién llegado se llama Rafael Peña. Trae puesta una camiseta negra con un letrero en rojo: Latin Jazz. Viene de Bosa-Carbonel y se trajo 17 de los 100 elepés que guarda en su casa. Dice que el gusto por la salsa la heredó de su padre, un ebanista al que Rafael recuerda tirando paso con su mamá en el Palladium, un bar de salsa del barrio Restrepo.

–¿Puedo mirar?... –le dice uno de los que ayudan en el montaje del evento.

Rafael Peña abre el morral con timidez. Saca tres carátulas de Noro Morales, Joe Cuba y Cal Tjader. Él tampoco se considera coleccionista. Simple aficionado. Coleccionista es una palabra que no todos ellos se atreven a usar, aunque tengan miles de acetatos en su discoteca personal.

Uno de los más recatados, a pesar de que sus amigos calculan su colección en más de quince mil acetatos, es Isidoro Corquidi, quien vivió por más de 19 años en Bogotá antes de radicarse en Cali.

—La palabra coleccionista implica una pretensión de conocimiento tan grande y tan amplia que me da temor utilizarla. Es mejor quedarse uno callado y estar dispuesto a oír siempre algo nuevo —me dijo por teléfono días antes del encuentro en el Panteón de la Salsa.

Los integrantes de La Cúpula de la Salsa y La Pandilla de la Salsa, de Bosa, llegan en buseta por la Primero de Mayo. Los de La Pandilla plasmaron sus intenciones en sus camisetas negras. Se reúnen para “Gozar con terribles mambos, recorrer el barrio con montunos y guaguancós y terminar el día con un sabroso jazz latino”.

Como La Cúpula y La Pandilla hay al menos otras seis asociaciones que agrupan en Bogotá a más de 50 aficionados a la salsa. Compran e intercambian discos y libros de ese género, organizan tertulias y promueven al año unos treinta encuentros de coleccionistas y melómanos.

Los domingos se los encuentra en los mercados de las pulgas. Escarban en las cajas de cartón repletas de acetatos en busca de alguna joya musical, en los estantes de almacenes que aún rematan elepés o en los anticuarios y en negocios especializados en salsa. Los más jóvenes, sobre todo, navegan en los anuncios de ventas de discos por Internet. Pueden comprar discos a coleccionistas de Japón, Francia o Estados Unidos.

Los coleccionistas buscan, sobre todo, las grabaciones originales. Revisan que los acetatos no estén picados, rayados o deteriorados por el hongo. Algunos se especializan en géneros y coleccionan solo mambos, pachangas o guaguancós; otros solo buscan versiones de una canción emblemática como “El Manicero” o la “Guantanamera”, y algunos siguen a un artista u orquesta, como la Asociación Sonora Matancera, creada hace unos 22 años en Bogotá. Sus integrantes andan a la caza de elepés de esa orquesta cubana.

Una descarga del peruano Coco Lagos y sus orates sacude las paredes de El Panteón...

“Hay un muchacho en Barranco, que toca muy bien la conga, cuando toca las descargas, todos lo llaman así... ¡Ahí viene Coco...! ¡ahí viene Coco...!”

Afuera, sobre la acera, se reúnen unos seis coleccionistas que acaban de llegar. Allí están el caleño Juan Carlos Ballesteros, El Negro Juancho, y Alejandro Arcila, el programador de Latina Estéreo, de Medellín.

Manuel Grisales, casi sesentón, viene de mocasines blancos, sin medias. Vieja guardia. Luce una camisa blanca con la leyenda Asociación de Coleccionistas de Armenia. Es jubilado y se gasta la plata y el tiempo en discos y citas de coleccionistas. No se pierde ni una porque Juancho lo pilló y suelta una carcajada.



POR LO GENERAL, los encuentros de coleccionistas tienen lugar una vez al mes y en ellos participan diferentes asociaciones de amantes de la salsa. Tumbao Antillano, Mundo Salsero, La Cúpula o La Pandilla fueron algunas de las que se reunieron en octubre de 2012 en El Panteón de la Salsa de la Avenida Primero de Mayo.

EN LOS SURCOS, EN LAS CONSOLAS, EN EL AIRE



–Ve, a este man me lo encuentro en todas partes. Hace ocho días estaba en Santander de Quilichao –dice el caleño.

Juancho y Arcila cerrarán el encuentro, después de la medianoche, con un duelo de salsa de la más brava.

El Negro Juancho abrirá fuegos con “El amolador”, un acetato del rey del bajo y arreglista de la Fania, Bobby Valentín. Juancho tiene unos siete mil acetatos en su negocio del centro comercial Plaza Caycedo, y en su casa del barrio El Pondaje, en el oriente de Cali. Su primer long play lo compró hace unos 15 años: *Gracias*, de Ray Barretto. Lo halló entre los vinilos que Rafael Álvarez, un vendedor callejero, exhibía en la acera de Telecom, en el centro de la ciudad. Le costó 3.800 pesos.

Su rival de esta noche, Alejandro Arcila, vino en flota desde Medellín. Tiene 33 años y colecciona desde hace doce. Era rapero, pero un primo lo llevó una noche a La Fuerza, un bar salsero de Palacé, y desde ese día cambió de ritmo. Luego, el dueño de Borinquen, una discoteca de Envigado, le regaló su primer disco de salsa: *Pa’ bravo yo*, de Justo Betancurt. Ahora es dueño de tres mil discos de vinilo.

Arcila tiene listo un elepé de *Joe Acosta (The Honka Monka Man) And his Empresarios*. Se lo compró hace cinco años a un coleccionista de Bogotá por cuatro millones de pesos. Es el sacrificio más grande que ha hecho por un acetato.

–Yo me iba a comprar una moto, una DT 175. Nueva. Había ahorrado varios meses y cuando ya tenía toda la plata me ofrecieron ese disco y me tocó decidir –dice Arcila.

Hernando Gómez, a quien los coleccionistas bogotanos le dicen “Don Hernando”, como muestra de respeto por lo que sabe y por lo que tiene en su discoteca, cuenta que el elepé más caro de salsa se vendió en una subasta en Nueva York. Costó unos diez mil dólares. Era la versión original del primer long play de Tito Puente, *Tito Puente y sus amigos*. El rey del timbal había muerto pocos meses antes y eso disparó el precio.

Hernando Gómez hace parte de los pioneros del coleccionismo en Bogotá, junto con Miguel Granados Arjona (El Viejo Mike), Guido Granadillo, Guillermo Grosso, los hermanos Portacio y Ricardo Bernal, entre otros. Algunos de ellos organizaron en 1997 el Primer Encuentro de Coleccionistas, paralelo al Festival Salsa al Parque.

La sala posterior de El Panteón está llena. La temperatura ha subido unos cinco grados. Hay cerveza y aguardiente en todas las mesas. Los de Cali se acomodaron a la izquierda, bajo un afiche de Charlie Palmieri. El Negro Juancho y Soledad llevan el ritmo con las manos y la cabeza. Truena un mambo de Pérez Prado... violento... pegajoso... ¡Me gusta el mambo! ¡Ni hablar! ¡Elicuicli! ¡Ni hablar! ¡Macalacachimba! ¡Ni hablar...!



HERNANDO GÓMEZ, A QUIEN LOS COLECCIONISTAS LE DICEN “DON HERNANDO” COMO MUESTRA DE RESPETO, CUENTA QUE EL ELEPÉ MÁS CARO DE LA SALSA SE VENDIÓ EN UNA SUBASTA EN NUEVA YORK. COSTÓ UNOS DIEZ MIL DÓLARES.

Los de Medellín y dos muchachos de Kennedy hacen el coro... ¡Me gusta Rosa...! ¡Ni hablar! Los de Bosa ocuparon dos mesas junto a la pista... ¡Ni hablar...! Le echaron mano a las claves y al güiro que el bar tiene para sus clientes. Al fondo charlan los de Manizales. Los lidera Camilo Ramírez, Dj del bar El Timbalero, como el disco de Tito Puente. Dice que hace poco lo trasladaron a la zona rumbera de Manizales, por el sector del Cable. Conocí ese bar hace unos diez años, cuando quedaba en el centro de la ciudad, en una calle difícil durante la noche. Recuerdo un pasillo con espejos en las paredes. Al fondo, la pista atiborrada de bailadores, jóvenes universitarios en su mayoría. Ritmos fuertes. Salsa brava... creo que allí bailé “La ruñidera”, del puertorriqueño Nacho Sanabria.

Geovany Rodríguez, de corte estilo mohicano, toma el micrófono. Viene de Bosa-La Libertad. Tiene en la mano un elepé marcado con la leyenda *Chuito and The Latin Uniques-From the Street*.

–En mi segunda intervención –dice– les presento a Jesús Santiago, más conocido como Chuito. Este es un montuno: “Yo no consigo tu amor”.

Después del duelo que protagonizaron La Cúpula y La Pandilla les llegó el turno a las mujeres. Jhoana Calderón es una de ellas. Estudia tercer año de Derecho y viene de Pereira. Tiene 50 elepés de colección, casi todos comprados con su mesada de estudiante. Yanete Ruiz, del barrio San Isidro, en los cerros del suroriente de Bogotá, aunque no figura en la programación, quiere que le den dos minutos y 25 segundos para poner “Speak Up”, un mambo que grabó la orquesta del cubano Al Castellanos, un genio de los vientos.

Durante las primeras horas, los coleccionistas se dedican a mirar qué trae el otro. Compran, examinan, intercambian, se cuentan cuál es su última adquisición y los malabares que han hecho para comprar algún acetato. Imitan trompetas, pianos y saxos con las manos. Ninguno baila. El venezolano Otman Domínguez, que ha asistido a seis encuentros de salseros en dos semanas, pide 200 dólares por un disco del timbalero venezolano Frank ‘El Pavo’ Hernández.

–Lo estamos negociando –dice–. Hace seis meses le vendí a un coleccionista venezolano uno de Genaro y su All Star Band en 600 dólares. Tiene unos 700 elepés en su casa de Los Teques, cerca de Caracas, y lleva otros cuarenta en su maleta.

–Oye, estás loco. Estás amontonando basura vieja –le dice su hermano Rotman cada vez que él amplía su discoteca.

–Ya veremos –responde Otman–.

Está convencido de que el vinilo está resucitando y va a desplazar al *cidí*.

–No se pueden comparar en calidad. El acetato es superior –dice.

El piano de Charlie Palmieri y la flauta de Johnny Pacheco irrumpen en el local por cuenta de Hernando Gómez. “The Peanut Vendor”, una versión de “El manicero” grabada en Nueva York en 1958, anuncia que uno de los gurús de la salsa bogotana está junto al tocadiscos.

–“El Manicero” es mi grito de batalla. Alguna vez pensé que podía coleccionar todas las versiones de esa canción, pero me di cuenta de que es imposible. Llegue a tener 1.360 versiones diferentes, pero conozco más de dos mil versiones y todos los días sale una nueva –me había dicho Hernando Gómez tres días antes, cuando lo entrevisté para este reportaje.

Lo encontré en el cuarto de atrás de Acetatos. Compac, el almacén especializado en salsa que tiene en la calle 18 con novena, en el centro de Bogotá. Vive rodeado de acetatos. Debe tener unos 8.000 en los entrepaños que llenan los muros, de pared a pared, y en dos cajas de cartón. El resto son cabinas de sonido, un escritorio, dos sillas y afiches de Tito Rodríguez, Tito Puente, Pacheco y Pérez Prado.

El almacén, donde también vende camisetas, videos, afiches, gorras, revistas, congas, maracas, güiros y claves, lo atiende su hijo Harold. El muchacho dejó las aulas de diseño gráfico para seguir con el negocio y la pasión de su padre.

–Lo arrullé con mambos y guaguancós y tengo fotos de él, en pañales, jugando con discos. La mamá también es tremenda rumbera –dice Hernando Gómez–. Padre e hijo escuchan y hablan de salsa en el almacén durante unas ocho horas diarias.

Cuando entré al local sonaba “La basura”, un tema del pianista mexicano Memo Salamanca and his Cha Cha Cha Orchesta.

Este es el lugar para averiguar por un disco que siempre me ha intrigado: “Mambo de Mayaguay...” Mezcla de mambo y música andina, con frases festivas y coros en quechua.

–*De Machaguay* –me corrige Hernando Gómez–. Ese disco lo hizo un argentino... (Hernando intenta recordar y luego frunce el ceño)... espere, a veces se me olvidan los nombres.

Después de cinco segundos se levanta del escritorio y se asoma a la puerta que da al almacén...

–¡Harold...! ¿Cómo se llama el argentino que hizo “Mambo de Machaguay”?

–¡Freddy Roland!



WILSON BERNAL, cabeza visible de Mundo Salsero, suele ser el DJ encargado en muchos de los encuentros de coleccionistas.

—¿Si ve? Ese pelao es una biblia —dice—. Freddy Roland era un saxofonista argentino que tocaba con la orquesta de Dámaso Pérez Prado...

A Hernando toca pararlo. Siempre que arranca con un tema hay que interrumpirlo porque empata la historia de una orquesta con otra y con otra y así se van las horas.

Hernando nació en el barrio Quiroga, en el sur de Bogotá. Tiene 52 años, escucha salsa desde los 13 y colecciona desde los 16. Su primer disco le costó cinco pesos en Almacenes Bambuco del barrio Centenario. Era *La salsa, nuestro negocio*, del sello Discomoda, que contiene temas de Jimmy Sabater, Eddie Palmieri, Ricardo Ray y Joe Cuba.

Para guardar los acetatos diseñó un mueble de un metro con 20 centímetros de largo por 32 centímetros de alto y 32 de ancho. Tenía ruedas, puertas de corredera y un cajón con llave para los discos especiales. Arcesio Medina, el carpintero del Quiroga, se lo fabricó por 200 pesos.

En quinto de bachillerato se retiró del colegio y se puso a vender mercancía en San Andresito. El dinero se lo gastaba en discos y en tabernas de salsa de barrios del sur: Luna Park, Restrepo y Venecia.



POR ALLÁ EN 1977, GÓMEZ ENTREGÓ SU CARRO, UN REAULT 18 “BIEN ENGALLADO”, Y SIETE MILLONES DE PESOS EN EFECTIVO, POR CINCO MIL DISCOS DE UN COLECCIONISTA PAISA QUE SE FUE A VIVIR A ESTADOS UNIDOS.

—Íbamos al Sol de Medianoche, en la Caracas con 12, a SalSoul, a Tiburón... me mandaba a hacer pantalones acampanados de 35 centímetros de bota, camisas de prenses y mangas bombachas y usaba zapatos de plataforma.

Con los años, la rumba quedó a un lado. Siguió comprando acetatos, se puso a estudiar los ritmos del Caribe, tuvo un programa de radio, El Manicero, una taberna, Tabogo, y, finalmente, se dedicó al almacén. Por allí pasan todos los coleccionistas de salsa del país y muchos de Venezuela, Estados Unidos y Europa.

Bajo llave tiene unos 200 discos. Son sus joyas. Menciona dos: un disco de Montiel y su orquesta de pachangas. Canta una china de Honk Kong, Hilda Lee.

—Carlos Montiel, cantante cubano, emigró a Estados Unidos con la orquesta del pianista René Touzet —dice.

La segunda joya que nombra es un disco de mambos y pachangas de Polito Galindez.

—Quisiera tener un disco que grabó Arsenio Rodríguez en Curazao, con músicos de esa isla, *Curazao, Arsenio te dedica*. En ese elepé, “el ciego maravilloso” dirige, arregla e interpreta el tres —dice—.

—Lo tienen unos cinco coleccionistas en el mundo —agrega—. Debe valer unos cinco mil dólares en una subasta... Si hubiera una, trataría de comprarlo.

Hernando tuvo ese disco en sus manos en un encuentro de coleccionistas en el rincón del viejo Alonso, una caseta del centro de Barranquilla.

—Era de un coleccionista de Nueva York.

Sus últimas adquisiciones las hizo con Eduardo Pérez, un paisa de Belén de Umbría, radicado en Nueva York, productor de música, coleccionista de mucho respeto y dueño un sello musical. Ya retirado, el hombre decidió vender su colección para invertir en finca raíz.

—Mandó 8 cajas a Pereira, de 600 discos cada una... apenas me avisó cogí un avión y duré un día entero mirando pieza por pieza.

Ese día pagó doce millones de pesos por 200 discos. En los meses siguientes le compró unos 40 millones más en discos. Algunos de esos acetatos reposan en una caja de cartón, en el piso. En la primera carátula se ve a Johnny Pacheco veinteañero, junto a los timbales.

Hernando Gómez es de los que ha comprado a crédito tiquetes de avión para irse a buscar música a Oaxaca, Villahermosa y Veracruz, México.

–La última vez me traje 600 discos en cuatro maletas –dice.

Y enseguida explica que cuando algunos genios de la música cubana emigraron a México, formaron allí sus orquestas, con intérpretes nativos que les dieron un sonido especial a las canciones.

Otro día, por allá en 1997, Gómez entregó su carro, un Renault 18 “bien engallado”, y siete millones de pesos en efectivo, por cinco mil discos de un coleccionista paisa que se fue a vivir a Estados Unidos.

–Sería capaz de cambiar mi casa por música –dice.

Después de las nueve, la rumba en el Panteón de la Salsa ya es cosa de locos. Como en la canción de los Lebrón, sube la temperatura. Por fin los coleccionistas se decidieron a bailar. Y a beber. La pista se llenó. Nilson Sánchez, de Medellín, puso a sonar un disco que nadie conocía. Es de Los Chevys. Le costó tres mil pesos en un almacén de antigüedades del centro de Medellín.

–Ya me ofrecieron 200 mil pesos y no lo vendo –dice.

Alguien me vocifera al oído, con aliento de alcohol, que Los Chevys son de Venezuela y que en Colombia no conocemos nada de las orquestas de ese país, que son cientos. Y muy buenas. Pero dice que los venezolanos las conocen menos.

Los colombianos tampoco conocemos las nuestras. Me entero, por ejemplo, de que los Corraleros del Majagual grabaron salsa en Nueva York. Y tremenda salsa. “Mondongo”, una descarga alucinante, con un remate en acordeón, es la mejor prueba.

Los coleccionistas podrían hablar durante días enteros de tal carátula, de tal artista, de este arreglo, de esta orquesta, de quien tocó el timbal en tal disco... cosa de locos. La rumba sigue. Los cueros y trompetas sacuden el local. Un par de zapatos blancos azotan pista. Es Grisales, el de Armenia. Soledad gira como ventarrón. Los de Bosa soplan trompetas imaginarias, el Negro Juancho toca un piano y uno de los paisas, un trombón... La rumba crece y a mí se me acabó el espacio. En algún momento toca detener este relato, pero... ¿cómo se para una rumba salsera? En mis tiempos, con seis rancheras seguidas. Aquí, con un punto final.





ALFONSO ABRIL, fotografiado en Estudios Abril (2012).

GRABANDO, GRABANDO

Por Juan Carlos Garay

Frente a las consolas, Alfonso Abril se ha ocupado de que las creaciones de varias generaciones de músicos tengan el sonido que merecen. Aquí un retrato del ingeniero al otro lado del vidrio.

EL INGENIERO de sonido Alfonso Abril ajusta las perillas de ecualización, mueve los faders de varios canales, controla el volumen de entrada y hace una señal para iniciar. Al otro lado del vidrio, el cantante guajiro Paly Gámez empieza a entonar la primera estrofa. Rec. Pause. Rec. Pause. Una estrofa no se graba de corrido; cada línea, cada dos o tres palabras hay que parar, escuchar y decidir si la afinación es precisa antes de pasar a la siguiente frase. Un poco como en el cine, cuando el director dice: “¡Corten! Se repite la escena”. Para quien está acostumbrado a escuchar las versiones terminadas de los discos, una jornada de éstas puede ser monótona y tediosa. Alfonso Abril me cuenta que esto no es nada, que una vez grabando una canción con Joe Arroyo se tardaron 17 horas. Y que el récord lo tiene Diomedes Díaz, con 22.

El estudio es, por fuera, una casa discreta de fachada blanca en el barrio Galerías. No hay ningún letrero, pero con seguridad los vecinos habrán visto entrar y salir estrellas a cada rato. Y la casa es atendida por su propietario. Abril sale a abrir la puerta, contesta las llamadas, ubica los micrófonos, sirve café: es el hombre orquesta desde que decidió comprar ese inmueble que le perteneció primero a la disquera CBS y luego a Sony Music. Abril fue quien le grabó a Joe Arroyo las canciones de *Fuego*, aquel álbum de 1993 en cuya carátula aparece haciendo un paso de cumbia, vestido de sacoleva. Y también de él tiene una visión propia. “Joe Arroyo era una persona muy versátil”, recuerda. “Tenía un talento de creación inmediata, sin leer música. Pero cuando iba a



CONVERSAR CON ÉL ES ACERCARSE A LA HISTORIA DE LA INDUSTRIA MUSICAL DESDE UNA PERSPECTIVA DIFERENTE: LA DEL ESFUERZO POR REGISTRAR LAS BUENAS IDEAS CON EL MEJOR SONIDO POSIBLE.

grabar se desbocaba, no respetaba su propia creación. Entonces había que repetir y repetir cada toma, porque en el momento de la emotividad se salía de tiempo o se desafinaba”.

Desde finales de los años sesenta, Alfonso ha grabado a varios de los artistas más vitales de la escena nacional. Y aunque conserva casi todos los discos, su memoria no es discográfica: le es más fácil, por ejemplo, recordar qué micrófonos utilizó cuando trabajó con la orquesta de Lucho Bermúdez, antes que decir los títulos de las canciones que grabaron. Conversar con él es acercarse a la historia de la industria musical desde una perspectiva diferente: la del esfuerzo por registrar las buenas ideas con el mejor sonido posible. Hacer buenos discos, cantaba Ani DiFranco, no es más ni menos que “registrar el evento especial de unas personas haciendo la misma música en la misma habitación”. Así de sencillo como suena, el ejercicio es delicado y le exige imaginación y tiempo al ingeniero de sonido. A Alfonso Abril se le convirtió en el ejercicio de su vida.

El primer vuelo

— Este ejercicio comenzó, de manera inesperada, a finales del año 1965. Alfonso estudiaba cuarto semestre de Arquitectura y su único contacto con la música venía de su afición a asomarse al edificio de Caracol, en la calle 19, donde se grababan todos los programas musicales. Pero en aquellas vacaciones, antes de pasar a quinto semestre, una vecina se le acercó con una propuesta: “Ella trabajaba en el único estudio de grabación profesional que había en Bogotá, que se llamaba Suramericana de Grabaciones, y me dijo: ‘Alfonso, ¿qué vas a hacer en diciembre? Por qué no vienes, que vamos a sacar lo que se grabó durante todo el año y tomar unas planillas’. Allí en Suramericana grababan las disqueras Philips, Fuentes, CBS, Codiscos, y además se hacían los comerciales. Entonces llego a ese estudio y veo las estrellas del momento: los Speakers, Claudia de Colombia, los Isleños... Yo únicamente tenía que hacer unas planillas de 9 de la mañana a 12 del día, pero cuando entré a esa caja de Pandora tan espectacular decidí que almorzaba corriendo y volvía. No me dejaban entrar a los estudios, pero me asomaba a ver las consolas, los artistas, los directores: era el centro de la grabación de toda Bogotá. Un día el dueño

del estudio, el señor Heis von Ruthberg, me vio tan entusiasmado que me llamó a su oficina. Me preguntó: ‘¿A usted le gusta esto?’ y yo le dije ‘Me encanta, pero estoy estudiando otra cosa’. Entonces me dijo: ‘La persona que maneja el Estudio 2 se va para España. Si yo le doy los libros, ¿usted se pondría disciplinado a estudiar y se encargaría de ese estudio?’. Yo era un pelado de 17 años y eso implicaba decirles a mis papás que no iba a seguir con la arquitectura. Imagínese el rollo. Pero le dije: ‘Acepto’ y ahí me cambió la vida”.

Alfonso conserva todavía el libro que le entregó el señor von Ruthberg con la orden de que se lo aprendiera de memoria: *Registro magnético del sonido* de D. A. Snel. Los conceptos de ingeniería electrónica, campos magnéticos, velocidad de las cintas, funcionamiento de las cabezas, pasaron en su percepción de ser magia a ser ciencia. En febrero de 1966, considerando que ya estaba preparado, el dueño de Suramericana le hizo el inventario de equipos y le entregó formalmente el Estudio 2.

Al comienzo, más que la música, el oficio de Alfonso tuvo que ver con la grabación de jingles y locuciones de comerciales. Su contacto era con publicistas. Una tarde se enteró de que Avianca había contratado la filmación de un comercial en Nueva York pero, al llegar al aeropuerto Eldorado, la maleta con la banda sonora se había perdido y solo quedaron las imágenes. “Vi a la ejecutiva de la cuenta llorando. Habían grabado a una banda de jazz estadounidense tocando durante 30 segundos, y ese material se perdió. La iban a echar. Era complicado, pero se me ocurrió algo. Pedí una copia de la película y empecé a verla cuadro por cuadro. Había carros, puentes, la Quinta Avenida, los rascacielos, y me explicaron que para cada imagen había un sonido. Yo dije: ‘Bueno, ¿y por qué no lo hago?’”.

Lo que siguió fue un proceso artesanal que implicaba la sincronización de imágenes con sonido, algo que Alfonso nunca había hecho y que lo llevó a experimentar por primera vez. Empezó a buscar efectos en diversos archivos, incluidos algunos discos del compositor e inventor mexicano de sonidos Juan García Esquivel (“un tipo que le sacaba música hasta a un serrucho”, recuerda Abril). Algunos de esos efectos, en la cinta, medían 7 milímetros. El proceso de “cortar y pegar” que hoy hace un programa de computador en un segundo era, en esa época, literal: la cinta magnetofónica se cortaba con cuchilla y los fragmentos se unían con cinta pegante. El primer ejercicio dio como resultado un collage tan apretado que la cabeza no lo leía. Entonces consultó un libro de la BASF (la fábrica de cintas alemana) para conocer la composición química de la cinta, y descubrió que el óxido de hierro era vulnerable a los cambios de temperatura. La puso un día entero a la luz del sol y una noche entera en el congelador. El resultado: los fragmentos de cinta se convirtieron en una sola tira y la cabeza reprodujo el audio a la perfección. La nueva banda sonora estaba perfectamente sincronizada con las imágenes,



AUNQUE ESTÁ FAMILIARIZADO con las nuevas técnicas de grabación, una breve mirada a su estudio permite confirmar que Abril no ha desconectado ninguno de los aparatos que lo acompañan desde los años sesenta. Sigue siendo un amante del sonido análogo.

a las que después se sumó la voz del locutor Otto Greiffenstein. La campaña de Avianca se salvó.

Esto lo graduó para dar el salto a la grabación musical. A finales de 1966, al tiempo que entró a estudiar música a la Academia Cristancho, recibió su primera encomienda en ese sentido. Llegaron al estudio de Suramericana “unos personajes todos de blanco, con sombrero vueltiao. Estaba lloviendo y esos señores andaban casi descalzos, con abarcas. Parecían extraterrestres”. Antes de decidir cómo grabar esa música extraña, Alfonso los escuchó: necesitaba captar, según sus palabras, la “vida” que tenía esa música. El bombo, el llamador, la gaita, la maraca. Luego de entender su espíritu, Alfonso decidió ubicar las maracas y gaitas a la izquierda, la voz en el centro y la percusión a la derecha. Así se hicieron las primeras grabaciones de estos personajes, que



EN TOP HITS GRABÓ A LA DIMENSIÓN LATINA, A LA BILLO'S CARACAS BOYS, A NELSON Y SUS ESTRELLAS. INCLUSO, EN 1975, HIZO UNA DE SUS POQUÍSIMAS INCURSIONES AL OTRO LADO DEL VIDRIO TOCANDO EL CUATRO EN UNA CANCIÓN DE LA INDIA.

eran los Gaiteros de San Jacinto en su primer disco para la CBS. Hoy todavía circulan esas grabaciones (como “La maestranza”), y se consideran clásicas.

La decisión que tomó el ingeniero de sonido, curiosamente, estaba basada en la música clásica. “El oído humano maneja cuatro frecuencias: baja, media baja, media alta y alta. Una orquesta sinfónica es eso: a la izquierda la frecuencia alta, los violines; atrás las violas, y a la derecha la frecuencia baja: los violonchelos y atrás los contrabajos. Pero eso funciona para cualquier música, el vallenato, la salsa, la gaita venezolana, la música sanandresana, lo mismo. El balance perfecto está en el sitio de un director de orquesta. De ahí nace el sonido estéreo”.

Venezuela: la música tropical

En los años siguientes, Alfonso recuerda haber grabado a Ramón Ropaín, a un jovencísimo Jorge Oñate y, sobre todo, a las estrellas del Club del Clan, el programa juvenil en boga en aquella época. Pero la trayectoria discográfica se vio interrumpida por un contrato para la televisión: Abraham Zalzman, subdirector de Inravisión, lo llamó para que se encargara de la producción de todos los espacios musicales.

A finales de 1972 la fama de Abril resonaba fuera de las fronteras colombianas, y fue contratado para trabajar en Venevisión. Fueron ocho años fuera de Colombia durante los cuales aprovechó para matricularse en Fonología Instrumental en la Universidad Central de Caracas. En la televisión venezolana duró poco tiempo, porque pronto lo llamaron a hacer parte del equipo de ingenieros de sonido de una disquera que llegó a convertirse en la más importante del país vecino. Top Hits, como se llamaba, le dio la oportunidad de volver definitivamente a los estudios de grabación. De paso, esa experiencia lo acercó cada vez más a la música tropical, que (descontando su vínculo de muchos años con la Orquesta Filarmónica de Bogotá) ha sido el género que más ha registrado.

En Top Hits grabó a la Orquesta Dimensión Latina, de donde salió Oscar D'León. Grabó a Nelson Pinedo. Grabó a la Billo's Caracas Boys. Grabó a Nelson y sus Estrellas. E incluso en 1975 hizo una de sus poquísimas incursiones al otro lado del vidrio: hay un clásico de la cantante venezolana Tania que



REGRESÓ A COLOMBIA EN 1980 PARA TRABAJAR CON CBS, . HOY, CON LA PERSPECTIVA DEL TIEMPO, PREFIERE HABLAR DE “DESTELLOS”, DE BUENOS ARTISTAS, PERO ACLARANDO QUE NO SE LLEGÓ A CREAR LA ESCENA CON LA QUE SOÑARON.

suenan todos los años en diciembre, llamado “Parranda de navidad” (“son para gozarlas / estas navidades”) que se inicia con un solo de cuatro llanero. “Ese soy yo”, me confiesa sonriente.

La discografía de Top Hits, en formato de long-play, es una de las joyas que conserva Alfonso en los anaqueles de su oficina. En un momento de nostalgia saca un álbum que, se nota, le trae gratos recuerdos y lo pone a sonar en el tornamesa. Es la canción “Tres perlas” (‘Santa Marta, Barranquilla y Cartagena / son tres perlas que brotaron en la arena’) de la Billo’s Caracas Boys. Para escuchar, Alfonso se ubica en el centro de los dos parlantes, como si estuviera en la mesa de control, y comenta: “Grabábamos a todo el mundo en vivo. No había metrónomo ¡Y oiga ese sabor! ¡Esa afinación! Eso es porque la gente estudiaba, ensayaba”. Luego recuerda cómo el director de la orquesta le regaló una de las lecciones más importantes de la ingeniería de sonido aplicada a la música tropical. “El maestro Billo Frómata se paraba al lado cuando yo estaba mezclando, y me decía con voz suave: ‘El bailador, Alfonso, el bailador’. ¿Qué quería decir con eso? Que no me olvidara de lo importante, que no dejara la percusión muy atrás”.

1975 fue también el año en que Lucho Bermúdez llegó a Top Hits con una propuesta discográfica interesante. Había pasado su época de oro y, tristemente, en Colombia ya no le grababan sus nuevas composiciones sino los llamados “mosaicos” de música colombiana que ocupaban toda una cara de un disco y que, a decir del periodista musical José Arteaga, marcan el declive de su obra orquestal. Pero Top Hits era una empresa venezolana pudiente y un tanto arriesgada, y el maestro Lucho sabía que había varios colombianos trabajando allí. La propuesta fue aceptada de inmediato y el resultado es uno de los mejores discos, en lo que respecta a cualidades sonoras, que hizo el maestro en toda su carrera: el álbum “1”.

¿Cómo se resolvió técnicamente la grabación de la orquesta? Alfonso Abril se inspiró en la portada del disco *The Big Reunion* de Fletcher Henderson y sus All Stars: una fotografía de 1957 en que la banda aparece seccionada por grupos de instrumentos, cada uno en un rincón de la sala. Atrás los trombones y trompetas, adelante los saxos, a un lado la sección rítmica, y a cada uno de estos grupos le corresponde un micrófono distinto. Alfonso, además, colocó biombos entre las secciones para que el sonido de unos no se filtrara a través del micrófono de otros, y así tener un mayor control a la hora de la

mezcla. Pero nunca se recurrió a la superposición. Todos tocaron al mismo tiempo.

Las piezas que aparecen en el álbum “1” no son, digamos, los mayores éxitos (la lista incluye “Nina”, “El parrandero”, “Debajo del dividivi”, “Cumbión de los médicos” y un infaltable pero discreto “Mosaico N° 8”), pero es perceptible un concepto de producción profesional, cercano al jazz, y el álbum es un deleite auditivo de principio a fin. Meses después, cuando salió el disco, Alfonso recibió una postal de Colombia: “Amigo Alfonso: Reciba un saludo y mi gratitud por la colaboración y el gran interés que desplegó en mis grabaciones. Lo abraza su amigo Lucho Bermúdez”.

Colombia: el intento de la salsa

Alfonso Abril regresó a Colombia en 1980 para trabajar con CBS, en la casa que todavía ocupa, con la intención de apoyar el surgimiento de un movimiento salsero importante en Colombia. Hoy, con la perspectiva del tiempo, prefiere hablar de “destellos”, de buenos artistas, pero aclarando que no se llegó a crear la escena con la que soñaron él, la disquera y su director artístico Willie Salcedo. “Quedan los personajes, pero no un movimiento”.

Como ilustración de nuestra idiosincracia, Abril recuerda el caso del extinto Grupo Raíces: “Yo lo intenté. Descubrí un grupo. Me trajeron una cinta grabada de manera muy regular en Barranquilla. Se llamaba Raíces: excelente orquesta. Hicimos un trabajo, dos trabajos, y se iba a formar un movimiento. Pero no había líderes; esto era como una asociación de amigos. Entonces cuando ya íbamos para el tercer disco, cada uno se sentía una estrella y ahí empezaron a disociarse. El percusionista se llevó a los de la sección rítmica convencido de que iban a conseguir dinero en Miami. ¡Mentira! Los cantantes se abrieron por su lado, los trombonistas se abrieron por su lado. Quedó el pianista solo y se acabó Raíces”.

Sin embargo, de aquella época en que todo parecía posible, quedan los recuerdos de importantes artistas. Al primero que menciona es a Joe Madrid, quien para ese momento ya había grabado un par de discos de salsa (y algún tema de latin jazz camuflado ahí) con el sello Polydor y empezaba a colaborar como pianista y arreglista en el proyecto de Willie Salcedo. “Joe Madrid era un virtuoso arreglista, compositor, armonizador y un intérprete del piano como los dioses. Pero empezó a desviarse del curso, a decaer demasiado, a consumir droga: eso fue un conflicto humano que lo fue bajando, siendo un señor músico y aportando todo lo que aportó a la salsa y al latin jazz... Una vez faltaba un tema para llenar un álbum, y no lo había hecho porque era desordenado. Entonces le dije: ‘Joe, ¿qué hacemos con el otro tema?’. Me dijo:



EN ESTUDIOS ABRIL grabaron, entre otros salseros, Joe Madrid, César Mora, Joe Arroyo, el Grupo Raíces y la Orquesta Galé.

‘No me jodas, Alfonsito, vamos a tomar sopa’, y cogió en la mano izquierda la cuchara y en la derecha empezó a escribir en papel de música. Luego el seco, luego el jugo y llenó la hoja. Volvimos al estudio y se sienta al piano, saca la guía y dice: ‘El arreglo va así: pum pa pum pam pam’ ¡Madre mía! Y ese tema entró en el disco”.

Aquella historia remite a otra persona, al músico que dirigía todas esas sesiones cuando trabajaban para la CBS. “Con Willie Salcedo fuimos compañeros de grabaciones durante 16 años. Una persona perfeccionista, exigente. Willie tenía el apoyo de la compañía y entonces hicimos sus discos de salsa, hicimos los trabajos de César Mora, hicimos unos discos del grupo Changó donde cantaban Hansel Camacho y Lucho Santana, hicimos algo con el grupo Contraste que pegó mucho a nivel nacional, pero no podemos decir que dejamos un movimiento de salsa”.



“CON WILLIE SALCEDO FUIMOS COMPAÑEROS DE GRABACIONES DURANTE 16 AÑOS. UNA PERSONA PERFECCIONISTA, EXIGENTE. HICIMOS LOS TRABAJOS DE CÉSAR MORA, Y DEL GRUPO CHANGÓ DONDE CANTABAN HANSEL CAMACHO Y LUCHO SANTANA”.

En medio de esta reflexión, sin embargo, no todo es amargo para Alfonso: hay un artista que rescata y a quien la salsa colombiana, según él, le debe todo. “Yo conocí a Jairo Varela en Caracol, a finales de los años sesenta, y era un muchacho que permanecía allá donde estaban los músicos, con un libro debajo del brazo. En esa época las compañías disqueras eran muy cerradas y el que no estaba en una disquera no tenía oportunidad de hacer música. Cuando yo volví a Colombia en 1980 Jairo me trajo una cinta donde estaba “Buenaventura y caney”. Yo se la presenté al director de Artistas & Repertorio de la CBS y él me dijo textualmente: ‘Ese negrito no sabe hacer salsa’. Entonces lo puse en comunicación con Rafael Mejía de Codiscos y ahí fue que empezó Niche a hacer su trabajo. Jairo Varela sí dejó un movimiento de salsa en Colombia, dejó timbres, dejó formas de hacer arreglos. Hay cosas de Niche que son muy específicas, ideas de Jairo. Y de ahí sale Guayacán, que es una copia”.

Toda la banda sonora de esa época, todas esas melodías que Alfonso Abril ayudó a grabar, fueron registradas en máquinas de 16 y 24 canales. Para mediados de los ochenta Sony sacó una grabadora digital Dash de 48 canales, justo antes de que irrumpieran los programas de computador y la posibilidad de superponer sonidos hasta el infinito. Mientras realizamos estas charlas, Alfonso realiza la mezcla del nuevo disco de un grupo dominicano que utiliza 182 canales. Sin embargo, aunque está familiarizado con las nuevas tecnologías, una mirada a su estudio de grabación permite saber que no ha desconectado ninguno de los aparatos que lo acompañan desde los años sesenta. En el fondo es un amante del sonido análogo. Dice que el computador lo usa solo como grabadora: “Los efectos, los ecualizadores, los compresores, toda la técnica que se utiliza para enriquecer el sonido de los instrumentos, la proceso con módulos antiguos antes de que la señal llegue al computador. El sonido digital es muy malo. Como es binario y la máquina sólo lee unos y ceros, pues los armónicos son muy pobres”. Entonces me señala su equipo más antiguo, un ecualizador de tubos marca Pultec de los años treinta, y al tiempo que va girando una de las perillas me explica: “Según lo que quiera conseguir de un instrumento, voy buscando la proporción de calor, como dicen hoy. Son equipos muy poderosos, con unos anchos de banda tan buenos que en su época no se podían utilizar totalmente porque hacían saltar la aguja del tocadiscos. Hoy día el sistema digital aguanta todo esto”.



© MARGARITA MEJIA / IDPC

EN LOS SURCOS, EN LAS CONSOLAS, EN EL AIRE

Sin embargo, a pesar de lo orgulloso que se siente de sus “buenos hierros”, no se deja engañar frente a la pregunta de cuál es el secreto del buen sonido: “Lo primero es que el músico toque bien, porque el sonido nace adentro del estudio, no en la consola. Uno lo que escucha es la interpretación, el manejo del instrumento, el color, el valor agregado del espíritu del músico”. Entonces le pido que me diga cuál es un músico al cual no hay que arreglarle nada en la consola de grabación. “En Colombia tenemos un número uno del trombón y del bombardino que se llama Ramón Benítez. Yo lo conocí en el año 82 como integrante de la orquesta de Juan Piña. Yo lo veía muy talentoso y le dije: ‘Oiga Ramón, ¿por qué no se viene a Bogotá a estudiar?’. Me dijo: ‘Es que no tengo plata’. Le contesté: ‘Mire, los fines de semana usted hace una parranda y consigue lo de la pieza y se paga el estudio’. Efectivamente, como a los seis meses, Ramón se vino a Bogotá y vea ahora a dónde llegó”.

Para que no queden dudas, aclara que su escenario ideal sería una mezcla entre la tecnología de hoy y el espíritu de ayer: “El mejor momento es el actual, y mañana será mejor que hoy; simplemente no te puedes devolver del avión a la mula. La tecnología de hoy te da facilidad para hacer un corte, o para repetir una base musical y solo cambiar la letra, o para corregir una equivocación sin tener que volver a grabar todo el tema. ¿Que el disco de pasta era más cálido? Yo no creo que fuera tan bueno. Sonaba cálido porque la gente grababa en vivo. En aquella época montábamos al mismo tiempo 5 trompetas, 5 trombones y 5 saxofones. Hoy día los músicos no se soportan: a la primera equivocación de uno saltan los otros y dicen: ‘Hermano, por qué no grabamos aparte’. Ése es el calor que se perdió, el calor humano”.





© MARGARITA MEJÍA / IDFC

EN LOS SURCOS, EN LAS CONSOLAS, EN EL AIRE

DISCÓMANOS: UN RETRATO DE GRUPO

Por Ángel Unfried

Los encargados de prender las rumbas salseras en Bogotá han pasado muchas más horas encerrados en una cabina llena de discos y consolas que compartiendo la pista con los rumberos. Cuatro melómanos que han tenido la suerte de convertir en profesión el placer de compartir la música cuentan su historia en las páginas que siguen.

EN LAS PAREDES DEL TALLER, los afiches de Celia Cruz, Compay Segundo y Johnny Pacheco disputan centímetros con los carteles promocionales de encuentros de melómanos y coleccionistas en los que ha participado José Pachanga. Mientras José y su esposa Teresa escarban las entrañas de una camioneta gris, la voz de Camilo Azuquita y los timbales de Francisco Bastar ahogan el ruido de motores en prueba. Antes de que “Jaleo” de Kako y su Combo termine, José Pachanga avanza hacia el fondo del taller, se acerca a un viejo equipo de sonido Aiwa y, con sus manos grandes untadas de grasa, pone un CD de Machito y echa a sonar “Sentimental Mambo”.

La música jamás se detiene en el taller de José Gabriel Clavijo y Teresa Cardona. Él ha sido bailarín y coleccionista durante casi cuarenta años; nadie lo conoce como José Clavijo, el apellido que le ha dado la salsa es “Pachanga”. Ella creció en un hogar salsero junto a su hermano, el legendario “Mamboloco”, y su vida ha estado marcada por ese ritmo. Todavía salen a bailar algunos fines de semana y se presentan anualmente en Salsa al Parque, pero en los días laborales les toca resolver la urgencia de la salsa oficiando como programadores musicales en su propio taller.



EN MI GENERACIÓN NO SE USABA CASI LA PALABRA DJ PARA LOS QUE PROGRAMÁBAMOS SALSA –AFIRMA “CHOCOLATE”–. A LOS MALOS LES DECÍAN DESPECTIVAMENTE “PINCHADISCOS”. LOS BUENOS NOS RECONOCÍAMOS COMO “DISCÓMANOS”.

Ese fanatismo casi obsesivo se repite en personajes como Álvaro “Chocolate” Quintero, “Chepe” García y James Ortega, amantes de la música afroantillana que –lejos de autodenominarse “DJ” por programar listas en YouTube– han investigado, viajado para nutrir sus colecciones, indagado en los orígenes de esos sonidos y buscado el mejor modo de trenzarlos, para así compartir su música con una audiencia rumbera, mereciendo el título de “discómanos”.



–En mi generación no se usaba casi la palabra DJ para los que programábamos salsa –afirma “Chocolate” en su estudio de grabación–. A los malos les decían despectivamente “pinchadiscos”. Los buenos nos reconocíamos como “discómanos”. Supongo que era por siempre tener un buen disco a la mano.

–En una conversación, Chucho Bonbonbum me decía que a los mejores los llamaban “maestros aguja”, ¿recuerdas ese nombre?

–Sí, a veces nos decían así. Gente como Chucho o Miguel Granados. Era una forma jocosa de llamarnos con admiración.

A diferencia de José Pachanga, cuyos primeros contactos con la salsa tuvieron lugar en las pistas de baile, el camino que acabó rodeando de discos y consolas a Álvaro “Chocolate” Quintero transcurrió de manera más directa.

En Cali, su padre tenía un pequeño negocio llamado Wannason 77: una especie de miniteca salsera empacada en cajones repletos de música que alquilaban para fiestas. En esas cajas, conoció los discos de Joe Cuba, de Joe Quijano, del Nuevo Sexteto, que tenía muy pegado en Cali el tema “Arepas de arroz”, y de la japonesa Tomoko Ogawa, que se hizo famosa en Colombia como Akaina Kamoto, por su “Amor japonés”. Chocolate se atrevía a meter las manos entre esos discos y programar algunas canciones cuando su padre no estaba y su hermano tomaba un descanso.

Cuando llegó a Bogotá, en 1978, tenía 17 años y ya había comenzado a formar su gusto en esas sesiones precoces de fiestas de barrio. La fecha exacta de su arribo a la capital fue el primero de marzo. El dos de marzo ya estaba frente a la consola de El Corzo y a partir de entonces comenzaría a alternar entre esa cabina y la de Salsoul.



ÁLVARO “CHOCOLATE” QUINTERO en sus tiempos de DJ en Salsoul.

—¿Recuerdas tu primera noche? —pregunto a Chocolate.

—Sí, recuerdo que Alfonso Martínez, el dueño de Salsoul, me dijo: “Usted es muy bueno, desde el viernes queda fijo”. Me puse muy feliz e hice sonar “La oportunidad”, de Ismael Miranda, porque sentí que esa era mi oportunidad. Desde entonces siempre comenzaba mis noches con ese tema. Solamente lo vine a cambiar en La Montaña del Oso, porque Carlos Prado era muy agüerista y tocaba entrar con el pie derecho y poner “Santa Bárbara” o “El Todopoderoso”. Si usted empezaba con el pie izquierdo, él le pagaba el turno pero no lo dejaba trabajar.

Álvaro Quintero habla con voz reposada. Su hijo lo acompaña en silencio durante la entrevista. Está atento a las respuestas y asiente cada tanto, como confirmando la veracidad de una historia previamente conocida.

—Algunos te llaman “el enfermero de la salsa”, ¿de dónde sale ese apodo?

—Bueno, cuando terminé el bachillerato, en 1980, me metí a estudiar enfermería en el Sena, porque mi familia había heredado una droguería. En esa época salía de clase, almorzaba y me iba a trabajar a Pegaso, una discoteca en Galerías. Con frecuencia en entrevistas, como en una que salió en *El Espacio*,



EL "CHOCOLATE", fotografiado en el barrio Morato (2013).



LAS TORNAMESAS GARRARD TRAÍAN EL FAMOSO PITCH PARA ACELERAR LOS DISCOS. ALGUNOS BOGOTANOS TENÍAN RESISTENCIA, PERO TODOS LOS DE CALI USÁBAMOS ESA NOVEDAD CON BUGALÚS Y CANCIONES DE PETE RODRÍGUEZ Y JOE BATAAN.

se refieren a mí como “el enfermero de la salsa”, pero yo solo fui enfermero unos seis meses y nunca me pude alejar de la música. En verdad me gustaba más la noche y al final me decidí por este camino.

Desde el lobby de su estudio de grabación, se escucha a lo lejos la repetición incesante de los resoplidos de un acordeón. La música, paradójicamente, lo ha alejado de la rumba y lo ha convertido en un hombre de familia. Desde el mismo estudio en que producen Los 50 de Joselito, sus recuerdos de otras cabinas parecen aún más lejanos.

–Tenías solo diecisiete años cuando comenzaste, ¿cómo hacías para trabajar en discotecas siendo menor de edad?

–No, no se podía. Cuando llegaba la policía me escondía en un rinconcito de la cabina y esperaba a que se fueran.

En ese momento, la cabina de Salsoul tenía cuatro amplificadores japoneses Sansui y dos tornamesas Garrard. Como aún no existían los mezcladores, los programadores se las tenían que arreglar con un interruptor hechizo para pasar de un disco al otro.

–Tocaba buscar el corte perfecto –recuerda Chocolate–. No era como ahorita que la mezcla se hace sola con la ayuda de mixers, y aún así a veces hacen caballito, montan un disco encima de otro, no se entiende y la gente que está bailando se pierde. En esa época no existía otra forma de mezclar, era puro oído. Teníamos el tiro para pegar los temas de Orlando Marín con los de Joe Quijano, daban el empate preciso.

En 1983, Alfonso Martínez adecuó en Salsoul el sonido interno de la cabina de manera independiente a la pista de baile, una innovación introducida poco antes por discotecas como Rumbaland, pensadas para melómanos y rumberos. Los dueños de ese tipo de lugares decidieron invertir tanto en la música como en tecnología. Con ello se ampliaron los recursos con los que contaban los discómanos.

–Estando en Salsoul me llamaron para La Montaña del Oso. Carlos Prado, el dueño, viajaba y traía el mejor sonido y mucha música. Sus tornamesas eran británicas, marca Garrard, y traían el famoso pitch para acelerar las revoluciones de los discos. Alguna gente de Bogotá tenía resistencia, pero todos los que veníamos de Cali usábamos esa novedad con el bugalú y la música de Pete Rodríguez, Richie Ray y Joe Bataan. En lo personal, me parece que un disco acelerado no queda mal ni se distorsiona mucho.



MIENTRAS OTROS DABAN VUELTAS EN LA PISTA, PARA LOS DISCÓMANOS LAS JORNADAS TRANSCURRÍAN ENCERRADOS EN LA CABINA. LA DE SALSOWL SE LIMITABA AL ESPACIO PARA UNOS DIEZ MIL ELEPÉS Y CASETS, DOS TORNAMESAS Y EL AMPLIFICADOR.

A comienzos de los ochenta, estaban de moda las matinés bailables. En esa época, las jornadas de trabajo de discómanos como Chocolate iniciaban en Salsoul y continuaban en El Palladium o en La Montaña del Oso. Eran maratones que se extendían desde las dos de una tarde de matiné hasta las cinco de la madrugada siguiente.

Los protagonistas eran los rumberos. Bailarines extraordinarios como Chucho Bonbonbum, el Negro Viáfara, Fanny, Nilsa, Flor, Rubén Toledo, Cupido, el Negro Charly, Mamboloco y su cuñado José Pachanga se daban cita en aquellas sesiones de baile. La selección musical y la presencia de estos bailarines legendarios ayudaron a trazar las identidades particulares de varios establecimientos.

–Sitios como Rumbaland hacían más descargas al estilo de Tito Puente y Joe Cuba –afirma Chocolate–. Nosotros en Salsoul colocábamos más son cubano. Entre las dos discotecas había esa especie de “rivalidad”, siempre muy amistosa, porque allá estaban los pachangueros de descargas, como los hermanos Toledo, y acá nos gustaba más el son montuno.

–Respecto a esos ritmos, ¿con cuáles te sientes más identificado?

–Para mí, que soy pachanguero, la pachanga es la base de una buena rumba; un ritmo creado desde el principio por Eduardo Davidson pensando en los bailadores.

–¿Además de las pachangas?

–El guaguancó también tiene mucha fuerza para el baile: siempre empieza con unos acordes de percusión y luego entra la letra, así el bailarín agarra el golpe desde el principio. Y para mi gusto personal, el son montuno es muy sabroso para bailar, un ritmo cadencioso, tranquilo. Entre esos ritmos yo hacía la curva en mis fiestas, con momentos intensos y descansos para los rumberos.

Mientras otros daban vueltas en la pista, para los discómanos las maratónicas jornadas de programación transcurrían en total encierro en la cabina. La de Salsoul se limitaba al espacio para unos diez mil elepés y casets, dos tornamesas, el amplificador y una banquita donde Chocolate recibía ocasionalmente visitas de Alfonso Martínez para hablar sobre la programación.

–Realmente era música y nada más. Un sitio completamente encerrado, con un calor infernal, sin ventiladores ni nada de eso... Yo abría la ventana que daba a la calle 11 sur. No había otra forma, eso era supremamente caliente.



BENICIO, DJ de El Palladium [circa 1979].

—¿Cómo hacías para seguir el ritmo de la fiesta si estabas tan aislado de la pista y de los rumberos?

—Por ahí al minuto de poner cada canción me asomaba al pie de la barra para ver que la gente estuviera bailando. El sonido interno era solo para cuadrar la canción siguiente, pero había que tener contacto visual con la gente para saber cómo estaba la rumba. Yo a veces recorría las mesas y preguntaba si querían oír algo en especial, sobre todo los viernes. Los sábados eran de música nueva, los viernes eran más vieja guardia porque el público era más adulto.

Escasamente tomaba unos minutos para salir a comer mientras dejaba un elepé sonando o pedía a algún mesero que lo cubriera. Algunos dueños de bares encerraban a sus DJ bajo llave, para que no dejaran entrar amigas o borrachos que pusieran en riesgo los costosos equipos. El celo de los propietarios también pesaba sobre la exclusividad de la música. Discómanos como Chocolate ganaban lo justo y no recibían propinas porque estaban aislados de la ebria generosidad de los rumberos. Grabar selecciones musicales en

casets, por encargo de los clientes, era una de las pocas formas de rebusque a las que podían acceder.

–Me acuerdo que vendíamos los casets a tres o cuatro pesos. El único que nunca me prohibió grabar fue Alfonso Martínez, de Salsoul: “Grabe, rebúsquese”, me decía. Pero los dueños de El Scondite y el Palladium sí eran muy reacios a compartir su música y tocaba a escondidas.

Al margen de ese detalle, precisamente El Palladium y El Scondite serían dos de los sitios preferidos de Chocolate para programar música. Después de muchas matinés y noches viéndolo tocar en el Corzo, Salsoul y La Montaña del Oso, Camilo Torres, dueño del Palladium, le pidió que trabajara con él en su discoteca, la más grande que había en Bogotá. Allí, tendría más de 7.000 discos a su disposición, y los mejores bailarines, toda la diáspora valluna, jugadores de fútbol y celebridades criollas bailando en las tres pistas.

–El Palladium le dio un lugar especial a disc jockeys como el Negro Alberto y Benicio. También a mí y a mi hermano. Toda la música del Palladium era pasta americana. No tenían un solo disco nacional, ni pirata, todo era importado. Yo llamaba a Benicio: “Ya tengo el último de Nacho Sanabria” o “Me llegó el último de La Terrífica”; era una competencia permanente, como una guerra entre DJ, pero en buenos términos.

–Benicio es mencionado por todos cuando se refieren a DJ salseros de la vieja guardia. ¿Conservas algún recuerdo de él?

–Sí, Benicio era un excelente discómano y además un negro muy creído. Siempre andaba con tremendas pintas y los zapatos bien embolados. Él fue un protagonista de la rumba bogotana, pero al final acabó muy mal. A finales de los noventa, en un incidente relacionado con su altanería, le pegaron dos tiros por la espalda. Él quedó en silla de ruedas y, como estaba obligado a alejarse de la rumba, montó la tienda Casa Latina. Allí vendía discos, instrumentos y ropa que la mujer le mandaba desde Nueva York. Parece que los disparos le dejaron secuelas y murió muy deteriorado y solo en Cali.

–¿Además de Benicio y el Negro Alberto, recuerdas otra competencia o influencia importante para ti?

–Otro gran discómano que recuerdo es el Negro Mancilla. Él estuvo un tiempo en La Montaña del Oso pero al final no se quedó mucho, después lo llamaron para Rumba Estéreo. Ahora está retirado y vende sombreros en Usaquén. Otro personaje importante para mí, por su gran colección y porque fue uno de los primeros a quienes le compré música fue “Mamboloco”.

–Mamboloco se hizo famoso como uno de los más grandes bailarines de la ciudad. ¿Cómo te va a ti con el baile?

–Hm...

A pesar de haber sido el responsable de encender la rumba en varios de los sitios más representativos de la salsa en Bogotá durante veinte años y

de llevar un apodo que hace pensar de inmediato en sabor caliente y negro, Chocolate lleva la música mucho más cerca de los oídos que de los pies. Se considera un bailarín limitado, pero no por eso –en absoluto– limitado a la hora de poner a otros a castigar las pistas de parqué.



El caso de José Pachanga es muy distinto. En su trayectoria como DJ jamás pudo aislarse de la rumba. Desde sus inicios como invitado a fiestas informales, hasta las varias versiones del establecimiento que bautizó con su nombre, siempre estuvo muy cerca de los rumberos, quizá anhelando saltar al otro lado de la barra para soltar pasos entre ellos. Casi nunca se quedó con las ganas.

–Yo llegué a la rumba cuando apenas tenía 13 años –recuerda José Pachanga, apoyado en una mesa de su taller al lado de Teresa–. Lo mío era el baile, pero siempre me acercaba a la tarima con la curiosidad de conocer los elepés, de ver las carátulas, de entender qué estaba sonando. Después conocí a Luis Cardona, “Mamboloco”, y con él descubrí un montón de música.

–¿Qué escuchaban en ese momento?

–¡Huy! Todo lo que era La Sonora Matancera... Luis manejaba mucha música de Cortijo y su Combo, de la Billo’s Caracas Boys, de La Orquesta Aragón, de El Gran Combo. Ya Fruko estaba empezando a pegar muy duro en las rumbas y también La Dimensión Latina.

–¿Cómo fue para ti la transición de ser bailarín a comenzar a programar música?

–Mientras me hacía reconocido por el baile iba empezando a armar mi colección gracias a Mamboloco y su hermano Efraín. Llegaba a bailar a alguna fiesta y me decían que llevara mi maletica con discos. Arvey Walteros fue uno de los primeros que me dijeron: “José, lo invito a que ponga música el viernes, y me haga la rumba”. Me fui con él a Del Puente Pa’ Allá, y seguí yendo donde me invitaran. Así fue hasta que llegué a tocar en forma en La Rumba de Efra, el negocio de Efraín Cardona, donde comencé a gallinasearle a la señora, la hermana del dueño.

José Pachanga dirige a Teresa Cardona una mirada cómplice. Al girar la cabeza, los rizos negros y brillantes de él se sacuden en la espesa atmósfera del taller. Ella lleva el pelo muy corto. Ambos sonríen.

–¿Recuerdas la primera noche que tocaste en la Rumba de Efra? –pregunto a José.

–Sí, recuerdo que esa noche abrí con “Ye ke te”, un tema de Mariano Mercerón. Ese tema es una descarga muy buena y todo el mundo la baila. Cuando a uno lo invitan a poner música, uno saca lo mejor.



EFRAÍN Y TERESA CARDONA, fotografiados en el barrio Castilla (2013).

–¿Cómo te fue esa noche?

–¡Uish...! No me recuerde que me devuelvo.

Un corrientazo recorre los hombros de José Pachanga mientras trata de revivir la emoción de ese momento. Suspira hondo y levanta las cejas hacia mí, como pidiendo que le haga otra pregunta.

–¿Cómo era el ambiente, los equipos?

–Eso era tremendo. La decoración era muy relajada, lo que importaba era el sonido y la rumba. Efra tenía amplificadores Technics, que son mis preferidos. Uno graduaba el sonido directamente en el amplificador, los medios, los bajos, los brillos, todo. Yo me sentaba ahí, con los discos que llevaba en mi maleta, unos treinta por noche, y toda la colección de más de dos mil acetatos que tenía Efraín.

–¿Trabajabas en una cabina?

–No, no –responde José, casi asustado, como si acabara de acusarlo de algo terrible–. Yo me quedaba junto a la barra y así estaba bien metido en la rumba.

–Supongo que los rumberos se te acercaban a pedirte canciones, ¿eras complaciente con el público o programabas lo que llevabas preparado en la maleta?

–Si me pedían un tema y no lo tenía, yo decía: “No lo traje, ¿pero sabe qué? Vuelva la próxima semana y yo se lo pongo”. Eso es una deuda que uno asume y la persona vuelve. Son cosas que uno como programador tiene que tener en cuenta, cómo se siente usted como cliente.

–Es evidente que uno de tus géneros preferidos es la pachanga, ¿por qué y qué otros sonidos sueles programar?

–El mambo, de Cuba, que es lo más intenso para bailar, y el guaguancó, un ritmo también cubano que se baila de forma muy sensual.

A finales de los años noventa, con el apoyo permanente de Teresa Cardona, José Gabriel Clavijo reunió la experiencia acumulada y una colección de música mucho más nutrida para abrir su propio negocio. José Pachanga se convertiría en bar y viviría tres vidas en tres puntos distintos de la ciudad. Comenzaron en la 33 con Caracas, pero sucumbieron a las obras de Transmilenio que también desplazaron a lugares vecinos como Salsa Camará, Puerto Rico Salsa y Pachanga y Pochola. Después de dos años y medio se fueron al barrio Modelo, en la 30 con 68, de donde tuvieron que marcharse porque los evangélicos dueños del local decidieron dejar de alquilarlo. Entonces se trasladaron a Normandía 2, en la Boyacá con 52. Pocos meses después de esa última mudanza, les ofrecieron comprarles el negocio y lo vendieron todo, excepto la música y el nombre.

En todos esos locales, José Pachanga fue DJ y alma de la fiesta. Teresa se encargaba de la barra y con frecuencia programaba canciones, algo excepcional en un rol que en Bogotá ha sido tradicionalmente masculino. José

© HERNANDO VILLARREAL



BENICIO en el Tunjo de Oro; cabina de Salsoul.

© ARCHIVO ALFONSO MARTÍNEZ



© HERNANDO VILLARREAL



ÁLVARO "CHOCOLATE" QUINTERO,
Miguel Granados Arjona y Sigifredo
Farfán; Wilson Bernal.

© MARGARITA MEJÍA / IDPC



© MARGARITA MEJÍA / IDPC



© MARGARITA MEJÍA / IDPC



ISMAEL CARREÑO, Jorge “Chocolate” Quintero.

© MARGARITA MEJÍA / IDPC



© ARCHIVO ALBERTO LITTFACK Y CONSUELO NEIRA



LUIS LESMES en Salomé Pagana; Jorge Alemán en la Galería Café Libro



JOSÉ "CHEPE" GARCÍA, fotografiado en Son Salomé (2012).

Pachanga y Teresa Cardona incorporaron un sonido de fabricación nacional marca Yamaki de 600 vatios y una jugosa selección musical, en la que jamás faltaban canciones de Los Blanco de Venezuela, Tito Rodríguez, Machito, Celia Cruz, Kako y su Combo y Daniel Santos; los mismos sonidos que ahora los acompañan en cada jornada en su taller de mecánica.



En los alrededores de la Universidad Nacional, lejos de los circuitos salseros del sur, Soacha, la Primero de Mayo y Chapinero, donde solían moverse José Pachanga y Chocolate, “Chepe” García comenzaba a escribir otro capítulo de las consolas bogotanas a mediados de los ochenta. Con la intención de crear un lugar distinto, cuya identidad sería construida por una clientela con gustos musicales diversos, Chepe abrió el 23 de enero de 1984 un local en la calle 45 con carrera 28. Inicialmente, lo llamó Nueva Trova.

—El nombre era lo de menos. De todos modos, desde el principio, todo el mundo decía: “Vamos a donde Chepe”, y así fue llegando cada vez más gente. Era una época difícil para lidiar con desconocidos: muchas peleas y cierres de la universidad. Uno no sabía con quién estaba hablando, quién entraba al sitio. Después de un par de años me pasé a Chapinero, a la séptima con calle 40, frente a la Javeriana. Allí adopté el nombre de Son Salomé. “Son” como referencia directa al ritmo cubano, y “Salomé” porque es un nombre recurrente en estribillos de música del Caribe. Ya son casi 30 años de Son Salomé.

La historia de Chepe y los orígenes de Son Salomé se remiten décadas atrás y muchas cuadras al sur, de la mano de otro melómano inquieto llamado Ángel Perea Escobar.

—Yo no llegué a la salsa por vocación, llegué obligado —dice Chepe, con la musicalidad pausada que suele acompañar sus palabras—. A principios de los sesenta, cuando ni siquiera se había acuñado la palabra “salsa”, ese ritmo, principalmente de malandros, sonaba silvestre en las calles de mi barrio, el Perdomo. Los bailarines de sectores muy rumberos como Muzú, Tejar, Alquería y Alcalá llegaban a practicar sus pasos, y si uno estaba en la calle se iba involucrando. Con el tiempo comenzaron a hacer reuniones en casas de familia, para las cuales Ángel Perea prestaba la música. Gracias a Ángel comencé a tener contacto con las primeras pastas. Él las conseguía a través de su familia o por intercambios. Yo tuve que esperar a trabajar, cuando cumplí 18 años, para comprar mis primeros discos.

—¿Recuerdas cuáles fueron esos primeros álbumes que compraste? —pregunto a Chepe.

—Seguramente fue algo de Richie Ray y Bobby Cruz, o de El Gran Combo. Lo que sonaba en ese momento.

—¿En qué punto empezaste a ser más selectivo?

—Desde que comencé a considerar la posibilidad de montar un sitio, empecé a averiguar los orígenes de la salsa, me remití a Puerto Rico y terminé metido en la música cubana, que para mí es la génesis de todo esto.

—Cuando hablas de “lo que sonaba en ese momento”, ¿te refieres solo a lo que se escuchaba en las calles o qué otras fuentes tenías para descubrir nueva música?

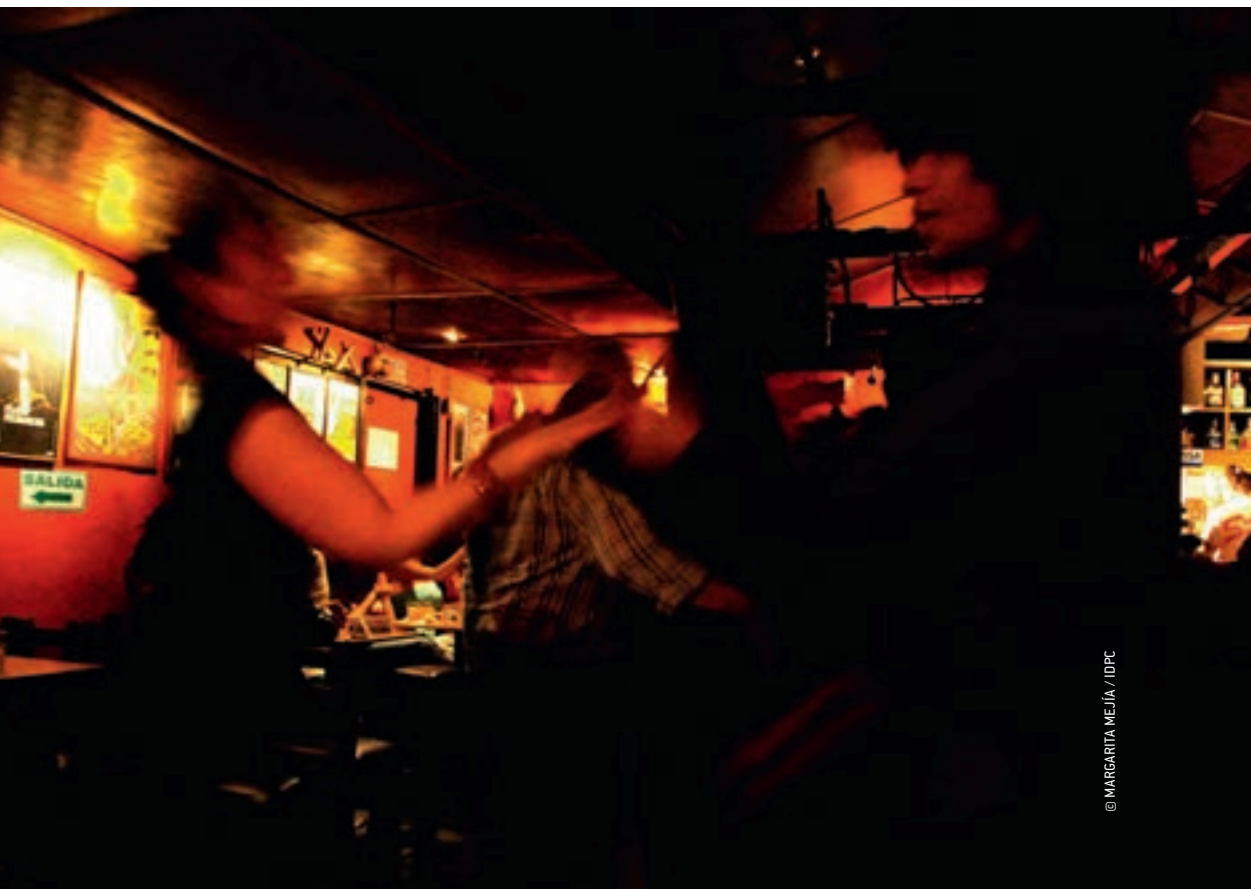
—Principalmente la influencia de la radio, donde se escuchaba a los que ahora son considerados clásicos por la mayoría: Gran Combo, Richie Ray, Willie Colón. Eso era lo que compraba uno cuando todavía no tenía el oído formado. Los mismos discos que ahora algunos venden por 400 o 500 mil pesos a la gente que no sabe.

La especulación con los precios y la sobrevaloración de los acetatos por encima de nuevos formatos son para Chepe fetiches nostálgicos, cuyas razones sentimentales están muy lejos de la fidelidad del sonido. Hace años se desprendió sin dolor de una gigantesca colección que sumaba más de 10.000 elepés y 7.000 cidís. Conservó la música en copias digitales, pero se deshizo de los originales. Hoy comparte esa música con quien se la pida. A diferencia de los posesivos coleccionistas que obligaban a discómanos como Chocolate a grabar casets a escondidas, Chepe llena discos duros ajenos sin recelo para que la música siga su curso natural.

—Esa parte romántica de las pastas es válida, sobre todo para las personas que viven de esto, si les quitan el mercado les tocan el bolsillo. Pero para mí eso ya es una anécdota. La mayoría de mis pastas las grabé en caset y me logré despegar de ellas sin ningún problema, lo mismo con los cidís, todavía me quedan unos 4.000 y los estoy vendiendo porque no los necesito. El formato mp3 es bueno: en un disco de dos terabytes uno puede tener una colección impresionantemente grande de música. Es verdad que el sonido en pasta es mucho mejor que en cidí, pero también es cierto que digitalmente se pueden hacer muchas mezclas y quitar ruidos. Hay programas excelentes en los que uno puede eliminar el scratch, aunque parece que también eso hace parte del romanticismo de la gente... yo ya no soporto un disco con scratch o que la aguja salte. La gente tiene todo el derecho a la nostalgia, pero yo prefiero otra cosa.

El sonido actual de Son Salomé refleja ese desprendimiento del idealizado acetato: dos iPods, un mezclador Numark IDJ, un ecualizador Behringer y cuatro parlantes JBL. Al entrar a Son Salomé contrastan la informalidad de los muebles de madera rústica con el sonido y la selección musical muy cuidados. Las dimensiones del local y la simplificación del formato hacen que sea posible contar con un equipo discreto pero adecuado para el lugar.

Chepe ya no es esclavo de la consola como en los años iniciales de Nueva Trova. Desde que las obligaciones del bar lo llevaron a sortear otras tareas,



SON SALOMÉ.

prepara a sus DJ para que capten y transmitan esa identidad del bar, que consiste precisamente en reinventarse dentro de unos márgenes incluyentes pero restrictivos. Por fuera de esos límites están la música comercial agotada por la radio y la salsa romántica, a la cual Chepe se refiere como “salsa esperma”.

–Tengo entendido que desde que no programas tú mismo eres muy cuidadoso en la selección de los DJ, ¿cómo los escoges?

–Primero que todo por la calidad de la persona. Después viene el aspecto musical. Es necesario que no vengan con mañas de otros sitios. Algunos vienen a imponer su estilo musical, y a veces eso significa programar lo que ellos saben bailar. Por eso prefiero a los que no saben bailar ni cantar. Me interesa más que tengan sabor, que sepan cómo poner un tema después de otro. Que capten perfectamente la instrumentación, los coros, el estribillo, la melodía y logren empatarlo con la siguiente. Que tengan concepto de orquestación. Que incorporen charangas, dúos, sextetos. Que tengan concepto rítmico.

—Después comienzas a entrenarlos, ¿en qué consiste ese proceso?

—Lo primero es que entiendan que el disc jockey no es el soberano. No está por encima de nadie. Tiene que leer la pista, mirar la tendencia de la gente: si hay un cubano gritando: “¡Viva Fidel!”, usted no le puede poner un tema que diga: “Qué bueno sería Cuba si se fuera Fidel”. Y si hay una pareja amacizada, uno no le puede poner: “Mala mujer, no tiene corazón, máatala, máatala, máatala”. Luego les doy cinco temas y les pregunto qué instrumentación tienen, qué coros, qué significa eso en cubano, cómo comienza, cómo termina, con qué empatarían eso. De acuerdo con su sensibilidad les voy dando cada vez más temas y les presto algún diccionario de música cubana, videos, entrevistas, libros.

—¿Cuánto toma ese entrenamiento?

—Ese proceso dura unos ocho meses. Después les enseño la parte del sonido, la ecualización. En ese punto ya les dejo poner UN tema, solo UNO en toda la noche, y que lo ecualicen ellos mismos. “Ecuálícelo y dígame qué escucha usted ahí, si está alimentando mucho el bajo, la reverberación, el eco”. Después les amplió el espectro con música de Haití, de Republica Dominicana, incluso de África. Cuando ya los suelto a que programen solos, superviso lo que hacen. Cada tanto reviso los iPods y elimino las 25 canciones más sonadas —remata con una sonrisa irónica, que no resta verdad a lo que acaba de decir—.

—¿En serio haces eso?

—Sí, totalmente.

Esa actitud severa de maestro exigente con sus estudiantes contrasta con la jovial conversación de Chepe García. Su voz pausada transmite con buen humor un placer aliviado de vivir, que se toma muy en serio la rumba y en particular la tradición musical cubana. Chepe tiene una larga cabellera cana que acentúa su piel morena. Solo parece llevar los 57 años en el color de esas canas; por el contrario, la extensión del pelo, la pasión por la música y la obstinación en sus ideales lo conservan en una forma intensa de juventud que revive en cada noche de Son Salomé.

Interrumpo su sonrisa y continúo.

—¿Esa “identidad sin identidad” de Son Salomé se ha construido a partir del público o sientes que el público responde a lo que tú propones musicalmente?

—Es una retroalimentación total. Uno distingue a las personas que no son del sitio porque llegan y preguntan si uno conoce un tema que se llama “Mujer divina”, o si de pronto tiene “El manicero”. Ahora que el sitio tiene nombre, la gente llega por la música. Al comienzo fue muy difícil, afortunadamente di con un público muy conocedor y sensible y eso me ayudó a formarme. Ahora uno puede ser un poquito dictador y la gente siente que hay música que es de su agrado y por eso se queda.



LES ENSEÑO LA PARTE DEL SONIDO, LA ECUALIZACIÓN. EN ESE PUNTO YA LES DEJO PONER UN TEMA, SOLO UNO. DESPUÉS LES AMPLÍO EL ESPECTRO CON MÚSICA DE HAITÍ, DE REPÚBLICA DOMINICANA, INCLUSO DE ÁFRICA.

—En cuanto a gustos, ¿cuáles son tus ritmos preferidos? ¿Y qué te une a ellos?

—En general, prefiero escuchar la música folclórica de las diferentes regiones. La jíbara, la guajira y, por supuesto, las vertientes de la rumba cubana. La cercanía a las deidades africanas y a los tambores en agrupaciones como Yoruba Andabo, Los Papines, Los Muñequitos de Matanzas, entre otras. También las guarachas, por las letras jocosas estilo El Guayabero, Nico Saquito, Los Compadres o Los Guaracheros de Oriente. Obviamente, el son, como columna vertebral de la música de Cuba, estará siempre a mi lado con Matamoros, Piñeiro, Embale, Cuní, Barroso, el Benny y un sin número de grandes intérpretes. Colombia tiene en sus dos costas, y más ahora con la globalización cultural, grandes músicos y diferentes ritmos para completar una buena noche.

—Por un tiempo, programaste música en Galería Café Libro, ¿cómo fue esa experiencia de trabajar con los gustos de otra persona y la identidad de otro lugar?

—Alberto Littfack es muy cercano a mí. Él tiene un concepto muy amplio del manejo de los negocios, aprendí mucho de él. Él logra conciliar el gusto general con el de las personas más selectas. Fácilmente puede poner “Sandra Mora” y pegarla con alguna rareza de Haití o de África. Yo estuve allá cinco años, recién comenzó el Café de la 81, hasta que lo aburrí. Le vendí parte de mis pastas, unas dos mil, que él todavía tiene porque adquirieron gran valor. Me tocó seguir con la línea de Café Libro, porque era su empleado, pero haciendo ciertas concesiones, como le tocó a Rubén Toledo. La música es amplia, hay un gran espectro de ritmos y evolución constante: no nos podemos quedar en los cincuenta o en los sesenta.



James Ortega hace parte de una nueva generación de discómanos, en quienes se confirma que el cuidado por la buena salsa no está irremediablemente anclado en décadas remotas.

Boricua es el nombre del bar que fundó en 1997 y donde programa música cada noche. Un negocio familiar de decoración austera, cuya prioridad es la buena salsa. James pertenece a la numerosa diáspora pastusa que ha enri-



JAMES ORTEGA, fotografiado en Borinquen [2013].

quecido la salsa en Bogotá con agrupaciones como Los Blistons y Los Rosales, e intérpretes extraordinarios como el pianista Edy Martínez.

–No es inmediata la asociación de Pasto con la salsa. Sin embargo, tu pasión por el ritmo no es para nada excepcional en esa ciudad.

–Sí, así es. Pasto es una ciudad muy salsera, principalmente gracias a la cercanía con el Pacífico, por donde muchos afirman que entró la salsa a Colombia. Mucha gente de Tumaco y Buenaventura llegaba con esa música. En mi casa, por mi hermano mayor, todo lo que se escuchaba era salsa: canciones de Niche, Fruko y sus Tesos, Richie Ray y Bobby Cruz.

–¿Cómo fue tu llegada a Bogotá?

–Bueno, yo tengo 40 años. Mi familia llegó a Bogotá en 1990, cuando tenía 17. Vinimos a buscar cómo salir adelante de los problemas económicos. Yo traía una colección como de treinta casets. Lo único que hacía era escuchar música y trabajar como mesero, primero en una pescadería y luego

en un restaurante con ambiente mexicano. Cuando la situación empezó a mejorar me fui enseguida a buscar un equipo de sonido y, obviamente, a comprar mi primer elepé. En esa época yo no conocía el centro, vivíamos en San Jorge, en la 30 con Primero de Mayo. Un amigo me llevó a la 19 con octava y ahí me compré mi primer disco: *Salsa picotera*, un álbum variado venezolano. Desde ahí empecé a coleccionar mi música y seguí trabajando como mesero.

Noches de México era un restaurante durante el día, pero de noche se prendía la rumba con mariachis y música crossover. En una ocasión, el DJ no pudo ir y el joven mesero pastuso tuvo la oportunidad de programar toda la noche. No era un lugar muy selectivo. La escasa colección incluía, además de salsa y música mexicana, merengues y vallenatos. Un par de noches después de la primera aparición, James llevo unos cuantos elepés de su incipiente colección. El público quedó convencido y él se fue apoderando del puesto de DJ de planta. Por un tiempo sería invitado a programar en otros bares, fiestas y encuentros. Años después, a mediados de los noventa, pasaría a trabajar como barman en otro negocio llamado Options donde también haría reemplazos frecuentes como DJ.

—¿Cómo era tu trabajo en esos bares?

—La primera cabina donde puse música fue la de Noches de México. La pista de baile estaba en medio, mesas alrededor y la cabina quedaba en un rinconcito al fondo. Era un espacio estrecho: los elepés estaban debajo del equipo, y yo en medio de un vidrio y una puerta. En Options era diferente, el equipo era muy profesional: cuatro plantas, VHS, dos unidades de cidí, la consola, una cámara de humo y mucha música. Lo que era igual en ambos casos era el encierro total.

El desgaste por el trasnocho constante le obligaría a considerar un nuevo camino. En 1997, después de un par de meses descansando las ojeras y los pulmones, empezó un negocito familiar de empanadas que acabó por convertirse en un sólido establecimiento salsero. Aprovechando la sazón de su madre, James montó con ella y su hermano un pequeño puesto de fritos en el garaje de la casa, en la Boyacá con 72.

El lugar iba ganando clientes lentamente hasta que decidieron acompañar las empanadas con música y luego las canciones con cervezas. La programación de James multiplicaba el público y los fritos quedaron en segundo plano. Del garaje pasarían a ocupar casi media casa, y luego, cuando ya no daban abasto y el público reclamaba pista para bailar las canciones que James programaba, se mudaron a un local en la avenida 68 con calle 80. Ahí funciona Boricua desde el año 2000.

—Todo empezó muy informalmente. Pero después tuviste que organizarte para pasar al local de la 80. ¿Cómo fue el montaje de Boricua?



MIS RITMOS PREFERIDOS SON LA TIMBA: ALEGRÍA CUBANA; LA PLENA: PURO SENTIR BORICUA, Y EL GUAGUANCÓ: LO MEJOR PARA BAILAR, ME GUSTA MÁS QUE EL MAMBO Y LA PACHANGA, ES LA SALSA VIEJA CON MÁS SENTIMIENTO.

—Ya tenía una buena colección de música. Compré un tornamesa Gemini semiprofesional, un mezclador Newton América, que todavía conservo en la casa, una unidad de cidís Peak, un amplificador Yamaha y dos cabinas Gemini. Ahora tengo cuatro cabinas JBL, mis favoritas, y ya coticé un par de bajos de 18 pulgadas y otro procesador VX.

—¿Y la cabina?

—Bueno, cuando comencé Boricua seguí con el encierro que había vivido en Noches de México y en Options. Los caleños me decían: “¡Ve, salite de esa cabina que parecés un celador ahí adentro!”. Entonces abrimos la barra para tener más contacto con la gente, con el público que nos visita, y así estamos ahora.

—¿Cómo es ese público que visita Boricua?

—Mi público es de 25 años para arriba, un público serio. La gente sabe a lo que viene. Algunos se enamoran de la música, entonces les grabo un cidí o una memoria con una selección mía. Entre los más jóvenes algunos me sorprenden con su gusto: vienen escuchando Manolito Simonet y su Trabuco o algo clásico de Justo Betancourt o Celia Cruz. Aquí gusta mucho la salsa clásica.

—¿Cómo es tu relación con ellos mientras programas?

—Creo que lo clave para ser un buen DJ es saber qué público te visita. Yo me voy a la casa a las cinco, después de cerrar el restaurante que funciona aquí cada mediodía, y vuelvo a las 9 de la noche. Ya conozco a la gente que llega a esa hora y sé lo que les gusta a ellos. Sé que a los caleños les gusta Van Van, Lebrón. Cuando llega un cliente nuevo, con una sola canción que él te pida ya sabes lo que le gusta, sabes por dónde irte. Si te pide Niche puedes seguir por el lado de El Gran Combo. Si te pide Van Van mejor para mí porque le pongo Manolito y su Trabuco, y charangas. La clave es estar en contacto con la gente, darse cuenta de quién está cada noche. También tiene que ver con el ánimo de uno, uno transmite lo que trae por dentro.

—¿Eres un DJ tirano o complaciente con los clientes?

—Yo creo que depende mucho del cliente. Tengo que confesar algo y no sé si me arrepienta, pero yo nunca programé al Joe Arroyo. Cuando falleció la gente era: “¡Joe, Joe!”. Yo ponía una o dos canciones y me pedían más. Pero yo llegaba hasta ahí, aunque la gente se fuera. Hay diferentes clases de visitantes: está el que acaba de llegar de Miami: “¡Ve! Te traigo lo mas reciente de

Willy Chirino que allá esto está caliente”. No falta el que quiere corcharlo a uno porque TIENE que corcharlo, y pide cosas muy poco conocidas; aunque hoy es muy difícil la corchada porque internet ayuda mucho. Casi no he tenido inconvenientes con personas que piden canciones. Obviamente, si está la rumba prendida y tú me vienes a pedir un bolero te tengo que decir que te esperes un momentico mientras bajo un poco. De todas formas trato de programar lo que la gente pide, aunque hay gente que cree que esto es una rocola... trato de complacer, pero ofreciendo buena música. En una noche de Boricua no puede faltar música de Mulenze, Bobby Valentín, Los Van Van, Ismael Rivera, Pete Rodríguez, Ray Barretto y Charanga Habanera.

—¿Y tus ritmos preferidos?

—La timba: que es alegría cubana. La plena: puro sentir boricua, sentimiento de Puerto Rico. Y el guaguancó: lo mejor para bailar, me gusta más que el mambo y la pachanga, es la salsa vieja con más sentimiento.

—¿Quién te ha influenciado en esos gustos?

—Yo inicialmente me había dejado influenciar mucho por personas que coleccionaban mambo y pachangas de los sesenta y setenta en Nueva York. Pero cuando conocí al DJ radial Gary Domínguez, él cambió mi tipo de programación. Cada jueves Gary, que era DJ de Tropicana, hacía una cosa que se llamaba “el circuito de cuchifrito”, recorría bares poniendo música, y siempre venía a Boricua. Gracias a él conocí la música cubana, Los Van Van, Manolito y su Trabuco, y empecé a investigar. Entonces comencé a programar cosas contemporáneas, como Chucho Valdés, sin dejar de lado lo clásico. Comencé a darme cuenta de que me identifico más con la salsa clásica, con Cuba y con cosas nuevas románticas.

—¿Además de Gary, alguna otra referencia de generaciones anteriores?

—Claro, conocí a un coleccionista que se llama Ciro Ibañez, él venía al sitio y me decía: “Ven, colocá esta música”, cosas de Joe Quijano, Pérez Prado, así influyó en mi programación. Después conocí a César Pagano, a él le aprendí algo de música cubana contemporánea. Conocí a Alberto Guzmán, que también es de Salomé Pagana y sigue siendo una especie de asesor musical de Boricua. Tenemos un gusto parecido. Y Álvaro “Chocolate”, a quien llegué primero por la radio: yo salía a la Ciclovía en la época del walkman y con los audífonos iba escuchando su programa “El Rincón Caliente”; luego lo conocí personalmente por medio de los hermanos Rosales. Él es un excelente programador, coincidimos en que respetamos la salsa tradicional, pero tratamos de estar pendientes de las cosas nuevas que salen y de buscar el mejor modo de mezclarlas.

Sentado junto a un mural de Pete Rodríguez, Celia Cruz y Tito Puente, cada tanto, entre una respuesta y otra, James voltea a mirar hacia la barra. Parece intranquilo, como temiendo que alguno de sus discos vaya a aban-

donarlo. Esos momentos de inquietud, producto de su timidez, contrastan con su calma y ritmo pausado habituales. Por las noches, cuando Boricua está lleno, es otra persona. Parece convertirse junto al local: de la sesuda administración del restaurante, a la alegría rumbera de la discoteca; un poco de “Chocolate” a la hora del almuerzo, algo de José Pachanga al encender la fiesta cada noche.



Por su parte, José Gabriel Clavijo nunca se queda del todo quieto. Aunque esté encerrado en el estrecho espacio desde donde el equipo de sonido llena su taller, siempre está marcando el ritmo con los pies, tocando un teclado imaginario con sus dedos fuertes llenos de grasa o gesticulando marcadamente, como si las palabras no le alcanzaran para sacarse del pecho la emoción que le produce hablar de salsa.

Cuando me despido, a punto de salir de su taller en el barrio Lagos de Castilla, José ofrece generosamente acercarme a un paradero. Lo primero que hace al montarse al carro antes de cerrar la puerta es darle play al sonido. Se despide de Teresa con un beso, como si fueran a separarse por más de quince minutos. La mira por el retrovisor, acelera y dobla en la esquina. Es también su oportunidad de seguir hablando de lo que más le apasiona sin estar ante su presencia, como si fuera a decir algo que ella no supiera perfectamente:

—Cada fin de semana, yo me transformo. Me pongo mi pinta de bailar y me voy de fiesta en fiesta. Teresa me dice que ella ya está muy vieja pa esas vainas y que yo soy un inmaduro por seguir todavía en lo mismo. Pero yo soy tan feliz así, con mi música, con mi baile. Yo no entiendo cómo hay gente que puede ser feliz sin haber conocido la salsa.



TOP 10

PARA ENCENDER UNA RUMBA

Chocolate

- El repellito / *Los Naranjos*
- La esencia del guaguancó / *Pete Conde Rodríguez*
- La historia de una rumba / *Celia Cruz y Johnny Pacheco*.
- Vitamina / *Noro Morales*
- Mambo mongo / *Gerardo Rosales*
(homenaje a *Mongo Santamaría*)
- En puerta de tierra / *Joe Quijano*
- Oreja mocha / *Argueso y su orquesta*
- Úyeme Antonia / *Tito Rodríguez*
- Goza la vida / *Manny Oquendo*
- Digo yo / *Grupo Niche*

James

- Me curo con rumba / *Descarga boricua*
- Maestra vida / *Rubén Blades*
- Qué sorpresa / *Los Van Van*
- Son de Cuba a Puerto Rico / *Isaac Delgado*
- Sigo Bravo / *Justo Betancur*
- Guararé / *Ray Barreto*
- Tu falsedad / *Bailatino*
- Buscando aventuras / *Orquesta Mulenze*
- Bohemio / *Luis Perico Ortiz*
- Sin palabras / *Grupo Niche*

José Pachanga

- Cuándo, cuándo / *Tito Rodríguez*
- Llévala pa'l rincón / *Cheo Marquetti*
- La jaula de las locas / *Tito Rodríguez*
- El monito y la jirafa / *Tito Rodríguez*
- Lupita / *Dámaso Pérez Prado*
- Fantasía Cubana / *Machito y su Orquesta*
- El 5 y 6 / *Daniel Santos*
- Guaguancó en la timba / *La sonora Matancera*
- Yemanya / *Celia Cruz*
- Un soplo en el corazón / *Los Blanco de Venezuela*

Chepe

- África boogaloo / *African Team*
- Quiribá / *Aguas del guaso*
- Comencemos el vacilón / *Álex Torres*
- La rumba me llama / *Ángel Farrés*
- Cubano chant / *Art Blakey*
- Sabor de guajira / *Bembeya Jazz National*
- Miren a esa mulata / *Bisset Son*
- Boogaloo de Los Casmeños / *Los Casmeños*
- A mí lo mismo me da (en vivo)
/ *Charanga Típica Tropical*
- El chacarero / *Diablos Rojos*



© MARGRITA MESA / IDRC

MIGUEL GRANADOS ARJONA, fotografiado en la Casa de Retiro Santa María (2012)

LA VOZ: UNA ENTREVISTA CON MIGUEL GRANADOS ARJONA

Por Marcela Garzón Joya

En la rumba salsera capitalina, el nombre de Miguel Granados Arjona se pronuncia con reverencia. Esta leyenda de la radio no solo popularizó el vallenato y la cumbia, sino que fue el principal abanderado de un género que, con su ayuda, invadió el dial de todos los transistores en Bogotá.

PARA COMIENZOS DE LOS AÑOS SETENTA, cuando el fenómeno salsero apenas se daba a conocer en el mundo, un radiodifusor barranquillero se aventuró a transmitir por primera vez en Colombia todos esos ritmos nuevos que llegaban desde Nueva York, logrando, con una velocidad sorprendente, que la salsa se impusiera no solamente en la radio sino en las costumbres y preferencias de los colombianos. Este hombre intuitivo, que ya había ganado cierta popularidad con sus exitosos programas de música costeña sería reconocido desde entonces como “la gran voz de la salsa en Colombia”.

Como radiodifusor, animador de fiestas y presentador de conciertos, Miguel Granados Arjona vivió sumergido en el mundo salsero desde sus inicios. Creció en las calles humildes del barrio Rebolo, de Barranquilla, en donde su padre, Eduardo Granados, se ganaba la vida como tendero en un local de víveres al cual mucha gente solía frecuentar porque contaban con una vieja radiola de banda corta que sintonizaba los programas de “Punto Cubano”, transmitidos desde la isla. Los mismos que hicieron famosos a Celina y Reutilio y a la Sonora Matancera. Así fue como Granados Arjona conoció al Trío Matamoros, a Benny Moré y a la Orquesta Aragón, que hasta hoy siguen siendo sus grandes amores.

Pero en los años anteriores a que descubriera la salsa e inmortalizara su nombre con el popularísimo programa salsero “El Show del Viejo Mike”, sus favoritos fueron



FUE YA FINALIZANDO EL AÑO 1959, CUANDO AÚN TRABAJABA EN TODELAR, QUE ME HICIERON UNA MUY BUENA OFERTA PARA TRASLADARME A BOGOTÁ. FUE ENTONCES CUANDO MIGUEL GRANADOS ARJONA EMPEZÓ A SER ALGUIEN EN LA RADIO.

los vallenatos y a estos también dedicó, entre otros, un importante programa de radio que se conoció como “El Rincón Costeño”. Algunos años más atrás, sus preferidos fueron el porro, la cumbia y el danzón. De ahí que se iniciara en el baile y alcanzara una fama de gran bailarín que le duró hasta que pudo mantenerse en pie por sí solo. Esta pasión fue algo que Granados Arjona transmitió a sus oyentes, invitándolos a visitar los bares salseros que, de maneras siempre ingeniosas, describía como paraísos terrenales.

A sus 84 años, ya no camina si no es con la ayuda de un brazo fuerte. Vive tranquilo en un hogar geriátrico al norte de la capital y dedica la mayor parte de su tiempo a leer sobre música y a escucharla, cuando puede. Habla despacio y muy quedito, pero su voz tiene un acento gravísimo e imponente que todavía conserva el sabor característico que lo distinguió en años anteriores.

Cuando le pregunté si sería posible escuchar algo de sus viejos programas, me dijo, con un poco de congoja, que todas las cintas se habían cristalizado y que a él lo único que le quedaba de la época de su show eran algunos recuerdos y la satisfacción de haber tapizado un camino para que otros, con más facilidad, también pudieran recorrerlo. “La radio es desagradecida, volátil, pero por fortuna la música no”, concluyó entre risas. Y es que después de casi sesenta años inmerso en la radiodifusión (tan solo con algunos periodos de ausencia), Granados Arjona vive como un hombre olvidado, aunque no lo sea. También a él se le han ido borrando de la memoria pasajes, nombres y fechas, pero no las cosas que considera más importantes en esta historia de baile y fiesta.

Usted pasó la mayor parte de su vida dedicado a la radio. ¿Cómo empezó a cultivar esa gran vocación?

Descubrí mi talento para la radiodifusión por necesidad y, posteriormente, tuve que valerme de ese don que otros veían en mí para ganarme unos pesos y sobrevivir. Vengo de una familia muy pobre y de pequeño tuve que ayudarle a mi padre a vender dulces y víveres. Con gran esfuerzo, en 1949, terminé el bachillerato en el Colegio para Varones de Barranquilla y mi sueño era ser médico. Yo era muy soñador y también muy ingenuo, tanto que hasta creía en el amor eterno.

Pero bueno, el sueño no se hizo realidad. Dos años antes de terminar el bachillerato, Manuel Villareal, un amigo del colegio que ya participaba en la radio, me dijo un día, muy entusiasmado, que yo tenía una buena voz. Y en otra ocasión, para una celebración de cumpleaños del colegio, me pusieron a declamar un poema en público y cuando terminé todos aplaudieron y mi

maestra, Antonella, me dijo suavemente al oído: “Tú serías un gran locutor”. No mucho tiempo después terminé hablándole al micrófono desde una cabina de grabación.

Hasta ese momento, debido a mi obsesión con la medicina, apenas les había hecho caso a quienes me auguraban éxito como locutor. Luego mi padre nos hizo caer en la cuenta, a mí y a mis hermanos, de la mala situación económica por la estábamos atravesando, de modo que ya no pude seguir haciéndome el bobo y cuando mi amigo Manuel me ofreció reemplazarlo en su puesto como locutor mientras él estaba de vacaciones, no dudé en aceptar la oferta. No lo hice creyendo que me iba a gustar. Lo hice por dinero.

¿Qué recuerda de esos primeros trabajos como locutor?

Recuerdo que después de reemplazar a Manuel empecé a trabajar en una emisora de Barranquilla que, creo, todavía existe y se llama Emisoras Unidas. Allí fui realizador de programas culturales: recitaba poesía, leía apuntes de literatura, redactaba cuñas, anunciaba discos y también ofrecía servicios sociales. Trabajaba de domingo a domingo, ocho horas diarias. Recuerdo que mi primer sueldo fue de 50 pesitos, que no era mucho, pero que alcanzaba para comer y satisfacer otras necesidades básicas. Como ese también fue un trabajo temporal, tuve que apurarme a conseguir otras cosas. Para ese entonces ya otros radiodifusores me habían empezado a escuchar, así que conté con la suerte de que Armando Franco Bauzá, un veterano de la radio que en aquella época dirigía una de las emisoras más importantes de la costa atlántica, la Cadena Radial del Caribe –CRC–, me invitara a trabajar con él y me ofreciera un sueldito un poco más decente que los del pasado. Para la CRC hice un programa de variedades, leí y redacté noticias y anuncios publicitarios y, al final, me dieron vía libre para programar algo de música.

Al mismo tiempo, interpreté uno que otro papel corto en alguna radionovela. Siempre que lo hacía era porque alguno de los locutores previstos faltaba a las grabaciones y a mí me ponían a reemplazarlo. Me divertí muchísimo en ese trabajo, que por otro lado me enseñó a modular mejor mi voz. Además, fue en medio de uno de esos dramononones en donde conocí a mi primera esposa. Ella hacía la voz de la protagonista y yo la del enamorado (cosa que se volvió real).

Posteriormente, en 1952, el Ministerio de Educación expidió mi licencia de locutor, requisito indispensable en esa época para estar en una cabina de locución. Así que empecé a volverme un poquito más ambicioso, entre otras cosas, porque quería ofrecerle una mejor vida a mi esposa. Por eso busqué de nuevo a Manuel, quien ya estaba trabajando en Bogotá con un compatriota barranquillero. Él me ayudó a conseguirme un puestico en la emisora 1020 y así fue como terminé mudándome a la capital.



“YA EMPEZÓ LA PELÍCULA” y “Se acabó la película” eran expresiones frecuentes de Granados Arjona para abrir y cerrar sus programas en los años setenta.

Pero hasta donde sé la suya fue una estancia temporal en Bogotá...

Sí, sí, así fue. Llegué a Bogotá a mediados de 1952. La capital era entonces un lugar que para nosotros los costeños representaba la gloria, porque teníamos el imaginario de que allí sí era posible prosperar. Carlos Pinzón, el entonces director de la 1020, fue quien me contrató para hacer un programa de música caribeña al que llamamos “La Hora Costeña” y para el cual siempre teníamos algún artista invitado y una orquesta base que tocaba en vivo. Allí también pasábamos noticias y programábamos otros géneros musicales, como el bolero, que estaba tan de moda desde los años cuarenta. Era muy divertido trabajar con tantísima gente en un estudio de grabación. Y sin embargo, no duré más de un año en la emisora porque el pago no era lo suficientemente bueno como para mantener un hogar. De modo que, aceptando un poco la derrota, me convertí en comerciante de una compañía que se llamaba Agustina Balaguer, en la cual obtenía mejores ingresos. Así pasé unos diez meses alejado de la radio y muy desanimado con mi nuevo oficio de vendedor. Un día, de la nada, me llamó mi amigo Cuantillero Palacios para pedirme que dirigiera junto a él la emisora Radio Reloj de Barranquilla y entonces, sin dudarle un instante, hice maletas y me devolví a mi tierra.



¿No encontró lo que esperaba en la capital?, ¿qué pasó luego en Barranquilla?

Bueno, yo me fui a mi tierra porque en la 1020 no me sentí muy a gusto, a decir verdad. Y eso me hizo pensar en algún momento que nunca encontraría tranquilidad en Bogotá. Después de los muchos inconvenientes que tuve con el director de la 1020 y de varios tropiezos con el negocio de la Balaguer, la idea de regresar a casa no me parecía descabellada. Además, la que era mi esposa estaba empeñada en volver.

Pero en Radio Reloj mi paso también fue corto porque estando allí recibí una buena oferta para trabajar en la radio de Buenaventura, en la costa pacífica, y en ese tiempo yo tenía que irme con el mejor postor. Fue precisamente en Radio Buenaventura donde hice mi primer programa de música del Caribe, pero el clima me dio durísimo y como siempre he tenido rinitis no lo soporté. Afortunadamente apareció de nuevo mi amigo Manuel Villareal (mi sombra y mi ángel) para ofrecerme un puestico en Cali, en Todelar, donde había una vacante. A finales de 1958 empecé a realizar un programa de variedades, en el cual me daban la libertad de poner uno que otro bolero.

Fue ya finalizando el año 1959, cuando aún trabajaba en Todelar, que me hicieron una muy buena oferta para trasladarme a Bogotá. Trabajaría en una emisora de la misma cadena que se llamaba Radio Continental. El sueldo

parecía de ensueño para un locutor de radio y, además, por fin tendría la posibilidad de hacer un programa a mi medida, sin condiciones. Fue entonces cuando Miguel Granados Arjona empezó a ser alguien en la radio.

Ese programa que empezó en el 59 fue “El Rincón Costeño”, ¿verdad? ¿Cómo era?

Sí, se llamó “El Rincón Costeño” y duró ocho años. Lo hice porque no había quién presentara todo ese folclor delicioso de las costas de Colombia y, por supuesto, ese buen vallenato de mi tierra. Al principio parecía una locura porque nadie tenía mucha fe en que un programa de este tipo calara en la cultura rola, medio aburrida. Pero caló y la verdad es que no sé cómo lo hice, pero tuvo gran aceptación y no solo en Bogotá, sino en todos los rincones del país. Los costeños también estaban felices.

Yo era todero. Hacía cabina, locución, dirigía, realizaba los libretos, escogía la música, etc. De vez en cuando llamaba a algún jovencito o a mi gran amigo Sigifredo Farfán para que me colaboraran. El programa, que solo se transmitía los domingos de 11 a 12 del día, tuvo mucho éxito, la gente llamaba entusiasmadísima y no recuerdo haber tenido muchos detractores. La fama que me hice fue tal que terminé dirigiendo la emisora durante los últimos cinco años del programa, hasta que de repente algo de ese ritmo nuevo que se estaba imponiendo en Nueva York me tentó y cambié radicalmente el vallenato por la salsa.

¿Y qué fue eso tan especial que le encontró a la salsa como para imponerla por encima de sus músicas predilectas?

Fue un cambio abrupto, lo sé, pero más en las ondas radiales que en mi corazón. Desde niño yo era feliz escuchando la música cubana que entraba al radio transmisor de mi padre como cañón, y todos esos ritmos que escuchaba se me fueron pegando. Ya en la época de “El Rincón Costeño” algunos amigos me decían: “Miguel, mira que este ritmo salsero está bien bueno”, y me traían discos de la Fania que en ese entonces eran bien difíciles de conseguir, y así fue como poco a poco la salsa me empezó a picar la vena.

Pero, sobre todo, debo confesar que si terminé involucrado en ese mundo fue gracias al primer salsero que tuvo Bogotá: mi amigo Senén Mosquera, quien fundó la primera salsoteca de la capital y la bautizó Mozambique. Ese fue el lugar en el que me pegué mis primeras rumbas y en donde me encariñé muchísimo con la salsa, hasta finalmente abandonar casi del todo al vallenato. Por intuición supe que la salsa tenía muchísimas posibilidades de pegar con fuerza en Colombia y empecé a preguntarme si no sería buena idea empezar a imponerla en la capital. De modo que me aventuré.

Claro, haber hecho eso me costó cientos de madrazos por parte de la colonia costeña, a la cual no le gustó para nada ese cambio tan brusco. Pero yo ya



YA EN LA ÉPOCA DE “EL RINCÓN COSTEÑO” ALGUNOS AMIGOS ME DECÍAN: “MIGUEL, MIRA QUE ESTE RITMO SALSERO ESTÁ BIEN BUENO”, Y ME TRAÍAN DISCOS DE LA FANIA QUE EN ESE ENTONCES ERAN BIEN DIFÍCILES DE CONSEGUIR.

estaba en mi cuento, aficionadísimo a la salsa y muy orgulloso de la sintonía que había tenido con “El Rincón Costeño”. Por eso confié en mi intuición y cambié de onda radicalmente.

¿Cómo fueron esos primeros años con su programa salsero?

El programa empezó a finales de 1969 y lo llamé “El Show de Miguel Granados Arjona”. La primera canción que puse fue “Agúzate” de Richie Ray y Bobby Cruz, quienes fueron los primeros en causar un gran impacto en Colombia. Lo recuerdo muy bien. Luego, empecé a programar todo lo que se daba a conocer en el mundo como salsa brava: Ismael Rivera, Héctor Lavoe, Willie Colón, Rubén Blades, Celia Cruz. El programa comenzó siendo transmitido por Radio Continental, pero allí duré menos de un año y tuve que retirarme porque el equipo de trabajo no estaba convencido con mi propuesta, y a mí eso no me gustaba. En cambio, en La Voz de Bogotá, otra emisora de Todelar, recibí el apoyo que esperaba, tanto económico como emocional, de gente que sí creía en mi propuesta o en mi locura (que era como muchos, incluso mi segunda esposa, le llamaban). Era un programita de solo una hora, pero tres días a la semana: miércoles, viernes y sábados, a las seis de la tarde. Creo que el horario contribuyó a que tuviera tremenda audiencia.

¿Pero además del horario, qué fue lo que hizo que un programa salsero se posicionara con tanta fuerza en una comunidad para la que estos ritmos aún eran ajenos?

Creo que todo sucedió paralelo con otros acontecimientos de la ciudad. La salsa empezaba a explotar con fuerza. Yo me aproveché de eso y a la vez contribuí a que sucediera. Fue algo muy bonito, que yo ni siquiera esperaba. Con la difusión de la salsa hubo una proliferación de discotecas salseras y yo inicié, desde mi programa, una campaña para que la gente conociera todos esos sitios, no solo de Bogotá sino del país. Invitaba al público a visitar lugares como Mozambique, La Teja Corrida, El Palladium, La Escalinata... Y les hablaba mucho de lo que estaba sucediendo entonces en Nueva York, que era en donde se estaba gestando la movida salsera. En menos de un año ya tenía muchos oyentes fieles y creo que empecé a crear una audiencia que antes no existía. Y, sobre todo, una comunidad diferente: la de los salseros, la de mis amigos, la de los muchachitos que se morían por aprender a bailar salsa, lo que fue casi que en un requisito para conquistar a las damas. Por eso surgie-



© HERNANDO VILLARREAL

LA BOHEMIA, según confesión del propio Granados Arjona, fue para él una extensión natural de su oficio. “Me la pasaba gozando, con las mujeres y con la radio”

ron las academias de baile en Cali y todos esos grupos de bailarines salseros.

¿Cómo se preparaba para sus programas?

Para serle muy franco, yo nunca fui un verdadero coleccionista de música. Por lo menos no de salsa. Jamás tuve el dinero suficiente para comprar mucho material. Yo nutría mis programas con la música de mis amigos, que como tenían bares y un poco más de ingresos sí poseían una enorme colección de discos y casetes. Y, por otro lado, siempre he sido un gran lector de libros de música, sobre todo en lo que al Caribe respecta. Podría decir que amo toda manifestación de la música latina, pero que jamás le metí mucho el diente al rock ni al jazz. Con el rock, principalmente, nunca me entendí. Eso sí, en mis programas difundía la música que conocía bien y que había estudiado porque siempre pensé que uno tiene que hablar de lo sabe, y que si no sabe es mucho mejor quedarse callado o preguntar. Cuando consideraba que algún amigo o conocido manejaba mucho mejor que yo algún tema en específico, los invitaba a mis programas para que fuesen ellos quienes compartieran sus conocimientos con la audiencia.

¿En qué momento deja de ser “El Show de Miguel Granados Arjona” para convertirse en “El Show del Viejo Mike”?

Con el paso del tiempo mi programa tuvo varias versiones y cambió de nombre, pero durante los 14 años que estuvo al aire (a excepción del primero) siempre se transmitió por La Voz de Bogotá. El viejo Mike fue el apodo que me puso mi gran amigo Senén Mosquera, quien cada vez que yo llegaba a su bar me recibía con un abrazote y gritaba a todo pulmón: “¡Ahí llegó mi viejo Mike!”. Y así me quedé. Luego todo el mundo me fue conociendo como el viejo Mike y ni se sabían mi nombre. Así que eso también repercutió en la radio y por hacerles caso a los amigos, por ahí a mediados de los setenta le puse a mi programa “El Show del viejo Mike”, y posteriormente “Salsa con el viejo Mike”.

Al mismo tiempo usted colaboraba con otros programas. ¿Cuál de tantos considera memorable?

La verdad es que la mayor parte de mi vida me dediqué exclusivamente a mis programas. Mientras dirigía mi show alguna vez fui comentarista invitado en Caracol, a un programa que dirigía el señor William Vinasco, y en Capital Radio hice otro programa que se llamó “La Salsa del viejo Mike” y otro, de música cubana y de La Sonora Matancera, que se llamó “Una hora con la Sonora”, el primero que existió y que se empezó a transmitir por Radio Kennedy. Después, a mediados de los años ochenta, a los hermanitos Herrera Lozano se les ocurrió la grandiosa idea de crear en Bogotá la primera emisora exclusivamente de salsa a la que llamaron Radio K, y por ahí sí que revoloteé. Hice de



SIEMPRE FUI MUY RUMBERO. POR ESO MISMO HICE UN ALTO EN EL CAMINO, PORQUE LA RADIO ME CONDUÍA A LA SALSA Y LA SALSA A LA NOCHE Y LA NOCHE A LA FIESTA Y LA FIESTA, A VECES, A LA PERDICIÓN.

todo, desde prestarles mi colección de salsa (que, repito, no era muy grande), hacer comentarios y realizar libretos, hasta ser animador y locutor. Tuve allí un programa que se llamó “La Hora de la Salsa”. Pero la felicidad no duró mucho. Aunque en un principio tuvimos gran aceptación, ya la época dorada de la salsa había pasado y si bien había un público salsero dispuesto a escuchar fidedignamente un programa, no era lo suficientemente grande como para satisfacer las expectativas de la emisora. Así que para mediados de los noventa el asunto culminó. Y de paso yo hice un alto en el camino y me retiré de la radio por un par de años para dedicarme a gozar la vida de otras formas.

¿Y puedo saber algo de cómo se la gozó?

Siempre fui muy rumbero. Algunos amigos me decían dizque el hombre de las faldas. Por eso mismo hice un alto en el camino, porque la radio me conducía a la salsa y la salsa a la noche y la noche a la fiesta y la fiesta, a veces, a la perdición. Y yo ya era un hombre mayor, casado o arrejuntado por tercera vez y con hijos. No me podía dar el lujo de andar por ahí buscando lo que no se me había perdido. Así que pensé que lo mejor en ese momento era detenerme a reflexionar y sentar cabeza en los negocios. Con mi última mujer, Gertrudis, vendimos productos de belleza y medicinas, pero no fue buena idea porque no logramos obtener muchos frutos. Finalmente volví a la radio, que siempre ha sido lo mío.

¿Y estando lejos de la radio logró distanciarse también de ese mundo de la salsa que tanta tentación le causaba?

Lejos de la salsa nunca estuve. Mis amigos estaban siempre ahí, en los bares, en las fiestas, y me llamaban y me invitaban. En los años sesenta y setenta, mi lugar de cabecera era Mozambique, ubicado sobre la calle 63 arriba de la carrera 13, el bar de mi viejo amigo Senén, quien también fue un importante jugador de fútbol y de quien ya no sé hace años. También iba con frecuencia a la discoteca de mi amigo Sigifredo Farfán, que se llamaba El Tunjo de Oro, hasta que murió trágicamente aplastado por una tribuna en un partido de fútbol. Y otro de los lugares a los que mis amigos y yo solíamos ir era al de una joven coleccionista caleña que había traído su discoteca a la capital y que todos distinguíamos como La Negra Esperanza. Ponía allí una música tremenda. También recuerdo –pero eso ya es un poco más tarde– La

Montaña del Oso, El Sol de Media Noche y La Teja Corrida, tres discotecas que eran especialmente famosas porque solían frecuentarlas todo un círculo de intelectuales y de políticos y, especialmente, de mujeres muy bellas. Y al fin y al cabo para hablar de rumba pues había que estar en la rumba. Fue después que vinieron sitios como El Goce Pagano, a donde también fui pero menos, y Quiebracanto que, para que me entienda, ya eran sitios modernos para mí.

¿Y por qué fue que se ganó ese apodo del hombre de las faldas? ¿Cuántas veces se casó el viejo Mike?

¡Ah bueno! Es que yo era muy coqueto (*rie*). Y creo que a todos los que entonces nos gustaba la salsa también nos gustaba la coquetería, era como si la sensualidad de la música atrajera esas sensaciones. Y yo tenía suerte con las mujeres. (*Recita: "Le di la mano a una gitana ayer, para saber de mi buena fortuna, y me dijo tú tendrás amores, pero fortuna no tendrás ninguna..."*), que verso más sabio. Y es que cuando uno quiere a las mujeres no acumula fortuna alguna, solo nostalgias. Casado, lo que se dice casado, con firma de papeles y toda la cosa, solo una vez. Luego me separé y ya ni me acuerdo por qué fue que me casé con ella y no con las otras. Me la pasaba enamorándome y me la gozaba, con las mujeres y con la radio.

Imagino que después de tantos años haciendo radio salsera varios artistas pasaron por su micrófono. ¿A quiénes recuerda especialmente?

Fui muy amigo de Miguelito Valdés, quien venía mucho a Colombia y por eso lo conocí el 23 de mayo de 1972, cuando ofreció un concierto en Cali. Luego lo invité más de cinco veces a mi programa y ahí nos hicimos buenos amigos. Desafortunadamente, fui de los primeros en enterarme de su fallecimiento aquí en Bogotá, en una habitación del Hotel Tequendama, y fue tristísimo. Entrevisté en mi programa al joven Willie Colón y a Daniel Santos, a Celia y a su esposo Pedrito, con quienes también hice una amistad muy bonita.

¿Es cierto que esa amistad empezó por un zapato?

Fíjate que sí. Todo empezó porque en 1980, cuando Celia salía del hotel donde se estaba hospedando, se quitó los zapatos pues les dolían mucho los pies a causa de una hinchazón. Y yo, que estaba por ahí tratando de robarle su atención, le tuve los zapatos un momentico y sin querer me terminé quedando con la hebilla de uno de ellos. Luego fue la misma Celia quien me buscó y cuando fui a devolverle la hebilla al hotel nos quedamos tomándonos un par de roncos, que le fascinaban (y a mí también). Y ahí, en medio de la borrachera, nos hicimos amigos y luego cada vez que ella venía nos veíamos o nos enviábamos cartas. La última vez que nos vimos fue en Nueva York,



cuando yo estaba visitando a una hija mía que es publicista y vivió en la gran metrópoli por varios años. Entonces sí que nos pegamos una farra de aquellas. Buenos tiempos esos. Cuando ella murió yo ya andaba enfermo y saberla en el otro mundo me hizo pensar que dentro de poco yo iría a hacerle compañía. Pero ya ve, aquí me tiene dando lora todavía.

Tengo entendido que usted era el presentador oficial no solo de los conciertos de ella en Colombia sino de todos los grandes artistas de la salsa.

Con toda la lata que dieron mis programas me fueron nombrando algo así como el maestro de ceremonias de la salsa y en esas anduve unos buenos años. Fueron tantos artistas que ya recuerdo pocos. Presenté a Cuco Valoy, a Celia Cruz, a Héctor Lavoe; y abrí los inolvidables conciertos de La Fania en 1980, en Bogotá, Barranquilla y Cali. A las tres ciudades fui con los artistas.

¿En qué momento es que decide distanciarse de la movida salsera? ¿Coincide su retiro con lo que muchos llaman “la decadencia de la salsa en Colombia”?

Pues yo me retiré casi del todo a mediados de los noventa y por obligación, porque me tocó, porque el cuerpo no me daba para mucho, ni la voz, ni nada. Y luego, hace unos cinco años volví con Capital Radio a hacer mi programita de salsa los domingos, que duró hasta hace dos, porque entonces me dio un infarto y como consecuencia perdí mucha movilidad y me interné en un hogar geriátrico.

Y sí, en los noventa el movimiento salsero cambió mucho, pero más que una

decadencia lo que sucedió fue que entraron otras músicas a hacer parte de las fiestas y se perdió el interés de los jóvenes por aprender a bailar salsa y nada más los viejos nos fuimos quedando con esa tradición. Como que se opacó todo ese escenario que mantenía a la salsa en fulgor; nada más, no es que haya dejado de existir ni de hacerse ni nada parecido.

¿Cree entonces que la salsa no se ha empobrecido?

No se puede decir que ha decaído, ni que ha empobrecido, precisamente. Ha cambiado, como todo género musical que se debe renovar. Por eso surgen las nuevas tendencias de la salsa, que si a uno no le gustan no significa que sean malas. Yo respeto a la música y a la salsa en todas sus formas. Por eso solo digo que se ha transformado y así mismo han cambiado los salseros, que ya nos son los mismos de aquella tradición inspirada en Cuba y en el son, en las guajiras y las guarachas.

¿Qué opinión tiene sobre las nuevas generaciones de salseros?

Es interesante ver que en Bogotá está pasando lo que nunca había pasado. Si bien la salsa penetró con fuerza en la capital, entró primero por Barranquilla y luego por Cali. Entonces es bueno ver cómo se anda moviendo la salsa ahora por la ciudad. He oído los pinitos de La 33 y me parece que hay buenos augurios.

¿Conoce bien este nuevo panorama?

Yo ya me quedé con los viejos. Y ya ni me acuerdo. ¿Que si conozco algo bien? A la Sonora Matancera y la Orquesta Aragón. Seré salsero hasta la muerte. Ahora, ya casi en el final de mis días sé que no hubiese sido un buen médico, la sangre no me gusta. Dios me dio una voz privilegiada y la oportunidad de abrir un sendero en la radio para que ahora otros puedan recorrerlo con mejor suerte.

¿Quiénes son los pupilos queridos del viejo Mike? Los radiodifusores en los que cree.

Reconozco la labor de Moncho Viñas en Bogotá, aunque era muy creído y con él casi no me crucé. Hubo dos personas que quise mucho en mis programas y con quienes trabajé muy bien siempre: Guillermo Monsalve Calderón y Jaime Ortiz Alvear, a quien en un par de ocasiones reemplazó César Pagano y que hoy ya descansa bajo tierra. A Carlos Prado, el dueño de La Montaña del Oso, lo recuerdo con cariño. Ahora me gusta el trabajo de muchachos como Omar Antonio, o Fernando Amaya, quien por la línea de la música cubana montó alguna vez un negocio al que llamó Habana Vieja, sobre la Caracas con 44.

¿Y del amor eterno en el que creía en su juventud?

Se quedó en la juventud o no lo encontré. O quizás solo fue la música, que finalmente es la que me acompaña ahora.





JAIME ANDRÉS MONSALVE,
fotografiado en los estudios
de Radio Nacional (2012)

VÁMONOS PAL CAMPUS, MI COMPAY

Por Jaime Andrés Monsalve

O de cómo las universidades bogotanas, a través de sus radioestaciones, también ha impartido cátedra salsera a lo largo y ancho de la geografía capitalina.

I. “¡Salsa y cultura, hasta la sepultura!”

Todo aquel que haya vivido alguna jornada de tragos y de pasos salseros sobre las baldosas del bar Salomé distinguirá perfectamente en esa frase uno de los gritos de batalla de don César Villegas, mejor conocido para el mundo del bembé bravo como César Pagano.

Desde hace años, en bares y medios especializados resuena una frase vindicatoria: “La salsa es cultura”. Imposible no considerar elemento para la construcción de cultura un género que ha sido, según uno de sus mayores exégetas, el venezolano César Miguel Rondón, “la manifestación totalizante del Caribe de nuestro tiempo”. O, de acuerdo a las palabras de un no menos entusiasta conocedor, el escritor cubano Leonardo Padura Fuentes, “expresión suprema de un nuevo y potente mestizaje cultural”.

Desde sus albores en la década del setenta la salsa fue banda sonora del día a día de los estudiantes universitarios, en especial de los del alma mater pública. Ficciones como la novela *Con el pucho de la vida*, de León Valencia, narran un ambiente en el que los bares salseros y el campus universitario parecen no ser lugares diferentes. Normalmente la conga y el bongó resultaban ser la respuesta abiertamente estudiantil de aquello que la universidad prefería disfrazar en sus emisoras y auditorios con música clásica. Pero te conozco balcalao aunque vengas disfrazao, decía el sonero. Y pasaría poco tiempo no solo para que dichos diales se rindieran ante un montuno, un son o una guaracha;



Y SI LA RADIO COMERCIAL TUVO RESPONSABILIDAD EN LA DIFUSIÓN DE LA Salsa SEGÚN LA MODA, LA RADIO UNIVERSITARIA LE DIO EQUILIBRIO AL DIAL CUANDO FENÓMENOS COMO EL MERENGUE AMENAZARON CON COMÉRSELO TODO.

sino también para convertirse, en pleno uso de su vocación pedagógica, en verdaderos dechados de enseñanza para el melómano, el bailarín y las radios comerciales por igual.

Si la radio comercial fue el trampolín para que hoy sean conocidos Willie Colón, Héctor Lavoe y Rubén Blades; las radios universitarias no sólo acogieron ese repertorio sino que además difundieron los tesoros guarecidos por el embargo en la Cuba de los últimos treinta años como Los Van Van, Issac Delgado, El Guayabero o Juan Carlos Alfonso y su Dan Den; hasta los productos emergentes de las esquinas locales de Bogotá con La 33 o Konga's Orquesta, de Medellín con República y Siguarajazz, y de Cali con La Integración Casanova y su salsa choque, mezcla de golpe salsero y timba.

Y si la radio comercial tuvo responsabilidad en la difusión de la salsa según la moda, la radio universitaria le dio equilibrio al dial cuando fenómenos como el merengue o la llamada salsa monga (o salsa erótica o salsa cama) amenazaron con comérsele todo. Y lo sigue haciendo ahora que son otros ritmos los que tienden a uniformizar la audiencia.

En Bogotá, la radio universitaria baila al ritmo del montuno, Cunaviche adentro.

II. Un poco de calor...

_____ A mediados de la década del noventa, a eso de las 8:00 de la noche de cada viernes y sábado, el dial de los 91.9 del FM en Bogotá anunciaba, sobre la introducción del clásico “Tiburón” de Rubén Blades y una improvisación al vibráfono de Cal Tjader, el advenimiento de “un poco de calor en la fría noche bogotana”. Así arrancaba el programa que indistintamente, primero con apenas una hora de duración en sus inicios, hasta las seis y más horas que hoy ostenta (los viernes se prolonga de 9:00 p.m. a 5:00 a.m), es considerado el primer espacio salsero de la radio ya ni siquiera universitaria, sino de la frecuencia modulada en Colombia.

“Caribe y Sol”, un experimento que le apostó al sabor y al baile y que hoy es franja consolidada y canónica de la emisora Javeriana Estéreo, de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, empezó como un programa didáctico en el que sus conductores se daban a contar la historia de la salsa y los salseros.

El nombre de Luis Ramón Viñas (n. 1965) está ligado de manera indisoluble al desarrollo de esa franja. Nacido en Barranquilla pero residente en Bogotá desde su adolescencia y hasta hace ocho años, no había quien no se sintiera contagiado por el gusto del joven “Moncho” hacia la música antillana. Viñas tenía una librería con un par de socios más llamada Ciencia y Derecho, y en ella se desarrollaban tertulias en torno a la música afrocubana.

Amante furibundo del son, la salsa dura y el bolero –su abuela fue organizadora del festival del género en La Arenosa–, a finales de la década del setenta se hizo notar del decano de la facultad, el jesuita Joaquín Sánchez, quien lo invitó a que participara de la programación de la en ese entonces llamada Emisora Javeriana, nacida en 1977, dial hasta ese momento sin un norte sonoro como no fuera el de las franjas institucionales de las facultades y un revoltijo musical que iba desde lo arrabalero hasta lo estilizado.

“Entonces conocí a Karl Troller y a Javier Gómez, con quienes pensamos e hicimos realidad el primer programa especializado de salsa de Bogotá”, le dijo Viñas a la periodista Marcela Garzón Joya para su tesis de grado. “Fue realmente una idea de Karl, pero él estuvo muy poco tiempo a cargo y luego fui yo el encargado de enrutar el programa”.

La hora que originalmente duraba “Caribe y Sol” se fue ampliando a petición de una cada vez más consolidada audiencia. La tendencia hizo que el programa se convirtiera en una franja de programación exclusivamente musical, en un playlist sin palabras. Por supuesto, la salsa másailable se fue apoderando para bien del espacio. Y para paliar la ausencia de una franja más didáctica que además les diera cabida a expresiones salseras algo más experimentales, nació también bajo la anuencia de Viñas el programa *Salsa 91.9*, emitido de lunes a jueves a las 8:00 de la noche desde finales de la década del ochenta.

En diferentes momentos de su historia, “Caribe y Sol” y “Salsa 91.9” han contado con la programación del coordinador de la franja latina de la emisora, Jaime Arturo Rodríguez; así como de José Alfredo Romero, Jaime Horacio Baena, César Jair Ariza, Jaime Andrés Monsalve, Federico Polo, Marcela Garzón Joya, Felipe Arias y Jorge Amaya, entre otros. Luego, en la década del noventa, llegaron diferentes programas especializados, realizados por expertos como el pastuso José Arteaga, el caleño Arthur Owen y, por supuesto, el paisa César Pagano, quien por alrededor de 15 años ha producido la franja “Conversación en tiempo de bolero”.

Mención aparte merece el periodista boricua Elmer González, quien produce para la Radio Universidad de Puerto Rico los programas “Son del Caribe” y “Son de Cuba”, retransmitidos por Javeriana Estéreo. La relación del productor radial y crítico de la revista *Latin Beat* con esta emisora se inició a finales de la década del ochenta, tras uno de los viajes anuales que ha



DE IZQUIERDA DERECHA: Jaime Rodríguez, Manuel Durango, Enrique Araújo, Rogelio Delgado y Pedro Salsa.



venido haciendo al país desde que se casó con una colombiana. Hasta hace poco, González mantuvo cada diciembre en Javeriana Estéreo un ciclo especial dedicado a las mejores grabaciones de salsa y jazz afrocubano aparecidas a lo largo de cada año.

Muchos nombres han estado ligados al devenir sonoro de Javeriana Estéreo, entre los cuales resultan ineludibles los de sus directores John Sánchez, Jürgen Horlbeck y Guillermo Gaviria, así como el del jefe de programación que le dio una personalidad sonora a esta radio, Camilo de Mendoza. Puede ser éste el lugar para poner de relieve la labor silenciosa pero contundente de más de veinte años de Jaime Arturo Rodríguez (n. 1973). Detrás de un inexistente afán de protagonismo, de una voz queda y de un ademán taciturno, se esconde en Rodríguez, quien funge además como director musical y trombonista de la orquesta La Conmoción, uno de los personajes que más ha hecho por la difusión del fenómeno salsa en el país.

III. El guajeo en La Tadeo

De todas las emisoras universitarias capitalinas acaso la 106.9, HJUT, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, nacida en 1983, sea la que mayor énfasis le ha dado históricamente a la música clásica. Todavía hoy conserva el indeleble sello de los años que fue comandada, hasta el día de su muerte, por el entrañable maestro Bernardo Hoyos (1934-2012), cuya experticia en los sonidos académicos no le restó un ápice de gusto por la música popular.

Hacia 1985 hubo un primer intento por establecer una franja de salsa en la emisora, pero no tuvo ninguna repercusión “porque el programador se encargaba simplemente de ir a moler salsa, sin ofrecer contenido”, según relata Rogelio Delgado, director encargado de la frecuencia tras el sensible deceso de Hoyos. Delgado, vinculado desde hace un cuarto de siglo a la HJUT, hizo todo el camino, desde la parte técnica hasta la de contenidos.

Después de su paso de un año por “Caribe y Sol”, José Arteaga (n. 1963) se vinculó a la HJUT (o a *La Tadeo*, como se le conoce cariñosamente) con una franja llamada “Salsa, Ritmo y Sabor”. Recuerda el realizador: “Allá llegué por recomendación de Bernardo Hoyos, quien ayudó a crear una maravillosa plantilla de locutores con Otto de Greiff, el propio Bernardo, Emilio Sanmiguel, Carlos Heredia, Miguel Camacho y un montón más. El jefe de programación era Camilo de Mendoza y el operador era Rogelio Delgado. ‘Salsa, Ritmo y Sabor’ era monográfico. Hablaba sobre un tema, un ritmo, un artista, un disco...”. El programa estuvo al aire durante cuatro años y medio, entre enero de 1986 y junio de 1990. El mismo Arteaga creó después, con Delgado, el espacio “Alma Caribe”.



LA RADIO UNIVERSITARIA CREÓ UNA SENSACIÓN DE QUE LA MÚSICA PODÍA TENER VOCES AUTORIZADAS EN LA UNIVERSIDAD. QUE NO SE NECESITABA TENER CONTACTOS, NI GRANDES COLECCIONES DE DISCOS, PARA PODER HABLAR DE MÚSICA.

Ese mismo año, César Pagano (n. 1941) inició su popular franja “Conversación en tiempo de bolero” en aquel dial, y tras el paso de Camilo de Mendoza a la jefatura musical de Javeriana Estéreo, el investigador también se trasteó de frecuencia.

En la actualidad, en la emisora sigue sonando “Alma Caribe”, producido hoy por Rogelio Delgado y Enrique Araújo, los jueves a las 9:30 de la noche; y “Aquellos boleros”, de Julika Uprimni, los domingos a las 8:00 p.m.

IV. UN Radio, toda la salsa

En 1992 se iniciaron las emisiones de la 98.5 del FM, UN Radio, de la Universidad Nacional sede Bogotá. Desde el momento de su fundación, sus mentores Héctor Martínez y Fernando Orjuela tenían claro que la programación debía obedecer al modelo multidisciplinario de la más importante alma mater pública del país. Así, no es extraño que entre franjas de música clásica y popular, por este dial se cuelen contenidos de radioarte, difusión científica y espacios informativos. Todo ello en medio de una propuesta musical clásica y popular en donde, desde siempre, la salsa ha tenido un papel preponderante.

La figura de César Pagano vuelve a aparecer con UN Radio. “De Rumba por la Vereda Tropical” fue un espacio producido allí por el radiodifusor, en un interregno que luego lo llevaría hacia la antigua Radiodifusora Nacional de Colombia, hoy Radio Nacional, con su programa “Del Songorocosongo al Son para un Sonero”. Era apenas el abrebocas para la llegada de una serie de programadores imprescindibles, en cabeza del inquieto Fernando España (n. 1960), quien venía de trabajar en emisoras de AM como La 1020 y Colmundo Radio. España fue el creador del llamado Colectivo Salsburgo (sic), espacio nocturno en el que contaba las más curiosas historias del sonido afroantillano al lado de Pedro “Salsa” López y del actor Fernando Solórzano, que para efectos salseros se hacía llamar, a la usanza de Ray Barretto, el “Watusi”.

Justo por esos años, los viernes y sábados de 12 a.m. a 3:00 a.m., el entonces administrador de la radio, Fernando Rivera, realizaba en vivo un espacio llamado “Bolero a la medianoche”, en el que abordaba el género de acuerdo a sus temáticas recurrentes. “Mucha gente, en especial profesores y directivos de la universidad, llamaba a pedirme temas con la euforia de los tragos –re-



LA RADIO UNIVERSITARIA SIGUE SIENDO “EL MUNDO DE LOS CONTENIDOS, DE LA INFORMACIÓN Y DE LA MÚSICA. LA RADIO UNIVERSITARIA NOS DEJÓ TRANSITAR POR EL MICRÓFONO Y ENTREGARNOS A LOS CONTENIDOS SIN TENER QUE VENDER.

cuerda el hoy administrador de Javeriana Estéreo—. El rector Antanas Mockus era uno de mis oyentes fieles”.

En 1995, la franja nocturna que buscó ser competencia de “Caribe y Sol” y de “El Túnel del Ritmo” (programa iniciado por Moncho Viñas en la Radio-difusora Nacional tras su salida de Javeriana Estéreo) se llamó “De Rumba”, luego rebautizado “La Universidad de la Salsa”, bajo la coordinación de Fernando España. El programa nocturno fue apoyado también por Pedro Salsa, quien asumió las riendas tras la salida de España hacia 2001.

Pero el dream team de la UN Radio fue más allá, gracias a nombres como los del productor Manuel Durango, el DJ Ismael “Maelo” Carreño, el radio-difusor Lucho “Bilongo” Hernández, el investigador Fernando Taseche y el promotor cultural Gary Domínguez, dueño de la legendaria Taberna Latina de Cali, quien durante su breve paso de tres o cuatro años por Bogotá también hizo lo propio en el dial.

Ellos fueron los creadores de una franja sabatina llamada “Tren Latino”, en la que debatían toda la salsa, con algún énfasis en la timba cubana. Los mismos realizadores le daban paso a Domínguez en una suerte de miniprograma de alrededor de 10 minutos llamado “El Corazón del Patio”, dedicado a los presos de las cárceles bogotanas. “En esa época no había celulares y la gente le tenía que pedir permiso al carcelero para llamarnos por teléfono público –recuerda—. Las llamadas las complementábamos con historias y canciones de los salseros que pasaron temporadas en la cárcel, como Ismael Rivera o Marvin Santiago”.

En la actualidad, UN Radio dedica una franja bien importante para los sonidos afroantillanos los sábados, desde las 10:00 a.m. hasta las 5:00 p.m., con programas como “Con la Matancera” (producido por Guillermo Grosso Peralta y Carlos Melo Salazar), “Por las Venas del Caribe” (por Manuel Durango), “Caminando por las Sendas de la Música Afrocubana” (por Oliverio Caldas), “La Música de Maelo” (por Ismael Carreño) y “La Salsa Está Viva” (por Guido Granadillo).

V. Salsa para Laud

_____ En 2001 emitió por primera vez señal la emisora de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Laud Estéreo, en los 90.4 del FM. Fernando España fue uno de los pioneros del proyecto, siempre al tanto de las emisiones de prueba hasta el posterior y definitivo lanzamiento de una radio que desde sus inicios ha hecho una propuesta basada en la música en español, con énfasis en la canción de autor, el pop y la música colombiana contemporánea. Como jefe de programación, España fue el encargado de diseñar esos contenidos. Era lógico, tratándose de la música de su entraña, que la salsa tuviera cabida desde un principio. Así llegó hasta el dial de Laud “La Universidad de la Salsa”, un mismo nombre y un formato similar al que ya había creado en UN Radio.

La salida de Fernando España hacia finales de la década parecía presagiar el fin de la salsa en la más joven de las emisoras universitarias bogotanas. Sin embargo otro programador, por cierto yerno suyo, tomó las riendas de la misma franja horaria, reorientándola. Así nació “Ponte en Clave”, dirigido por Yeison Puentes. En palabras extraídas del blog de su compañero de dial Andrés Vallejo, “Yeison, con una muestra sorprendente de personalidad, cambió el nombre del espacio y se adueñó del mismo, como si lo estuviera esperando hace años”.

En 2009, un nuevo recambio de personal hace que ingrese a Laud Pedro “Salsa” López (n. 1968), antiguo coequipero de España en UN Radio. López, quien se inició como mensajero de Caracol Radio a sus 9 años y fue escalando hasta cofundar con Jaime Ortiz Alvear el clásico espacio “Salsa con estilo”, es el mentor de “Laud en su salsa”, que en la actualidad se emite los viernes desde las 8:00 p.m. y los sábados desde las 6:00 p.m., en ambos casos hasta la 1:00 a.m. “En el programa trabajo las líneas del son, la salsa y el latin jazz –explica–. ‘Laud en su salsa’ se ha caracterizado por las entrevistas con los protagonistas del género, y mi prioridad es apoyar la naciente salsa de la capital”.

VI. La universidad de la salsa

_____ La opinión de Rogelio Delgado, director encargado de la HJUT, es casi la misma entre quienes han trabajado la salsa desde la radio universitaria: “Estamos brindando programas de contenido en los que se explican las raíces de los géneros afroantillanos sin depender del mercado –explica–. Nos interesa un pepino el hit parade”.

“La radio universitaria movió la salsa en Bogotá en su sentido más topográfico –anota José Arteaga–. Los universitarios que vinieron a estudiar aquí



© ARCHIVO DE RAMÓN VIÑAS

LUIS RAMÓN VIÑAS, el popular “Moncho”.

sintieron la salsa cerca de ellos gracias a esas emisoras. Pero también esa radio creó una sensación de que la música (ya no solo la salsa) podía tener voces autorizadas en la universidad. Que no se necesitaba tener voz o contactos, ni grandes colecciones de discos ni ser un señor hecho y derecho para poder hablar de música. Demostró que había universitarios con talento y conocimiento. Así, se formaron estupendos equipos de trabajo”.

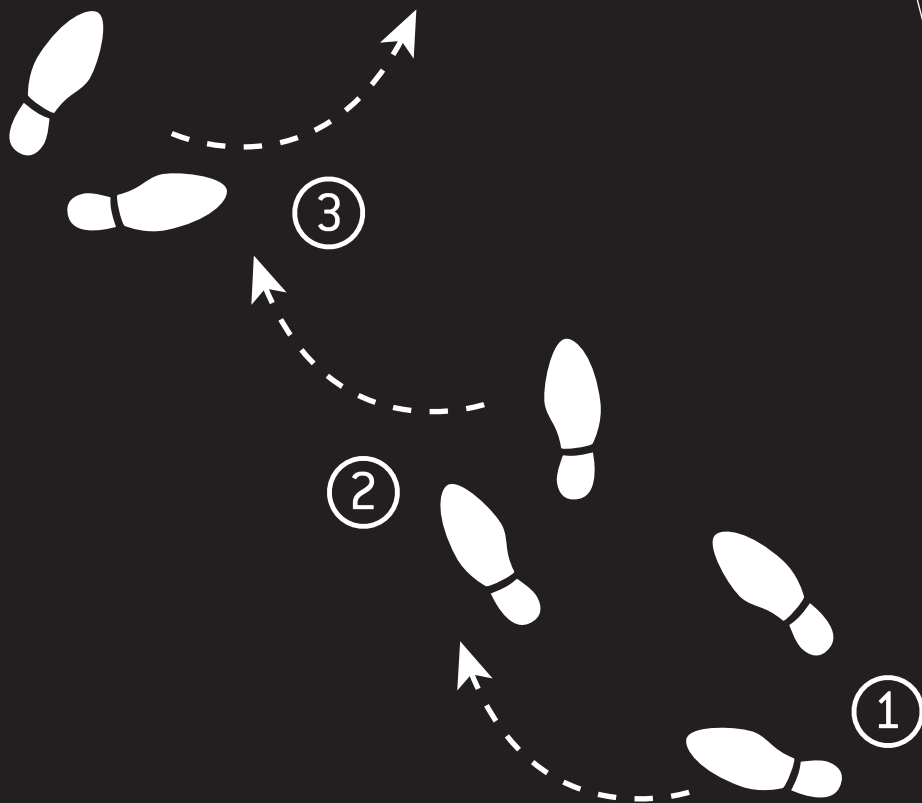
El salto de muchos de los programadores históricos de las radios universitarias a las privadas siempre ha sido visto como un pequeño triunfo de las primeras sobre las segundas. Esa suerte de reconocimiento hace que por un momento desaparezca la mutua mirada de soslayo. Si bien géneros considerados complejos, como el jazz, no han logrado una cabida en los intereses de los conglomerados, la radio universitaria se ha encargado de demostrarles a sus colegas que la salsa, como dice la arenga aquella, es cultura, sí. Pero una cultura que mueve audiencias sin para ello tener que poner en entredicho una esencia, un sabor.

La primera radio comercial bogotana en FM que tuvo una franja especializada en salsa, según recuerda Gary Domínguez, fue Bienvenida Estéreo, de la cadena Caracol, hacia 1995. Por varios meses, todos los lunes, desde las 10:00 p.m. hasta la 1:00 a.m., Domínguez realizó con el programador J. Fernando Quintero el espacio “Raza Latina”, que llevaba el mismo nombre del bar que tuvo un par de años en la carrera novena con calle 57 en Bogotá. “Movidos por las audiencias de la radio universitaria, se dieron cuenta de que en la salsa había una veta –explica–. Las radios musicales del FM de los noventa trabajaban lo que solían llamar en ese momento el crossover. Pero un día vieron una oportunidad aquí, y empezaron a competir por audiencias”.

Al margen de ese pequeño triunfo, la radio universitaria sigue siendo, en palabras de José Arteaga, “el mundo de los contenidos, de la información y de la música. La radio universitaria nos dejó transitar por el micrófono y entregarnos a los contenidos sin tener que vender”.



QUINTA PARTE





SALSA
AL
PARQUE



© CARLOS MARIO LEIVA / IDARTES

EN LA ATENAS SALSERA

Por Santiago Trujillo Escobar

DIRECTOR DE IDARTES

Mucho más que un conjunto de conciertos que comparten un género, Salsa al Parque es el espacio en que convergen la diversidad de ritmos y protagonistas de un apasionante fenómeno cultural. El decimosexto aniversario del festival sirve como pretexto para repasar las páginas de esta historia musical afrocaribe escrita en la capital.

LO QUE HOY EN DÍA LLAMAMOS “SALSA” se gestó en la ciudad de Nueva York a finales de los sesenta a partir del son cubano. Desde entonces, la palabra ha sido sinónimo de diversidad musical, de mezclas y de fusiones. Versátil desde la cuna, la salsa generó una corriente musical cuyo magnetismo permanece intacto hasta nuestros días. La gente la sigue escuchando y bailando no solo porque permite adaptar las tradiciones de cada país sin perder la esencia que la caracteriza, sino porque actúa como una especie de pararrayos contra los males de las urbes latinoamericanas. “El que canta su mal espanta”, dicen que le gustaba decir al grandísimo Héctor Lavoe.

A Colombia la salsa llegó a comienzos de los setenta, primero a las costas, casi enseguida a ciudades como Cali y por último a la capital, donde los radio-difusores la volvieron uno de los géneros favoritos del público. Ese fenómeno coincidió con el traslado de muchos músicos de las costas atlántica y pacífica —o en su defecto, de países como Cuba, Venezuela y Perú— a Bogotá, lo que permitió la creación de las primeras agrupaciones salseras que llenarían de calor las frías noches capitalinas.

Gracias a ello, Bogotá se transformó en la sala de gestación de varias agrupaciones que más tarde acabaron siendo legendarias, como el Grupo Ni-



SI BIEN LA SALSA NO HA SIDO TAN POPULAR EN BOGOTÁ COMO EN CALI O BARRANQUILLA, TAMBIÉN ES CIERTO QUE SU ARRAIGO DISTA DE SER MINORITARIO Y QUE SU PRESENCIA EN LA CAPITAL ES MUCHO MAYOR DE LO QUE UNO SE PODRÍA IMAGINAR.

che o Guayacán Orquesta, y en el hogar adoptivo de la primera banda de salsa integrada exclusivamente por mujeres, la recordada Cañabrava, fundada por dos caleñas y una bogotana en 1982 en una vieja casona del barrio Chapinero. Otras agrupaciones también se dieron a conocer en la década de los ochenta, como los Blistons de los Hermanos Rosales, la Orquesta María Canela de César Mora, El Son de Arista de Aristarco Perea, El Brujo y su Timba de Alfonso Córdoba o La Charanga de la Candela de Guillermo Pedraza, que surgieron justamente por ser Bogotá una ciudad permeable a las expresiones regionales e internacionales de diversas culturas. De allí que, en pleno auge y crecimiento económico pero presionada por un clima de violencia, la rumba ca se convirtiera en un espacio importante para el encuentro ciudadano y en una oportunidad de trabajo y expresión artística para músicos que habían venido de Pasto, Cali, Quibdó, Barranquilla o Cartagena a vivir en la capital.

Posteriormente, hicieron su aparición los grupos Arte Son de Cuba, Los Cuatro de Belén, Kongas Orquesta, La Charanga de Nueva York, La Real Charanga, La Mambo Big Band, Salsamonte, el Sexteto Latino Moderno, Yembe, Yoruba, La Conmoción, La 33 e incluso, siguiendo el ejemplo pionero de Cañabrava, otras agrupaciones femeninas como La Santísima Charanga y La que Manda.

La lista es por supuesto más extensa y aquí me resulta imposible mencionar a todos los grupos o a todos los músicos que han tenido importancia dentro del género; lo que me interesa recalcar es que, si bien la salsa no ha sido tan popular en Bogotá como en Cali o Barranquilla, también es cierto que su arraigo dista de ser minoritario y que su presencia en la capital es, como lo demuestra con creces este libro, mucho mayor de lo que uno se podría imaginar en un comienzo.



El primer Festival de Salsa fue organizado por el bajista Guillermo Pedraza, coordinador de música del Instituto Distrital de Cultura y Turismo en 1997, siguiendo el esquema del exitoso Rock Al Parque y como una consecuencia natural, por un lado, de la entusiasta acogida de la salsa entre los bogotanos y, por otro, de las peticiones de los mismos salseros que buscaban nuevos escenarios para su movimiento. A partir de esa fecha, y exceptuando el

año 1998, el Festival se ha celebrado de manera interrumpida, convirtiéndose en un punto de referencia obligado no solo para los músicos sino para todos aquellos que disfrutan con los aires del Caribe. Los rumberos capitalinos que se iniciaron en 1947 al son de las cumbias de Lucho Bermúdez y de allí pasaron a bailar mambo y chachachá con la Charanga Cubana o la Tropibomba; los sandungueros que azotaron baldosa en los setenta y ochenta con Washington y sus Latinos, Willie Salcedo o Camagüey Orquesta; los miles y miles de rolos que echaron un pie en los conciertos de la Sonora Matancera, la Fania All Stars, Willie Colón o los Van Van, esperan con ansiedad cada año la nueva versión de Salsa al Parque, pues saben que es un mirador privilegiado para ver a los mejores artistas internacionales y a las agrupaciones que mantienen vigente el género en la ciudad.

Los Festivales al Parque, hoy bajo responsabilidad del Instituto Distrital de las Artes (Idartes), han convertido a Bogotá en un referente mundial de la música y de los eventos masivos gratuitos, generando de paso una serie de fenómenos paralelos sobre los cuales me gustaría llamar la atención.

En primer lugar, es indiscutible que los Festivales al Parque han fortalecido el movimiento musical de la ciudad. Como es bien sabido, la participación de los grupos se define a través de convocatorias públicas, en las que un jurado experto escoge a los mejores artistas y un comité de programación se encarga de la curaduría de las bandas invitadas. Así las cosas, en los dieciséis versiones de Salsa al Parque el público de la ciudad ha tenido la oportunidad de apreciar desde agrupaciones míticas como La Sonora Ponceña, los Hermanos Lebrón o la Original de Manzanillo hasta formaciones juveniles que en el Festival pudieron foguearse por primera vez ante una audiencia multitudinaria. Las cifras son más que elocuentes: entre 1997 y 2013, el Festival ha presentado 35 orquestas internacionales, 30 invitados nacionales, 45 agrupaciones distritales y 128 ganadores de convocatorias, lo cual arroja un total de 238 orquestas y más o menos 2.000 músicos en tarima. Tal es el saldo musical de un evento que en toda su existencia ha congregado a más de medio millón de personas.

El hecho de contar con un escenario que convoca masivamente al público y permite a las agrupaciones nacionales compartir escenario con las orquestas internacionales no solo ha contribuido a darle más afinque a nuestros músicos sino que también ha permitido ver, como en un gran fresco, la variedad de estilos y formatos de la salsa. En estos 16 años hemos escuchado en las sedes de la Plaza de Bolívar, la Media Torta o el Parque Renacimiento, el son montuno de Aristarco Perea, las descargas de Richie Rey y Bobby Cruz, los mambos de la Big Band de Germán Villarreal, el bugalú de La 33, la salsa romántica de Rey Ruiz, el songo de los Van Van, la timba de La República o el chichoque de Integración Casanova –para solo mencionar



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES

unos cuantos de los muchos ritmos que se agrupan bajo el paraguas de la palabra “salsa”-.



Además de un mirador privilegiado para escuchar a orquestas de primer orden, Salsa al Parque también ha querido exaltar la extraordinaria inventiva de nuestros músicos populares. Fieles a la consigna del gran compositor Justí Barreto –“Lo que me vayan a dar que me lo den en vida”-, hemos aprovechado la cita anual para rendir homenaje a grandes maestros como Jairo Varela, Joe Arroyo, Julio Ernesto Estrada –“Fruko”-, Roberto Roena, Bobby Valentín o Richie Ray y Bobby Cruz. Todos ellos han dado inolvidables conciertos en el Festival, pero aquí solo recordaré (porque ya no nos acompañan) el de Jairo Varela con su grupo Niche en el año 2008, cuando creímos que la Plaza de Bolívar colapsaría por el abarrotamiento de público, y el de Joe Arroyo con la



DESDE SUS INICIOS ESTE FESTIVAL HA IMPULSADO LA PRESENTACIÓN DE NUMEROSAS COMPAÑÍAS DE DANZA, LAS CUALES HAN HECHO GALA DE UN EXTRAORDINARIO NIVEL TÉCNICO Y HAN PUESTO DE RELIEVE LA CAUTIVANTE BELLEZA DE LA SALSA.

Orquesta Filarmónica de Bogotá en el 2009, tan concurrido como el del autor de “Cali pachanguero” e igualmente celebrado por el público.

En el marco de Salsa al Parque de 2008 también se le dio el último adiós a Fanny Mikey, la gran gestora de las artes en Colombia, con un concierto en el que César Mora le dedicó su canción “Canela”, el tema favorito no solo de Fanny sino de otro personaje emblemático en el mundo salsero como fue el asesinado humorista Jaime Garzón.

En el 2011, el Festival sirvió como telón de fondo para celebrar el cierre de la final del Mundial Sub-20 de Fútbol en Bogotá, con una maratón de presentaciones artísticas de 24 horas que llevó una cifra récord de asistentes al Festival –¿?– y llenó calles y escenarios de música, danza y obras de teatro totalmente gratis para todos los ciudadanos en una jornada memorable organizada por el recién creado Instituto Distrital de las Artes (Idartes).

En el 2012, con motivo de sus 15 años, Salsa al Parque contó con la excepcional presencia de Eddie Palmieri y el Gran Combo de Puerto Rico, orquestas que compartieron tarima con Jimmy Saa, La Misma Gente, la Orquesta de la Policía y la Charanga New York. Y como un regalo especial para los salseros, se conformó la Big Band Salsa Bogotá, bajo la dirección del maestro peruano Enrique Purizaga, con músicos de la vieja y la nueva generación, entre los cuales cabe mencionar a Janio Coronado, Luis Moyano, Pablo Martínez, Mauricio Daltaire, Flavio Cuta, Jairo Rosales, Javier Ortega, Juan Carlos Montiel, José Peña, Freddy Torres, Edilberto Liévano, Eliana Zumaqué, Germán Ruiz y Jorge Cupertino.

Este año, la decimosexta versión del Festival llegó con más fuerza que nunca, pues pudimos presentar a tres íconos de la músicaailable como Rubén Blades, los Van Van de Cuba y NG la Banda, quienes alternaron con proyectos tan serios y potentes como los de Toño Barrio Latin Groove, El Calle Hueso, La Mamba Negra, Yurubá Orquesta, La Conmoción y Sabor Capital, entre otras.



Como la salsa va asociada inevitablemente al baile, desde sus inicios este Festival ha impulsado la presentación de numerosas compañías de danza, las cuales han hecho gala de un extraordinario nivel técnico y han puesto de



A MENUDO SE HA DICHO QUE LA MÚSICA ES PARTE DEL PATRIMONIO INMATERIAL DE LAS CIUDADES; SI ESO ES CIERTO EN GENERAL, CON MAYOR RAZÓN LO ES EN EL CASO ESPECÍFICO DE LA SALSA EN UNA GRAN METRÓPOLI LATINOAMERICANA.

relieve (a través de elaboradas coreografías) la cautivante belleza de la salsa como género escénico musical.

Maestros como El Negro Charly, Chucho Bonbonbum, Édgar Estrada, Gregorio Supelano o Wilson Marín; parejas destacadas como Ingrid Lozano y Fernando Mengura; los bicampeones suramericanos Catherine Estrada y Nicolás Carreño, y los campeones mundiales de los Congresos de Salsa de Miami y Perú, Arvey Gonzáles e Ivonne Vargas, son una muestra clara de que, como dice Antonio Morales en uno de los capítulos de este libro, “hasta los más contumaces rolos guabineros se defienden bastante bien en las pistas de baile”. Hemos aprendido lo suficiente de Cali y de Barranquilla como para darles la pelea.



En 1978, cuando se fundó el Goce Pagano, los primeros asistentes a ese emblemático bar se acostumbraron al grito de guerra de uno de sus fundadores: “¡Trucutú bacatá, lo que viene y lo que va! ¡Salsa y cultura hasta la sepultura!”. Desde entonces, para los salseros ha sido indispensable contar, además de la dimensión festiva, con espacios convencionales y no convencionales de reflexión y debate. Conscientes de ello, las distintas administraciones del Instituto Distrital de Cultura y Turismo y ahora de Idartes nos hemos preocupado porque, en paralelo con los conciertos de Salsa al Parque, haya talleres o charlas en que nuestros invitados compartan con los músicos locales su amplia experiencia. Ese mismo objetivo se ha extendido a los encuentros de discómanos y coleccionistas, un programa que venimos celebrando desde 1997 y que ha demostrado un asombroso nivel de erudición y generosidad entre sus participantes.

Me enorgullece añadir además que en los últimos años el Festival ha intentado salir de sus dos escenarios tradicionales e irradiarse por todo el circuito bogotano de bares. A través de las Galas Salseras, hemos procurado que un buen número de las orquestas invitadas den conciertos en los muchos locales nocturnos de la geografía capitalina y de ese modo el Festival tenga un eco más allá de sus propias fronteras. Otro tanto hemos hecho con los programas de radio y sus responsables, pues, al margen de las necesidades de promoción, la radio ha sido decisiva para aclimatar los ritmos caribes entre

los oídos bogotanos. Es una deuda de gratitud, y el Festival ha querido reconocerla y pagarla. Ni las Galas Salseras, ni los eventos especiales en la radio son programas establecidos del todo, pero estamos a punto de darle una consolidación definitiva. Pronto tendrán noticias al respecto.

Por último, entre los objetivos no solo de Salsa al Parque sino de todos los Festivales al Parque está dejar una memoria escrita de nuestras actividades. Ya se han publicado volúmenes relativos a Rock al Parque y a Jazz al Parque; el libro que el lector tiene ahora en las manos fue concebido en el 2012 como parte de las celebraciones para los 15 años de Salsa al Parque y es una coedición de la Secretaría de Cultura de Bogotá, el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, el Instituto Distrital de las Artes y la revista .

A menudo se ha dicho que la música es parte del patrimonio inmaterial de las ciudades; si eso es cierto en tanto postulado general, con mayor razón lo es en el caso específico de la salsa en una gran metrópoli latinoamericana como Bogotá. Además de la riqueza narrativa de los textos que lo componen y que brindará motivos de sorpresa a más de uno, este libro con seguridad les descubrirá a muchísimos lectores una ciudad que apenas sospechaban que existía. Esa que –también son palabras de Antonio Morales– dejó de ser la Atenas suramericana, según la célebre definición de Marcelino Menéndez Pelayo, para convertirse en una Atenas salsera, en un cruce de caminos, en una chichería atávica.



Festivales como Salsa al Parque se deben al apoyo del Estado, pero también al empuje y a la persistencia de sus responsables. Me gustaría cerrar estas notas reconociendo el papel protagónico que han tenido en el éxito del Festival, además del ya mencionado Guillermo Pedraza y de Bertha Quintero, nuestra actual subdirectora para las Artes que también es una reconocida conguera, los músicos que han dirigido la Gerencia de Música: hablo de Juan Luis Restrepo Viana, Leonardo Garzón Ortiz y Janeth Reyes Suárez, quienes han impulsado decididamente este espacio de circulación y apropiación de la música caribeña. Hago extensivo el mismo saludo a los profesionales que han hecho parte de esta gerencia y que en distintos momentos ayudaron con la curaduría, la programación académica o la producción de dieciséis versiones del Festival. A todos ellos mi más efusivo agradecimiento.





GUILLERMO PEDRAZA, fotografiado en Galería Café Libro (2012)

© MARGARITA MEJIA / IDPC

CONTANDO EL FESTIVAL A CUATRO MANOS

Por Guillermo Pedraza y Jeannette Riveros

Salsa al Parque se ha convertido en una realidad sin la cual los amantes del género difícilmente podrían imaginar a Bogotá. Hace dieciséis años, la cosa era muy distinta. Dos gestores que estuvieron al principio y en las ediciones más recientes narran a través de su experiencia la forma en la que surgió el festival y las transformaciones que ha sufrido a lo largo de los años.

I **S** E HA hablado bastante, aunque tal vez no lo suficiente, sobre la salsa en Bogotá durante los años ochenta. En ese entonces la capital se movía con cierta timidez entre visitas esporádicas de El Gran Combo, Celia Cruz con la Matancera, Oscar de León y otras orquestas inolvidables. Sin embargo, para descubrir nuevos sonidos y ver las caras de los nuevos intérpretes era necesario ir al Carnaval de Barranquilla o a la Feria de Cali; el movimiento en la capital era muy lento en comparación con los escenarios de esas ciudades tradicionalmente salseras. Grupos como la Orquesta Broadway, la Aragón, Roberto Torres y la Charanga 76, entraron a la capital desde esas ciudades y ya instalados en Bogotá surgieron como referentes que impulsaron a muchos seguidores y músicos locales; entre ellos yo mismo, que tuve la oportunidad de iniciar y dirigir por varios años una agrupación bogotana de salsa, la Charanga de la Candela, junto a compañeros de la Sinfónica Juvenil de aquellos días.

La idea de crear el primer Festival Salsa al Parque madura precisamente al sumar aquella afortunada experiencia personal como músico y director en los ámbitos de la salsa y el jazz, con una actividad institucional iniciada

en 1996, primero como coordinador en el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y luego como gerente responsable de la promoción de la música. La pasión y el conocimiento de los ritmos salseros y el compromiso con la interpretación y la composición de todos los géneros, estilos y tendencias que tenían asiento en la ciudad, eran las condiciones ideales para sumar un nuevo festival a los que habían surgido un par de años atrás; a saber, dos de Rock, uno de Jazz y uno de Hip Hop (“Rap a la Torta”).

El sueño de brindar salsa a un público masivo tomando los parques como espacios públicos predilectos para la fiesta que proponen estos ritmos festivos, me llevó a organizar una alternativa seria de fomento al género. Para ello requeríamos un proceso de selección de agrupaciones nuevas y jóvenes, que también pudiera aportar pautas a los festivales al parque ya iniciados; pero además de las caras nuevas, necesitábamos contar con la participación de orquestas profesionales de otras ciudades y países del Caribe. Impulsar la formación y la especialización de instrumentistas y cantantes en los diferentes estilos del género, e implícitamente propiciar la conformación y consolidación de orquestas, fue uno de los objetivos centrales del proyecto.

En esa primera edición del Festival era obligatorio para las orquestas incluir en su repertorio un tema inédito, una composición original de algún integrante o compositor cercano a la agrupación. La intención al imponer esta exigencia apuntaba a, además de reconocer el talento de instrumentistas, apoyar el trabajo de compositores, al igual que la interpretación instrumental y vocal propias de la salsa.

El proceso iniciaba con una etapa de preselección, a partir de las grabaciones enviadas por los inscritos; las orquestas preseleccionadas pasaban a las Jornadas Eliminatorias durante las cuales debían presentarse en vivo ante el jurado, grupo idóneo conformado por dos reconocidos músicos activos dentro del género y un prestigioso periodista y promotor. También las Jornadas Finales transcurrían en presentaciones públicas, previamente anunciadas para que todos los que quisieran pudieran asistir. De este modo la fase de selección no solo servía como filtro para escoger a los mejores, sino que servían como vitrina para hacer divulgación del festival y ponía a los participantes en contacto con los vecinos y allegados residentes en las diversas localidades de la ciudad en las cuales se efectuaban estos conciertos.

Llevar a la práctica una idea en el campo de la gestión cultural cobra mucho más sentido y alcanza un mayor impacto si se logra despertar la credibilidad y generar confianza entre los posibles interesados. Por ello debo reconocer el valor que me aportó la experiencia acumulada como integrante de una agrupación salsera al momento de enfocar los esfuerzos y recursos en la dirección correcta, para convocar a los músicos de manera acertada y gra-

cias a esa rica oferta musical y buena organización, atraer al público asistente a las distintas jornadas de concierto.

No podemos pasar por alto una de las más intensas expresiones de los ritmos salseros. Además de un encuentro entre música ricamente compuesta y ejecutada, la salsa implica de manera activa, directa y protagónica, el cuerpo, el baile. El hecho de pensar el festival como una amplia expresión cultural en espacios urbanos no solo podía incluir a los músicos y el público, era también necesaria la participación de la danza como manifestación social y artística esencial en el género. Por ello, aunque no se tuvo en cuenta en las primeras versiones, sí se proyectó para que a futuro se incluyera la intervención de agrupaciones de bailarines escogidos e invitados por la Gerencia de Danza. Así sería como se irían sumando, primero los bailarines y también los coleccionistas, discómanos y todo tipo de protagonistas del mundo salsero bogotano, que hicieron de este su festival.

Tal vez sea entonces propicio y oportuno proponer ahora que Salsa al Parque se vuelva uno de los pilares del carnaval que Bogotá necesita...

—G. P.



PARA 1997, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo contaba con el bajista e intérprete de salsa, Guillermo Pedraza, como coordinador de música. En ese momento, él abrió la puerta a un gran número de artistas salseros para unirse a una nueva plataforma de participación musical en la ciudad de Bogotá, que se conoció como el primer Festival Salsa al Parque.

Con el tiempo, una variedad de actividades dirigidas tanto a músicos como al público, los protagonistas de esta gran familia salsera, fueron consolidando los componentes del Festival. DJs, locutores de espacios especializados en las emisoras de radio, coleccionistas de discos, investigadores, compañías de baile y dueños de bares salseros de la ciudad comenzaron a organizar conciertos, actividades académicas y muestras de video, que cada año se volvieron parte fundamental de la temporada del festival y afianzaron la relación entre el sector salsero y el público.

Desde entonces y durante estos 15 años, la escena del festival se ha enriquecido con la participación de artistas extranjeros de primer nivel en la escena salsera, como la Sonora Ponceña de Puerto Rico, la Orquesta Broadway de Estados Unidos, Bailatino de Venezuela, Richie Ray y Bobby Cruz de Puerto Rico o los Van Van de Cuba, entre muchos otros que han dado a conocer al mundo la riqueza y versatilidad de este género musical, con sus diferentes



JEANETTE RIVEROS, fotografiada en Galería Café Libro (2012)

ritmos y formatos, así como las majestuosas creaciones, interpretaciones y descargas que la componen.

Al lado de esos grandes nombres internacionales, el festival Salsa al Parque también se ha convertido en un escenario único para los mejores representantes de la salsa colombiana; tanto grupos de larga trayectoria como algunos totalmente nuevos que encontraron en este espacio el lugar de nacimiento de prolíficas carreras. Ciudades colombianas históricamente salseras, como Cali, Medellín y Barranquilla, han sido representadas en este evento capitalino por agrupaciones como Guayacán, Galé y La Charanga Almendra, entre muchas otras. Salsa al Parque ha sido además el escenario en el que han debutado agrupaciones dirigidas por músicos colombianos radicados en otros países, tales como Rumbatá de Holanda, Se Formó de Alemania y La Sucursal de España, entre otros.

En este tiempo, y en diferentes versiones del mismo, el festival ha sido testigo de sentidos y profundos homenajes musicales a compositores, intérpretes, investigadores y programadores de radio del mundo de la salsa, tales

como el Grupo Niche y su director Jairo Varela, Joe Arroyo, Aristarco Perea, Fruko, Miguel Granados Arjona y César “Pagano” Villegas.

Mambo, pachanga, bugalú, guaguancó, timba, son, latin jazz y bolero, mezclados en ocasiones con sonidos típicos de nuestras dos costas, con el llamado chucuchucu local y con la música tropical han deleitado a distintos públicos, evidenciando la riqueza musical del festival y las posibles variaciones que puede tomar la salsa. Este ejercicio le ha dado a la salsa colombiana un sello característico, con variedad de colores, sonoridades y estilos, que le han brindado cada vez más reconocimiento en el ámbito local, nacional e internacional. Los grupos participantes en Salsa al Parque han podido aprovechar esta plataforma interpretando repertorios libres, no impuestos, y alternando con artistas nacionales e internacionales, para llegar ser escuchados por un público igualmente amplio y diverso.

En los primeros años del festival los repertorios de sus participantes estuvieron dedicados a la salsa clásica, con interpretaciones de grandes exponentes como Richie Ray, la Fania All Stars, Oscar de León, la Sonora Ponceña, El Gran Combo, El Grupo Niche y Los Van Van de Cuba, entre otros. En aquel entonces solo se exigía una pieza inédita en todo el repertorio de cada orquesta. Es desde la edición del año 2003 cuando, con ahínco, nuevas agrupaciones empiezan a destacarse por presentar composiciones o arreglos propios, plasmadas con gran esfuerzo en producciones independientes. Una pléyade de nombres se empieza a destacar en esta nueva escena salsera con orquestas bogotanas como La 33, La Real Charanga, La Conmoción Orquesta, Kongas Orquesta, La Mambo Big Band, el Sexteto Latino Moderno, Palo Pa'Rumba, Calambuco y Yoruba. La capital de la salsa, Cali, hizo presencia con Toño Barrio, mientras que Medellín dio a conocer a La República.

Estas nuevas expresiones salseras lograron cierto apoyo en la difusión de sus producciones. La salsa local comenzó a sonar tanto en emisoras comerciales como en la radio cultural, esta última siempre comprometida a abrir espacio a las nuevas propuestas, generando gran expectativa entre los oyentes y ayudando a consolidar un público interesado en el movimiento salsero bogotano.

Desde entonces, año tras año el festival ha ganado musicalmente, en cuanto a público e influencia en el medio salsero de la capital. Se ha convertido en el punto de encuentro anual de los amantes de un género tan diverso como la ciudad.



—J. R.

1997

PARQUE SIMÓN BOLÍVAR

4 y 5 de octubre

JURADOS

Eddie Martínez, Alexis Lozano y Miguel Granados Arjona

ARTISTAS LOCALES

Agrupación Musical Seseribó
Arista Son
Armando Escobar y los Cuatro del Son
Caribe Son Orquesta
Grupo Bambú
Grupo Borey
Iván Mallorquín y la Salsa Mayor
La Moderna
Latin Swing
Nando Sepúlveda y su Orquesta
Orquesta La Clásica
Orquesta María Canela
Orquesta Sabor
Ritmo Caliente

ARTISTAS INTERNACIONALES

NG la Banda (Cuba)
Orquesta Original de Manzanillo (Cuba)

ACTIVIDAD COMPLEMENTARIA

Encuentro de DJ en el Parque La Independencia



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES

M = LARG

1999

**PARQUE SIMÓN BOLÍVAR, PARQUE EL SALITRE,
TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA**
6 y 7, 20 y 21 de marzo

JURADOS

Rodolfo Argudín Justis, Gary Domínguez y Yury Buenaventura

ARTISTAS LOCALES

Adikí Orquesta
Brenda de Cuba
Caribe Son
Cindy y la Banda Aguanile
D.V.M. Jazz Timba
Expresividad Orquesta
Grupo Borey
Grupo Sandunga
Kongas Sensacional
María Canela Orquesta
Sandunga
Son y Son
Swing Yarey
Zambomba Orquesta

ARTISTAS NACIONALES

Fruko y sus Tesos (Homenaje)

ARTISTAS INTERNACIONALES

Klímax (Cuba)
Guaco (Venezuela)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ en el Parque Central Bavaria
Clase magistral de Guaco y Klímax
I Encuentro de Coleccionistas en el Parque Central Bavaria



2000

TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA
Y PLAZA DE BOLÍVAR

10 y 12, 25 y 26 de marzo

JURADOS

Carlos "Charly" Cardona, William Vinasco, Eliana Becerra y Wilson Viveros

ARTISTAS LOCALES

Adikí Orquesta
Afinque Orquesta
César Mora y la orquesta María Canela
Expresividad Orquesta
Grupo Arista Son
Grupo Borey
Madame Charanga
Orquesta Clásicos de la Salsa
Orquesta Cristiana Internacional
Orquesta La Protesta
Orquesta Latin Swing
Pit Ayala y Kongas
Rondón y su Son
Salpicando Orquesta

INVITADOS LOCALES

Orquesta de la Policía Nacional

ARTISTAS NACIONALES

Guayacán Orquesta (Cali)

ARTISTAS INTERNACIONALES

Asere (Cuba)
La Sonora Ponceña (Puerto Rico)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ en el Parque Central Bavaria
Clase magistral de La Sonora Ponceña
Presentación de varias compañías de baile
II Encuentro de Coleccionistas en el Parque Central Bavaria





2001

PLAZA DE BOLÍVAR

26 y 27 de mayo

JURADOS

Andrés Hernández, César "Pagano" Villegas y Willie Salcedo

ARTISTAS LOCALES

Banda Jiako
Caribbean Orquesta
Caribe Son
Charanga Caribe Internacional
Cindy y su Banda
Orquesta Cristiana Internacional
Orquesta La Protesta de Colombia
Rondón y su Son con Nereida Naranjo
Salpicando Orquesta
Yoruba Orquesta

INVITADOS LOCALES

Expresividad Orquesta
Grupo Borey
Afinque Orquesta
Pit Ayala y su orquesta la Roka
Kongas Orquesta

ARTISTAS NACIONALES

Grupo Galé (Medellín)
Orquesta Estrellas de Salsa al Parque dirigida por Andrés Hernández (Cuba)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Muestra de videos en el teatro Jorge Eliécer Gaitán
Encuentro de DJ en Parque de la Independencia
Clase magistral del Grupo Galé en el teatro Jorge Eliécer Gaitán





© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES

2002

**PARQUE EL TUNAL
Y TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA**
26 y 27 de octubre • 23 y 24 de noviembre

JURADOS

Ricardo Plá, Jaime Henao y Diego Valdés

ARTISTAS LOCALES

Adikí Orquesta
Bruno Díaz y su Vibra Ensemble
Caribe Son
Grupo Arista Son
Grupo Borey
Grupo Calle Mora
Grupo La Banda
Integración Orquesta
Orquesta Cristiana Internacional
Pit Ayala y su orquesta La Roka
Yoruba

INVITADO LOCAL

Cesar Mora y su orquesta María Canela

ARTISTA NACIONAL

Grupo Bahía (Cali)

ARTISTAS INTERNACIONALES

Orquesta de los Hermanos Lebrón (Puerto Rico)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

IV Encuentro de DJ en el Parque El Renacimiento
Concierto didáctico de Diego Valdés, Jaime Henao y Richie Plá
III Encuentro de Coleccionistas en el Parque El Renacimiento
Clase magistral de los Hermanos Lebrón
Muestra de videos en la Sala Oriol Rangel
Fusiones de música del Pacífico y salsa con la Orquesta Bahía
Escuela de baile de mambo y cha cha chá





2003

PARQUE VILLA LUZ

19 y 20 de julio

JURADOS

Gustavo Castellar Alviz, Ramón Benítez y Alberto Díaz

ARTISTAS LOCALES

Adikí Orquesta

Caribe Son

Grupo Borey

Pit Ayala y su orquesta La Roka

Trío Fantasía

INVITADOS LOCALES

Alquimia La Sonora del XXI

ARTISTAS INTERNACIONALES

Luis del Toro y los Tres de Cuba (Cuba)

Yury Buenaventura (Francia- Colombia)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

V Encuentro de DJ en el Parque Villa Luz

Escuela de baile de mambo y cha cha chá

IV Encuentro de Coleccionistas en el Parque Villa Luz

Muestra de videos (Homenaje a Celia Cruz)

Feria (muestra gastronómica, discos, videos, camisetas, etc.)

FESTIVAL





2004

TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA

13 y 14 de noviembre

JURADOS

Edilberto Liévano, Jorge Ramírez y Danilo Rosales

ARTISTAS LOCALES

Grupo Quisqueya

Imagen Latina

La Federal Orquesta

INVITADO LOCAL

Los 4 de Belén (Cuba)

INVITADO NACIONAL

Orquesta Internacional Los Niches (Cali)

INVITADO INTERNACIONAL

Rumbatá (Holanda)

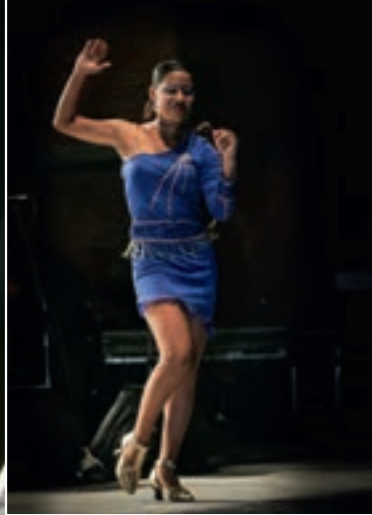
ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ en el Teatro al aire libre La Media Torta

Grupos de escuela de mambo y chachachá

V Encuentro de Coleccionistas Teatro al aire libre La Media Torta

Homenaje a Miguel Granados Arjona



2005

PARQUE EL RENACIMIENTO Y PLAZA DE BOLÍVAR

5 y 6 de agosto

JURADOS

Juan Diego Valencia, Juan Carlos González
y Nereida Naranjo

ARTISTAS LOCALES

Grupo La Banda
Jam Block Orquesta
La 33
Mambo Big band
Real Charanga
Yoruba Orquesta

INVITADO LOCAL

Cesar Mora y la Orquesta María Canela

INVITADOS INTERNACIONALES

Orquesta Broadway (Puerto Rico)
Richie Ray y Bobby Cruz (Puerto Rico) con la orquesta
Gale de Medellín

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ de las emisoras capitalinas
Panel "La salsa en estos tiempos" con la participación
de Mariano Candela, Rafael Quintero, Cesar Pagano y Eddy Zervigon
Presentación de la academia de baile Cali Swing
VI Encuentro de Coleccionistas
Septimazo



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES



2006

**PLAZA DE BOLÍVAR, PARQUE SIMÓN BOLÍVAR
Y PARQUE EL RENACIMIENTO**

11 y 13 de agosto y 9 de septiembre

JURADOS

Manuel Rodríguez, German Villarreal y Edgardo David Fábregas

ARTISTAS LOCALES

Conmoción Orquesta
D'salsa Orquesta
Grupo La Banda
Jam Block
La 33
Lalo Rodríguez y su Orquesta Kongas
Palo Pa'Rumba
Real Charanga
Sexteto Latino Moderno

INVITADO LOCAL

Mambo Big Band

INVITADOS NACIONALES

Charanga Almendra (Barranquilla)
Aristarco Perea "Arista" (Homenaje)

INVITADOS INTERNACIONALES

Henry Fiol (Estados Unidos)
Bailatino (Venezuela)
Orquesta Se Formó (Alemania)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ de las emisoras capitalinas
Taller de Mauricio Díaz
Taller de trombón
Charla con coleccionistas
Presentación de la escuela de baile Mambo Cha Cha Cha
VII Encuentro de Coleccionistas

GALAS SALSERAS

En el Teatro Libre de Bogotá:

Kongas
Palo pa' Rumba
Real Charanga
Sexteto Latino



En la Fundación Gilberto Alzate Avendaño

Charanga de la Candela

Conmoción Orquesta

Jam Block

La 33

La Banda

Lalo Rodríguez y su orquesta Kongas

Palo Pa'Rumba

Real Charanga

Rondón y su Son

Salsamonte

Sexteto Latino

PROGRAMACIONES EN BARES

Salomé Pagana, Barman y Robín, Del Puente para Allá, Boricua, Casa de Citas, Luna Bar, Casa Buenavista, Casa Quiebracanto







2007

PARQUE METROPOLITANO SIMÓN BOLÍVAR

Agosto 10 al 12

JURADOS

Edilberto Liévano, Héctor Enrique Purizaga, Harvey Danilo Rosales

ARTISTAS LOCALES

Adikí Orquesta
Bronx Orquesta
Caribe Son
Estudiantes De La Salsa Orquesta
Palo Pa'Rumba
Yoruba Orquesta

INVITADOS LOCALES

La 33
La Real Charanga
La Banda
Jam Block
Cesar Mora y la Orquesta María Canela
Hansel Camacho

INVITADOS NACIONALES

Banda La República (Medellín)
Grupo Galé (Medellín)
Guayacán Orquesta (Cali)
Alfredito Linares (Perú-Colombia)

INVITADO INTERNACIONAL

Orquesta Aragón (Cuba)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ de las emisoras capitalinas
Encuentros con Elmer González (Puerto Rico), Liliana Casanella (Cuba) y Alfredito Linares (Perú).
Presentación de compañías y parejas de baile de Bogotá: Nueva Generación, Afrolatina, Swing y Sabor y Salsa sin Límite.
Presentación de la Compañía Escuela Swing Latino de Cali.
VIII Encuentro de Coleccionistas
Homenaje a Miguel Granados Arjona
Muestra de videos en la Universidad Javeriana



2008

PLAZA DE BOLÍVAR

Agosto 16 y 17

JURADOS

Israel Tanenbaum, Hugo Candelario González y Gustavo Castellar Alvis

ARTISTAS LOCALES

Calambuco
Conjunto Típico Sabor a Caney
Enclave 80
Guarango
Palo Pa'rumba
Salsa Brava
Salsamonte Orquesta
Yerbabuena musical y sus trombones
Yorubá

INVITADO LOCAL

Orquesta de La Policía Nacional

INVITADOS NACIONALES

Toño Barrio (Cali)
Alma de Barrio (¿?)
Grupo Niche (Homenaje a Jairo Varela)

INVITADOS INTERNACIONALES

La Original de Manzanillo (Cuba)
La Descarga Criolla (Venezuela)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ de emisoras capitalinas
Muestra de videos salseros
Taller de ensamble para orquestas de salsa con Juan Diego Valencia
Taller de improvisación con músicos de La Descarga Criolla de Venezuela
Taller de Music Business
Presentación de la Academia Paso Latino
Presentación de la Compañía Artística Nueva Generación del Mambo y Cha Cha Cha.
IX Encuentro de Coleccionistas
Homenaje póstumo a Fanny Mikey
Presentación especial de la Orquesta Kongas

PROGRAMACIÓN EN BARES

Palo Pa' Rumba en Quiebracanto
Jam Block en Salomé Pagana
Yoruba, Conmoción y Máxima Charanga en Casa Buenavista
Toño Barrio en Galería Café Libro

FIESTA DE INTEGRACIÓN

Yoruba Orquesta en el Downtown Majestic



2009

PARQUE NACIONAL Y PARQUE SIMÓN BOLÍVAR

Agosto 16, 21 y 23

JURADOS

Romilio Rondón, Cupertino Bermúdez y Wilson Viveros

ARTISTAS LOCALES

Calambuco
Caribe Son
El Club
Gran Dimensión Orquesta
Guarango Salsa
La Real Charanga
Orquesta Capital
Wa&Co

INVITADOS LOCALES

Yoruba
La 33
Mambo Big Band
Orquesta Filarmónica de Bogotá

INVITADOS NACIONALES

Orquesta Femenina D' Caché (Cali)
Homenaje a Joe Arroyo (Barranquilla)
Homenaje a César Pagano

INVITADOS INTERNACIONALES

La Sucursal (Barcelona)
Cesar Monges y su Pandilla (Venezuela)
Vocal Sampling (Cuba)

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de DJ de las emisoras capitalinas
Taller de percusión latina con Joaquín Arteaga
Talleres y actividades básicas de percusión corporal con Marcelo Rosero Morales
Taller de bajo con Santiago Acevedo
Conferencia de César Monges
Taller de arreglos para ensambles de salsa con Juan Pablo Barrios
Presentación de los grupos de baile Academia de Baile Salsabogo, Afro Latina Salsa Show, Compañía Afrocaribeña, Compañía Artística Salsa Na'ma, Compañía Esfera Latina, Las Estrellas del Swing y Sabor y Academia Paso Latino.
X Encuentro de Coleccionistas

FIESTA DE INTEGRACIÓN

Orquesta La Sucursal [Colombia-España] en Pachanga y Pochola



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES



© CARLOS MARIO LEMA / IDARTES

2010

PLAZA DE BOLÍVAR Y TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA

Agosto 21 y 22

JURADOS

Danilo Rosales, Omar Barrera y Jeannette Riveros

ARTISTAS LOCALES

Barakutanga
Caribe Son
La Cósmica Charanga
La Q' Manda Orquesta
Latin Ba'
Managua
N.N Salsa
Los Sónicos

INVITADOS LOCALES

La Conmoción Orquesta
César Mora y su Orquesta María Canela
Sexteto Latino Moderno

INVITADOS NACIONALES

Fruko y sus Tesos (Homenaje)
Son De Cali (Cali)
Siguarajazz (Medellín)

INVITADO INTERNACIONAL

Spanish Harlem Orchestra

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Foro "Bogotá en su salsa" con la participación de César Pagano, Jaime Rodríguez, Jeannette Riveros, Fernando España e Israel Tanenbaum.
Charla de Alexander Alonso "El Majá" y el Ensamble Armónico
Taller de percusión con Luis Pacheco, 25 y 26 de agosto
Estudio K 30
Afrolatina Salsa Show
Esfera Latina
XI Encuentro de Coleccionistas
Rueda de negocios



© CARLOS MARIO LEMA / DARTES

2011

**PLAZA DE BOLÍVAR
Y TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA**
Agosto 19 y 21

JURADOS

Gustavo Adolfo Castellar, Juan Carlos Valencia y Jorge Cupertino Bermúdez

ARTISTAS LOCALES

Deja Vú
Enclave 80
Enclave latino
Guarango Salsa
La Santísima Charanga
Pa'lo Alto Orquesta
Yoruba DC Orquesta

INVITADOS LOCALES

Calambuco
Hermanos Purizaga
La 33

INVITADOS NACIONALES

Maite Hontelé (Medellín)
Homenaje a Joe Arroyo

INVITADOS INTERNACIONALES

Roberto Roena y su Apolo Sound
Richie Ray y Bobby Cruz
Bobby Valentín
Rey Ruiz

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Encuentro de cantantes y soneros con Bobby Cruz y Pedro Brull
Encuentro de percusionistas con Edwin Clemente, William Thompson y Richard Carrasco
Presentación de la Compañía de Danza Salsa Capital
XII Encuentro de Coleccionistas
Presentaciones en el programa Avenida Ciudad Salsa:
Casa Quiebracanto - DejaVú
Boogaloo - Santísima Charanga
Goce Pagano - Yoruba
Pachanga y Pochola - Enclave Latino
Revolution Bar - Guarango



2012

**PLAZA DE BOLÍVAR
Y TEATRO AL AIRE LIBRE LA MEDIA TORTA**

Agosto 17 al 19

JURADOS

Clara Patricia Lloreda, Harvey Danilo Rosales y Manuel Antonio Rodríguez Arroyo.

ARTISTAS LOCALES

La Q' Manda Orquesta
La Real Charanga
Orquesta Internacional de la Policía de los Colombianos
Orquesta La Expresividad
Orquesta La U
Rebambaramba
Tahona
Urbana Salsa Capital
Wa&Co

INVITADOS LOCALES

Orquesta Salsa Bogotá 15 años
Son Callejero
La Charanga New York

INVITADOS NACIONALES

Jimmy Saa (Cali)
La Misma Gente Orquesta (Cali)
Homenaje a Jairo Varela

INVITADOS INTERNACIONALES

Gran Combo de Puerto Rico
Eddie Palmieri y la Perfecta II





ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Programación de DJ en el Teatro Jorge Eliecer Gaitán
Colectivo Repicando
Salsa a la carrera
Taller de percusión con Richard Bastar
Taller de trombón con Moisés Noguerras
Taller de piano con Alfredo Linares, Israel Tanenbaum y Juan Diego Valencia
Presentación de la Compañía de Baile Ensamble Latino
Presentación de la Compañía de Danza Salsa Capital y las parejas ganadoras del II Congreso Mundial de Salsa
XIII Encuentro de Coleccionistas
Homenaje a Miguel Granados Arjona
Presentaciones en el programa Avenida Ciudad Salsa
Dj Marlong Son y Sabor - La Diez Bar
La Conmoción Orquesta - Cuban Jazz Café
Cocoblue Orquesta - El Goce Pagano - La Diez Bar
Zontabogo - Amaretto Café
Los mejores bailarines de salsa - Mangos
El Titicó Grill - Dj Tutti Mejía
Academia de Baile Esfera Latina
Academia de Baile Ensamble Latino

FIESTA OFICIAL

Manteca Jazz Quinteto, quinteto oficial de Cuban Jazz Café





2013

**PLAZA DE BOLÍVAR, TEATRO AL AIRE LIBRE LA
MEDIA TORTA Y CENTRO COMERCIAL TUNAL**

Agosto 16 al 18

JURADOS

Hansel Camacho, Yoel Aníbal Márquez y Jaime Arturo Rodríguez.

ARTISTAS LOCALES

Alta Gama Orquesta
Barambada Orquesta
La DC Charanga
Bendito Parche
Orquesta Sabor Capital
Toño Barrio Latin Groove
Yembe Orquesta
Yoruba DC

INVITADOS LOCALES

La Conmoción Orquesta

INVITADOS NACIONALES

Integración Casanova (Cali)
La Mambanegra (Cali)
La República (Medellín)
Orquesta Femenina D'Caché

INVITADOS INTERNACIONALES

Rubén Blades
Los Van Van de Cuba
José Luis Cortés y NG la Banda

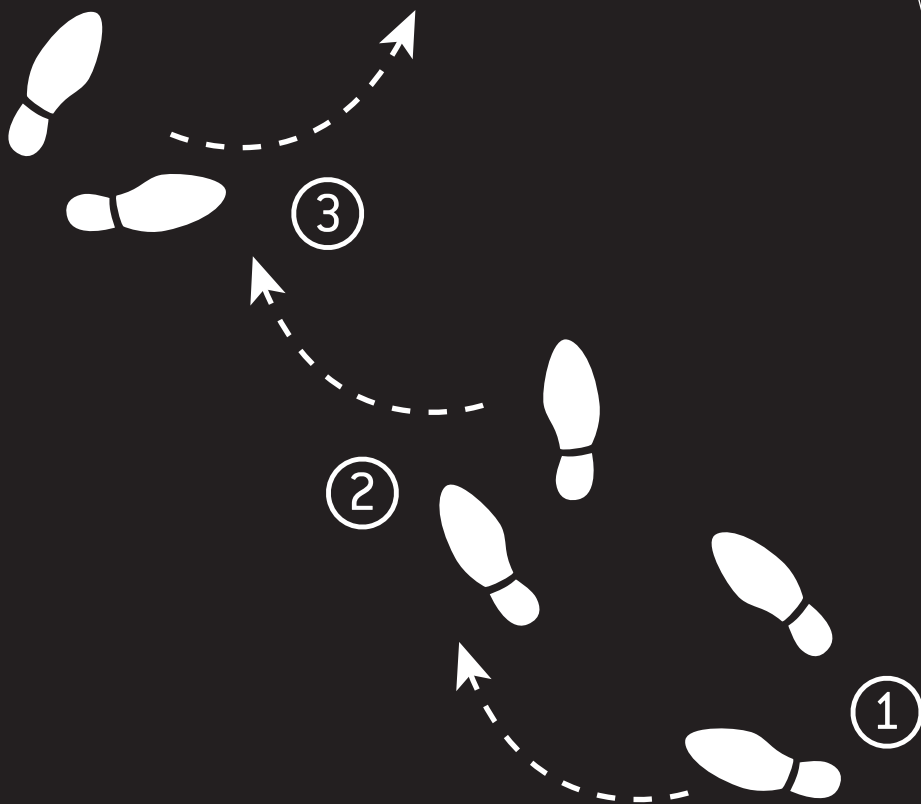
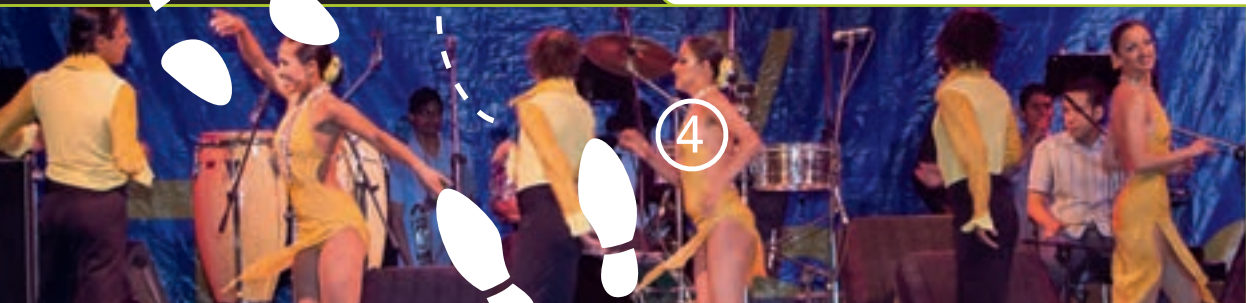
ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

XIV Encuentro de Coleccionistas en la Plaza de Bolívar
Clínica de percusión con Richard Bastar
Clínica de percusión vocal latina con Freddy Lafont
Clínica de interpretación e improvisación con Maite Hontelé
Concierto dialogado con La Mambanegra
Clínica de trombón con Hugo Morejón y Álvaro Collado
Presentación de las compañías de baile de la Universidad Nacional,
Salsa Latina, Magia Latina, Paso Latino, Salsa sin Límite, Ritmo
Vivo, Africaribeña, Salsabogo y Salsa Capital
Homenaje a Jesús María Olarte, Senén Mosquera y Pedro Puente





SEXTA PARTE





***BONUS
TRACK***



RUBÉN BLADES durante la primera presentación de la Fania All Stars en Bogotá, en 1980. Horas antes del concierto nocturno, hicieron este show en la Cárcel Modelo.

FANIA ALLSTARS: LIBRETO PARA UN DESASTRE

Por José Arteaga

En agosto de 1980, y después de varios intentos fallidos, la Fania All Stars vistió por primera vez Colombia. Para la gira se programaron conciertos en Bogotá, Cali y Barranquilla. Aunque en estas dos últimas ciudades hubo algunos incidentes menores, los conciertos se desarrollaron con extraordinario éxito. En Bogotá, en cambio, la presentación desembocó en una asonada pública. ¿Qué pasó aquel viernes 8 de agosto?

(Suena de fondo: Fania All Stars, “What a Big Thing”)

Locutor 1: En 1980 la Fania All Stars era una de las agrupaciones musicales más famosas de la tierra. Aunque grababa poco, sus presentaciones eran cada vez más cotizadas y buena parte de tal demanda estaba en la labor de Jerry y Alex Masucci, del manager Ralph Mercado y de las relaciones que tenían estos con agentes en todo el mundo. El 21 de julio de ese año, la Fania inició una gira internacional prevista para las ciudades de Nueva York, Chicago, Panamá, Barranquilla, Bogotá, Cali, Caracas y Guayaquil. Lo que sucedió fue increíble: cancelaciones, escándalos, censuras, vandalismos y líos de derechos que aún subsisten, en medio de la apoteosis musical. Y esta es la historia de esa gira. Bienvenidos.

(Suena de fondo: “Intro San Juan”)

Locutor 2: Uno de los recursos que usaba Fania para las presentaciones de la All Stars en 1980 era asociarse con empresarios locales. De modo que al salir de Estados Unidos se estableció la presentación en Ciudad de Panamá

con los managers del Gimnasio El Nuevo Panamá en el corregimiento de Juan Díaz. El famoso escenario, que ahora se llama Roberto Durán, había sido inaugurado en 1970 para los Juegos Centroamericanos y del Caribe, pero diez años más tarde albergaba de todo, desde shows de los Trotamundos de Harlem hasta lucha libre, aunque sobre todo lo que había era boxeo. La Fania All Stars, eso sí, se presentó con todo, 23 músicos, diez canciones y más de dos horas de un concierto inolvidable.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “La palabra adiós”)

Locutor 3: La Fania All Stars estaría en tres ciudades colombianas durante seis días en ese ya lejano agosto del 80. La organización en Colombia corrió a cargo de los agentes Larry Landa y Asdrubal Jimcol, y estos a su vez se asociaron con la empresa Ravis de Capi Visbal para el concierto en Barranquilla, y con Interarte de Francisco Marafioti para los conciertos en Bogotá. El de Cali quedó en manos del propio Landa. Así, el miércoles 6 de agosto se programó el show en el estadio Romelio Martínez de Barranquilla, sede del Atlético Junior, flamante campeón del Torneo Apertura. Estaban previstas para asistir 20.000 personas, invitaciones aparte, pero se dio permiso para vender licor dentro del escenario.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “Menéame la cuna”)

Locutor 4: Estamos en la noche del miércoles 6 de agosto de 1980 en Barranquilla. Las dos orquestas teloneras de la Fania serían el Conjunto Rumbavana de Cuba, del que se conocía muy poco salvo en los ambientes universitarios; y el Conjunto Clásico, que tenía dos hits radiales pegadísimos: “Los Rodríguez” y “Sin rumbo alguno”. Pero resulta que el día anterior, en la Universidad del Atlántico, se dio a conocer que Celia Cruz, estrella de la Fania, se negaba a cantar si Rumbavana actuaba. “Yo no subo a la tarima, pues jamás actuaré ante un artista amigo del gobierno de Fidel Castro”, dijo a los medios de forma tajante. Y no hubo nada que hacer, Capi Visbal reemplazó al conjunto de Joseito González con la Orquesta de Pacho Galán.

(Suena de fondo: Conjunto Clásico – Los Rodríguez)

Locutor 5: Pues bien, la Fania All Stars sacó a relucir lo mejor de su repertorio aquella noche del 6 de agosto de 1980 en Barranquilla. La introducción de “Descarga Fania” tuvo un solo de bajo extraordinario por parte de Salvador Cuevas, quien tocó las estrofas del himno nacional de Colombia. Rubén Blades, cómo no, levanto al auditorio con “Pedro Navaja”, y Celia Cruz hizo

PEPSI PEPSI PEPSI PEPSI PEPSI

PEPSI *Vamos junto a Pepsi... ya!* **PEPSI**

INTEARTE LTDA.

PRESENTA

FANIA
ALL STARS
EN VIVO

VIERNES
8 de agosto
7 p.m.

JOHNY PACHECO	SAL CUEVAS - SANTOS COLON	YOMO TORO
RUBEN BLADES	PETE "EL CONDE" RODRIGUEZ	NICKY MARRERO
CHEO FELICIANO	ISMAEL QUINTANA	EDDIE MONTALVO
ISMAEL MIRANDA	ADALBERTO SANTIAGO	ANGEL VEGA
PAPO LUCCA	PUPI LEGARRETA	LUIGI TEXIDOR
CELIA CRUZ Y HECTOR LAVOE como artistas invitados		

además EL CONJUNTO CLASICO LOS RODRIGUEZ
Por Colomba: **WILLY SALCEDO** y su orquesta

BOGOTÁ: Estadio Romelio Martínez al Campo T.P.M.
Salomé Carrera 7a. No. 22-44 of. 301 y tequilas del estadio

BARRANQUILLA: Estadio Romelio Martínez Aguilón 3 P.M.	CALL: Colinas El Pueblo Aguilón 3 P.M.
--	---

Señal garantizada directamente de New York
una producción de **LARRY LANDA/ASDRUBAL JIMCOL**

PEPSI PEPSI PEPSI PEPSI PEPSI

AVISO DE prensa que anuncia el primer concierto de la Fania en la capital. Esta pieza circuló en varios medios locales y muchos melómanos afebrados conservan el recorte como recuerdo de esa fecha histórica para la salsa en Bogotá.

lo propio con unos fraseos magníficos en “Bemba Colorá”. Pero fíjense ustedes que el show se lo robó Cheo Feliciano. Resulta que Cheo había pasado una larga temporada en Barranquilla años atrás y la gente lo recordaba con cariño. Por eso le dedicó su sentida canción “Los entierros”. Pero cometió un error: la dedicatoria fue para dos barrios, Rebolo y América, y las pandillas de estos sectores no se podían ver ni en pintura. Primero las rechiflas, luego la guerra de latas de cerveza (envases que eran, por cierto, toda una novedad) y finalmente la intervención de la policía. Eso sí, la cosa no pasó a mayores.

(Suena de fondo: Cheo Feliciano, “Los entierros”)

Locutor 6: Luego de una breve fiesta privada en el Hotel Golf y la invitación por parte de un marimbero para que tocan un mes más tarde en

la fiesta de 15 años de su hija, los integrantes de la Fania All Stars viajaron a Bogotá al mediodía del jueves 7 de agosto de 1980. El primer acto programado fue un show privado en el Salón Rojo del Hotel Tequendama para el programa de televisión Espectaculares JES, que dirigía y presentaba Julio E. Sánchez Vanegas. Otra vez la nota la dio Celia Cruz, quien se excusó de todas las presentaciones en Bogotá por prescripción médica. Celia tenía miedo a la altura, porque hacía dos años que se había muerto su amigo Miguelito Valdés en ese mismo Hotel Tequendama, de un infarto mientras cantaba.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “Piano man”)

Locutor 7: El viernes 8 de agosto, a las 2 de la tarde la Fania All Stars tocó en la Cárcel Modelo de Bogotá en un show gratuito para mil reclusos. El concierto fue más bien una descarga emotiva y llena de improvisaciones. Luego, a descansar al hotel y a salir para el estadio Nemesio Camacho El Campín, donde sería el gran concierto a partir de las 7 y media de la noche. Acababa de comenzar el Torneo Finalización y la empresa Interarte esperaba que el césped no sufriera mucho para la jornada del domingo. Todo el día estuvieron llegando autobuses de fanáticos a la ciudad y los alrededores de El Campín se abarrotaron. Nadie sospechaba lo que sucedería.

(Suena de fondo: Fania Alls Stars, “Ublabadú”)

Locutor 8: Los teloneros de la Fania en Bogotá eran la orquesta del percusionista Willie Salcedo y otra vez el Conjunto Clásico. Hubo problemas de sonido desde el comienzo, primero por una incompatibilidad de conexiones y luego por un recargo en los circuitos. Alguien arrojó una colilla de cigarrillo sobre los cables de la mesa de sonido, provocó una chispa y ¡zas!, explotaron cuatro cables de 220 voltios cada uno. Hubo tensión en el ambiente y alguna bronca, pero no pasó a mayores. Cambiaron los cables y salió a la tarima Willie Salcedo, luego apareció el Conjunto Clásico. Finalmente la Fania con su introducción típica, pero justo cuando Papo Lucca estaba en medio de su solo de piano, ¡pum!, otra vez el corto circuito y el estadio se quedó sin amplificación. La Fania siguió tocando hasta que ya no tenía sentido tanto esfuerzo.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “Cuando despiertes”)

Locutor 9: A la 1:45 de la mañana, a nueve grados de temperatura en Bogotá y tras cuatro horas de espera, 20.000 personas arremetieron contra las cabinas de radio y televisión del estadio El Campín y contra todo lo que encontraron a su paso. Siguió la lluvia de botellas y trozos de puertas y chapas

de metal. A bolillo respondió la policía, luego la policía montada, finalmente llegaron los gases lacrimógenos. 20 heridos, 52 detenidos, 50 viviendas asaltadas, lluvia de piedras sobre los ventanales, vandalismos en toda la zona de Chapinero y Sears, pérdidas por más de dos millones. Un chico fue alcanzado por unos disparos, pero ningún herido de bala fue reportado en los hospitales. Su cuerpo desapareció. A las tres de la mañana se restableció la calma.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “La borinqueña”)

Locutor 10: Tras el escándalo de Bogotá, la Fania All Stars se presentó el sábado 9 de agosto a las 8 de la noche en el Coliseo El Pueblo de Cali, que ya empezaba a ser llamada La Capital de la Salsa. Cuenta Umberto Valverde: “La presentación en el Coliseo del Pueblo fue inolvidable e histórica, pero son muchas las intimididades que aún hoy no se conocen. A Lavoe, por ejemplo, lo tuvieron que meter con la cabeza hacia abajo en una heladera para que pudiera cantar. El remate se llevó a cabo en el Hotel Petecuy, con el Conjunto Clásico y se armó una descarga con los músicos de la Fania”. El domingo debían volver a Bogotá para tocar en la plaza de toros La Santamaría a las 7 y media, pero el secretario de gobierno del Distrito de Bogotá, Camilo Llinás, ordenó suspender el concierto por lo que había sucedido el viernes.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “Dime”)

Locutor 11: Toda esta historia de la gira de 1980-1981, tuvo como protagonistas a los músicos: Johnny Pacheco como director, Papo Lucca en el piano, Salvador Cuevas en el bajo, Nicky Marrero en los timbales, Eddie Montalvo en las congas, Roberto Roena en los bongoes, Yomo Toro en el cuatro, Pupi Legarretta en el violín, Héctor Zarzuela, Juancito Torres y Puchi Bolough en las trompetas; Ed Burns, Reynaldo Jorge y Leopoldo Pineda en los trombones. Para la gira por Europa, Lewis Kahn relevó a Ed Burns. Los cantantes fueron: Celia Cruz, Santos Colón, Cheo Feliciano, Pete *El Conde* Rodríguez, Adalberto Santiago, Ismael Quintana, Héctor Lavoe, Rubén Blades y Luigi Texidor. ¡Ah!, y una curiosidad. En los carteles de los conciertos aparecía también Ángel Vega, que en realidad era el mismo Santos Colón.

(Suena de fondo: Fania All Stars, “Ponte duro”)

Despedida



EL GRAN COMBO

RESEÑA DE AUTORES

JUAN MIGUEL ÁLVAREZ

Bogotá, 1977. Se graduó como comunicador social en la Universidad Javeriana y desde entonces ha trabajado como periodista independiente en temas de cultura y derechos humanos. Comenzó su carrera en la revista *El Malpensante*, medio del cual se ha convertido en uno de sus principales cronistas. Es colaborador del diario *El Espectador* y de la revista *Esquire*. En 2009 obtuvo una mención especial en los premios de periodismo Simón Bolívar. Su libro más reciente se titula *Balas por encargo* (2013).

JOSÉ ARTEAGA

Es un escritor y periodista pastuso nacido en 1963. Sus artículos, reportajes y columnas han aparecido en Colombia y España en publicaciones como *El Espectador*, *Cambio 16*, *Don Balón* y *Playboy*, entre otras. Mientras vivió en Bogotá colaboró activamente con la Emisora Javeriana y la HJUT; actualmente lo hace en Radio Gladys Palmera de Barcelona, donde su programa

“La Hora Faniática” es un punto de referencia para todos los salseros. Ha publicado, entre otros libros, *La salsa* (1990), *Música del Caribe* (1993) y *Oye como va: el mundo del jazz latino* (2003).

RAFAEL BAENA

Barranquilla, 1955. Reportero y fotógrafo de profesión, Rafael Baena se dedicó durante poco más de tres décadas al periodismo, cubriendo desde conciertos musicales hasta reinados de belleza, deportes y enmarañadas situaciones de conflicto en Colombia y en el extranjero. Fue carga ladrillos y/o editor en *Diario del Caribe*, *Cromos*, *Noticias Uno*, *Noticiero de las Siete*, *Cambio16* y *El Espectador*, entre otros medios. Ahora solo escribe novelas y ha publicado *Tanta sangre vista* (2007), *¡Vuelvan caras, carajo!* (2009), *Samaria Films XXX* (2010) y *La bala vendida* (2011).

CAROL ANN FIGUEROA

Nació en Bogotá en 1978. Estudió Comunicación Social y Periodismo en la

Universidad de la Sabana de Bogotá y escritura de guiones en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños en Cuba. A su regreso al país se convirtió en guionista y coproductora de la película *16 memorias* y obtuvo en 2008 el premio nacional de periodismo Simón Bolívar por su crónica “Una cretina llamada Elisa”. Actualmente es columnista de la revista *Arcadia*, así como colaboradora de las revistas *Kinetoscopio* y *Semana*.

JOHN GALÁN CASANOVA

Poeta y ensayista, nació en Bogotá en 1970. Después de estudiar literatura en la Universidad Nacional de Colombia, se desempeñó durante varios años como coordinador de talleres literarios en las comunas de Medellín. Ha publicado cinco libros de poemas: *Almacén Acosta* (1993), *El corazón portátil* (1999), *Ay-ya* (2001), *Árbol talado* (2009) y *LI poemas para Li* (2013), una biografía: *Luis Tejada, vida breve, crítica crónica* (2005) y una antología de la obra periodística de Alberto Salcedo Ramos.

JUAN CARLOS GARAY

Lima, 1974. Estudió periodismo en la Universidad Javeriana de Bogotá, después cursó estudios de posgrado en periodismo cultural en Washington DC. Durante ese tiempo fue traductor y realizador de espacios musicales para la Voz de América. Entre 2004 y 2009 fue miembro del consejo editorial de la revista *RollingStone*. Actualmente se encarga de la sección de

música de la revista *Semana*. En 2008 ganó el premio de periodismo Simón Bolívar por sus escritos sobre música. Es autor de dos novelas: *La nostalgia del melómano* (2005) y *La canción de la luna* (2011), así como coautor –junto con otros tres investigadores– del libro *Jazz en Bogotá* (2010).

MARCELA GARZÓN JOYA

Nació en Bogotá en 1988. Se graduó como periodista en la Universidad Javeriana con una tesis sobre las grandes figuras de la movida salsa en la capital de la república. Posteriormente, entre 2008 y 2009, trabajó como asistente en la revista *El Malpensante* y actualmente cursa una maestría en escritura creativa en la Universidad de Nueva York.

LIBIA ESTELA GÓMEZ

Oriunda de El Socorro (Santander), donde nació en 1969, Libia Stella Gómez tiene un grado en cine y televisión y un magister en teoría e historia del arte de la Universidad Nacional. Fue la guionista y directora del largometraje *La historia del baúl rosado*, película estrenada en el 2005, y del documental *Arista Son*, lanzado en 2011, sobre el legendario cantante chocoano Aristarco Perea. En la actualidad trabaja en la preproducción de las películas *Matías El Titiritero* y *La tragedia de Belinda Elsner* (basada en la novela homónima del escritor colombiano Germán Espinosa).

NELSON ANTONIO GÓMEZ

Nació en Bogotá, en 1963. Se formó

inicialmente como sociólogo en la Universidad Nacional, para cursar más tarde una maestría en investigación social en la Universidad Distrital. Entre sus publicaciones se destacan los artículos “Andrés Caicedo en clave” y “Estilos de vida bogotanos”, además del libro *Salsa y cultura popular en Bogotá*, publicado al alimón con Jefferson Jaramillo. Actualmente es profesor en el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana.

JEFFERSON JARAMILLO

Este sociólogo y magíster en filosofía de la Universidad del Valle nació en Palmira en 1974. Más tarde obtuvo un doctorado en investigación en ciencias sociales de la Flacso en México. En la actualidad se despeña como director del Departamento de Sociología de la Pontificia Universidad Javeriana. Este año publicó en compañía de Nelson Antonio Gómez el libro *Salsa y cultura popular en Bogotá*.

MARIO JURSIK DURÁN

Nació en Valledupar en 1964. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana y desde entonces ha tenido una larga carrera como editor en diferentes sellos y publicaciones periódicas. En 1996 fundó con Andrés Hoyos la revista *El Malpensante*, de la cual es actualmente director.

JAIME ANDRÉS MONSALVE

Manizales, 1974. Se graduó en comunicación social de la Universidad Javeriana. Fue editor cultural de la revista

Cambio, jefe de redacción y editor internacional de *SoHo* y actualmente es jefe musical de Señal Radio Colombia y comentarista de música en las revistas *Cromos* y *Donjuan*. Entre 1993 y 1997, programó los espacios de salsa en Javeriana Estéreo, emisora donde también creó los programas de tango y flamenco. En 2011 ganó el premio nacional de periodismo Simón Bolívar con una crónica sobre el primer disco de jazz publicado en Colombia.

MARÍA JOSÉ MONTOYA

Bogotá, 1978. Estudió literatura en la Universidad de los Andes. Es asistente del escritor y fundador de la revista *El Malpensante*, Andrés Hoyos. Ha desarrollado su carrera estudiando la historia de la crítica literaria en la prensa, revisando revistas culturales colombianas de las décadas de 1940 y 50. Traduce y escribe una columna de opinión semanal en www.las2orillas.com. Recientemente publicó “La geometría del amor”, en la traducción del manuscrito francés *Las preguntas sobre el amor* (1661) de Marie Linage, publicado por Destiempo Libros.

ANTONIO MORALES RIVEIRA

Antropólogo y periodista, nació en Barranquilla en 1955. Su versatilidad lo ha llevado a trabajar en diversos campos como la prensa escrita, la televisión y la radio. Fue director y presentador del programa *Expediente*; creador y libretista de *Quac* y periodista del programa *El Radar*. Ha publicado, entre otros libros, *El último macho* (1983), *Expediente censurado* (1994), *Voces*

de bohemia (1996) y *Antoniología* (2012). Morales ha sido galardonado en varias oportunidades con el Premio Simón Bolívar de Periodismo, el India Catalina y el Premio Nacional de Periodismo CPB.

JOSÉ NAVIA

Nacido en Popayán en 1959, Navia tiene una especialización en periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana. Fue cronista del diario *El Tiempo* durante 19 años, 7 de ellos en el cargo de editor de reportajes. La mayor parte de su trabajo lo ha realizado en zonas de conflicto, con comunidades indígenas y campesinas, y con poblaciones marginales urbanas. Ha ganado, entre otros premios, el Simón Bolívar, el Rey de España y el de la Sociedad Interamericana de Prensa. Algunos de sus libros son *Historias nuevas para la ropa vieja* (2001) y *Un siglo de El Colombiano en 100 palabras* (2012).

BERTHA QUINTERO MEDINA

Nació en Bogotá en 1947. Estudió antropología en la Universidad Nacional. A principios de los años ochenta se convirtió en una de las principales figuras femeninas de la escena salsera en Bogotá, no solo como intérprete sino también apoyando la carrera de artistas como Jairo Varela. Como percussionista de las agrupaciones Yemayá, Siguaraya y Cañabrava, todas conformadas solo por mujeres, se presentó en importantes escenarios del país y el mundo. Actualmente se desempeña como subdirectora de las Artes en Idartes.

DANIEL PÁEZ

Nació en México D.F., en 1980. Tras estudiar diseño gráfico en la Universidad Nacional de Colombia, comenzó su carrera en el periodismo y la realización audiovisual. Ha colaborado principalmente con artículos sobre música y cultura popular, en medios como *Gatopardo*, *RollingStone*, *El Malpensante* y *Zona de Obras*. Ha dirigido cortometrajes y videoclips. Con *Sonar* ganó premios a mejor cortometraje en el Festival In Vitro Visual y en el Festival Internacional de Cine de Cartagena.

JUAN MANUEL ROCA

Poeta, narrador y ensayista nacido en Medellín en 1946. Durante una década, de 1988 a 1999, coordinó el Magazín Dominical de *El Espectador*, separata cultural de amplia influencia entre el público colombiano. Fue además cofundador de la revista *Clave de Sol* y del periódico cultural *La Sangrada Escritura*. En 1997 la Universidad del Valle le otorgó el doctorado Honoris Causa en literatura. Entre sus últimos libros figuran *Pasaporte del apátrida* (2012), *Tres caras de la luna* (2013) y *Genaro Manoblanca, fabricante de marimbas* (2013).

SANDRO ROMERO REY

Nació en Cali, en 1959. Escritor y director de teatro, cine y televisión. Durante los años ochenta se concentró en el trabajo cinematográfico con el Grupo de Cali. Es autor, entre otros, de los libros *Oraciones a una película virgen* (1993), *Las ceremonias del deseo*

(2004), *Andrés Caicedo o la muerte sin sosiego* (2007) y *Clock Around the Rock* (2008). En 2012 estrenó su documental *Sonido Bestial*, sobre los salseros Richie Ray y Bobby Cruz. Actualmente es profesor de la Facultad de Artes Escénicas de la Universidad Distrital.

ROBERTO RUBIANO VARGAS

Es un escritor colombiano nacido en Bogotá en 1952. Es, además, fotógrafo, guionista y realizador. Ha publicado varios libros de cuento, novela y relatos para lector juvenil, entre los cuales se destacan *El informe de Galves y otros thrillers* (1991), *Vamos a matar al dragoneante Peláez* (1999) y *Cincuenta agujeros negros* (2008). Tuvo en Quito por más de veinte años el primer bar salsero de la capital ecuatoriana, Senseribó. Actualmente es profesor de la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia.

ALBERTO SALCEDO RAMOS

Nació en Barranquilla, en 1963. Estudió comunicación social y periodismo en la Universidad Autónoma del Caribe. Gracias a una trayectoria de casi treinta años, se ha convertido en uno de los cronistas más reconocidos en Latinoamérica. Es autor de los libros *Diez juglares en su patio*, escrito junto a Jorge García Usta, *El oro y la oscuridad* y *La eterna parranda*; y de crónicas publicadas en revistas como *SoHo* y *El Malpensante*, entre otras. Ha ganado cinco Premios Simón Bolívar. En 2012 obtuvo el Premio Ortega y Gasset de periodismo por su crónica “La travesía de Wikdi”.

DANIEL SAMPER PIZANO

Periodista y escritor colombiano, nacido en Bogotá en 1945. Comenzó su carrera escribiendo para *El Aguilucho*, periódico estudiantil del Gimnasio Moderno. A los diecinueve años empezó a trabajar como reportero de *El Tiempo*, medio en el cual fundó en 1977 la primera Unidad Investigativa. Ha sido editor, columnista, autor de más de veinticinco libros, guionista de televisión y cine; y es colaborador habitual de publicaciones como *El Malpensante*, *SoHo* y *Gatopardo*. Ha ganado el Premio Rey de España, el María Moors Cabot y tres premios Simón Bolívar.

ANDRÉS FELIPE SOLANO

Escritor y cronista colombiano, nacido en 1977. Es autor de las novelas *Sálvame*, *Joe Louis* (2007) y *Los hermanos Cuervo* (2012). Ha publicado artículos en *SoHo*, *Granta*, *Babelia*, *The New York Times Magazine* y *Words Without Borders*, entre otros medios. Fue escogido por la revista británica *Granta* como uno de los mejores autores en lengua española e hizo parte de los Nuevos Cronistas de Indias, seleccionados por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

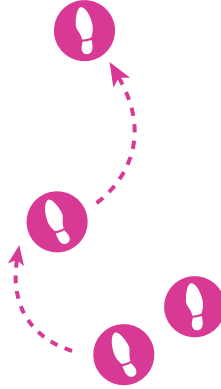
JUAN ANDRÉS VALENCIA

Periodista caleño, nacido en 198.... Estudió comunicación social en la Universidad Autónoma de Occidente. Comenzó su carrera periodística en la revista *SoHo* con un trabajo de suplantación sobre la lucha libre, gracias al cual obtuvo el Premio Simón Bolívar

en la categoría Revelación en Prensa, en 2007. En 2010 fue uno de los cinco finalistas del Premio CEMEX-FNPI, por el reportaje “Historia humana de una bala”. Artículos suyos han aparecido en *Semana*, *Cromos*, *Donjuan*, *Playboy* y *El Espectador*.

ÁNGEL UNFRIED

Nació en Quibdó, en 1981. Estudió psicología en la Universidad del Norte y filosofía y letras en la Universidad Pontificia Bolivariana. Comenzó en el periodismo cultural como colaborador habitual del suplemento Dominical del diario *El Herald* de Barranquilla, donde publicaba artículos sobre cine, fotografía, literatura y música. Ha participado como editor y relator de talleres de crónica y reportaje de la FNPI. Desde 2010 es editor de la revista *El Malpensante*.



*Maferefum Eleggua,
maferefum Shangó.*


Este libro
se terminó de imprimir
el 20 de enero de 2014
en los talleres de
Panamericana
Formas e Impresos S.A.

En su diseño se utilizaron
las fuentes tipográficas
Nexus Serif y Conduit
de la casa ITC.

Cuidaron la edición
Mario Jursich Durán,
Angel Unfried
e Ignacio Martínez-Villalba



A

rrítmica, de mente cerrada,
poblada por gentes grises vestidas de gris. Bogotá
fue esa ciudad. Pero hace más de cinco décadas dejó
de serlo. Primero, Lucho Bermúdez atacó con el sonido
del Caribe a la monótona rumba criolla. Después, estalló
la salsa y las diásporas de las dos costas conquistaron la
capital. Entonces, todo cambió. La temperatura bogotana
empezó a subir, muchos prejuicios comenzaron a sonar
ridículos y la ciudad se llenó de bares, de melómanos
y de rumberos. Se llenó de salsa. "¡Fuera zapato viejo!",
el grito de Maelo, es el anuncio de esa sacudida brutal,
que cambió para siempre las noches bogotanas
y que está ampliamente documentada
a lo largo de las páginas de este libro 



ALCALDÍA MAJOR
DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ
HUCYANA

CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Instituto Colombiano de Turismo (ICOTUR)
Instituto Colombiano de Patrimonio Cultural (ICPC)

ISBN: 978-958-58175-4-8



9 789585 817548

 el malpensante